



Rebeca
Stones

Ocho

¿Cuántas reglas
romperías por amor?

Rebeca
Stones

Ocho

¿Cuántas reglas
romperías por amor?

Rebeca Stones

Ocho

ellas.
Montena



Hay dos cosas que son inalterables: su pasado y mis reglas.

1. El tiempo máximo del que dispongo para hacer feliz a una persona son ocho semanas.
2. Si no lo consigo y considero que podría llegar a hacerlo, tengo un tiempo extra de ocho días.
3. Transcurrido el tiempo desaparezco por completo de la vida del paciente, su felicidad en ningún momento puede depender de mí.

Mía tiene un trabajo inusual: se dedica a hacer felices a las personas sin que ellas sepan que lo hace por trabajo. Precisamente por eso la contratan los padres de Max, un chico que ha intentado suicidarse. Cuando los caminos de ambos se crucen, saltarán chispas: él no quiere verla ni en pintura, ella tiene que hacer todo lo posible por devolverle la felicidad.

Sigue el hashtag **#Ocho**

Si quieres saber más sobre *ellas.* síguenos en:



ellasmontena



@ellasmontena

Encontrarás más información de todas nuestras novedades, noticias de nuestros autores,

compartirás opiniones con otros lectores y muchas sorpresas más.

«He leído tantas veces que el amor no duele,
pero he sufrido tantas veces por amor...»

A mi madre, por fijar mi rumbo y permitirme cambiarlo.
A mi primer amor, por despertar en mí todas las emociones que plasmé en
estas páginas.

Nota de la autora



He leído tantas veces que el amor no duele, pero he sufrido tantas veces por amor... No os voy a engañar, soy una persona que cuando ama se entrega totalmente a la causa, que antepone el ser amado a todos y a todo y vive por y para él. Y no solo hablo del amor entre las parejas, sino también del amor familiar, el amor hacia los amigos...

El amor y el tiempo son las fuerzas que mueven el mundo, ambas te pueden hacer increíblemente fuerte pero también tienen el poder de hundirte en la más profunda tristeza. Decide bien a quién dedicas tu tiempo y a quién le ofreces tu amor, porque si te equivocas, acabarás sintiendo un vacío sin fondo dentro de ti.

Si nunca te has enamorado, no esperes que sea como lo descrito en este libro, como lo que ves en miles de películas, como lo que ocurre en todas las series... Nada refleja la realidad porque el amor es indescriptible, inefable.

Tu historia será única, especial y diferente a todas las habidas y por haber. Y esa es la magia: jamás conocerás el amor hasta que lo vivas por primera vez. Y créeme, te dará de lleno.

Para mí, el amor es un fuego que lo arrasa todo, tanto negativa como positivamente. Llorarás, gritarás, reirás, disfrutarás... Llevará tu personalidad al límite y muchas veces no sabrás qué hacer, ni cómo actuar, tendrás que

enfrentarte a problemas cuya solución nunca te han enseñado.

Eso sí, por favor, jamás olvides que el único amor que nunca tendrá que faltarte es el amor propio. Quiérete y valórate por encima de todo, aunque suene egocéntrico. Recuerda que tú serás la única persona que estará contigo desde tu nacimiento, hasta el día de tu muerte.

Ama, y sobre todo, deja que te amen.

Mis ocho normas



1. El tiempo máximo del que dispongo para hacer feliz a una persona son ocho semanas.
2. Si no lo consigo y considero que podría llegar a hacerlo, tengo un tiempo extra de ocho días sin coste alguno.
3. Transcurrido el tiempo desaparezco por completo de la vida del paciente; su felicidad en ningún momento puede depender de mí. Mi trabajo es lograr que el individuo consiga la autorrealización.
4. No puedo rendirme, si acepto el caso debo ir hasta el final, completando las ocho semanas. Si el resultado final es negativo, todo el dinero será reembolsado.
5. No puedo trabajar con más de ocho personas al mismo tiempo, mi atención estaría demasiado dividida y mi trabajo no sería satisfactorio.
6. Los que contraten mis servicios (ya sean padres, parejas sentimentales, amigos, familiares...) deben estar dispuestos a participar y a facilitar todo lo posible mi trabajo, dándome toda la información o facilidades posibles.
7. No tengo ni tendré nunca el poder de cambiar la vida de nadie, los cambios realizados en el individuo siempre serán su decisión, yo jamás podré manipular absolutamente nada de su forma de ser, pensar o actuar.
8. Puedo denegar o aceptar un caso libremente: esa elección siempre correrá

de mi cargo.

Primera semana





—Me llamo Mía, tengo dieciocho años, casi diecinueve. Aunque mi trabajo es muy fácil de entender, sé que los prejuicios están siempre presentes y eso hace que a la mayoría de las personas les cueste; sin embargo, tras una breve explicación, lo verán todo más claro.

»No soy una psicóloga, tampoco tengo estudios más allá del bachillerato, quiero que tengan esto siempre presente.

»Simplemente, se me da realmente bien intimar con la gente. Consigo que sin apenas conocerme me cuenten su vida, les hago sonreír en menos de un minuto porque nada más ver a alguien descubro lo que le hace feliz.

»Tras muchos años siendo elogiada por esta gran virtud, decidí innovar y dedicarme a ello profesionalmente. Me di cuenta de que mucha gente lo único que necesita es un amigo fiel y, por desgracia, no siempre se tiene ahí. ¡Yo soy esa amiga incondicional, soy esa persona que contagia su felicidad al resto! Si ustedes me contratan, yo me encargaré de hacer feliz a quien haga falta, sea como sea.

Me quedo callada, conteniendo la respiración, con una sonrisa enorme ocupando todo mi rostro y esperando una respuesta. Pero el espejo no responde. Suspiro ante él, nerviosa. Me gustaría volver a repetir mi discurso y mejorarlo, pero el tiempo no juega a mi favor y siendo consciente de que la

impuntualidad es uno de mis grandes defectos, es mejor que deje de mirarme y prosiga preparando la carpeta.

Sí, hoy tengo una importante entrevista de trabajo, he madrugado más de lo habitual para ir bien arreglada: lo único que sé de estos nuevos clientes es que son una familia muy adinerada, así que supongo que querrán a una persona con una buena imagen para atenderlos. He decidido llevar el vestido rojo que tanto me favorece, con unos tacones no muy altos; tampoco quiero destacar demasiado.

—Mía, vas a llegar tarde como sigas llevando ese ritmo —me advierte mi compañero de piso desde la cocina. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba despierto. Voy corriendo hacia allí, le robo una tostada y le beso en la mejilla.

—Tranquilo, Lucas... ¡Lo tengo todo bajo control!

Lucas y yo somos mejores amigos, lo llevamos siendo desde que nos conocimos en preescolar. Hace un año tomamos la decisión de compartir piso, tenemos la suficiente confianza como para hacerlo y la verdad es que nos ha ido bastante bien. Nuestra pequeña (muy pequeña) «mansión» es superacogedora, en parte gracias a que Lucas trabaja como decorador de interiores. Cuando nos mudamos estaba vacía, y con el tiempo él fue llenándola de detalles, colgando cuadros en las paredes, colocando en cada rincón un recuerdo distinto... Ha hecho de este cajón nuestro diminuto paraíso. Tenemos un salón con el sofá más cómodo del mundo y un tocadiscos en mi habitación que mis padres compraron en una tienda de antigüedades, con cuya música nos encanta bailar todas las noches. Y sí, es cierto que su habitación es más grande, pero la mía tiene la ventana con vistas al mar. Unas vistas que dejan sin palabra hasta al más hablador. Despertarme cada mañana y ver mis hermosas islas flotando en el gran charco azul hace que siempre me levante con buen pie.

—¿Cómo es el nuevo sujeto? —pregunta mientras hace tortitas.

—Pues no tengo ni idea... Únicamente he hablado con sus padres, los Jones, unos ricachones que viven a solo diez minutos de aquí. Quieren llevarlo todo muy en secreto —respondo mientras le robo también un poco de mantequilla para la tostada—, parece interesante...

—Sabes que no me gusta nada esto que haces, Mía. Has tenido la gran suerte de trabajar siempre con personas con buenas intenciones, pero algún día puede que te topes con un imbécil.

Desde que Lucas supo a qué me dedico, me recuerda cada día que no es de su agrado. A veces resulta muy molesto, pero sé que lo hace porque se preocupa mucho por mí: podría decirse que es como mi hermano mayor. Me alegra sentirme protegida, comprobar que le importo a alguien, que se preocupan por mi bienestar... La verdad es que no puedo negar lo que dice, pues en mi trabajo empatizo mucho con las personas y me meto demasiado en su vida, en su privacidad. Es arriesgado, porque igual que puedo sanarlos a ellos, puedo herirme a mí misma; igual que los hago felices, puedo convertirme yo en una infeliz... Pero lo que hago me complementa: adoro mi trabajo, no podría vivir sin llevar la dicha a los demás.

—Debo irme. ¡Te quiero! ¡Y que aproveche! —me despido intentando no darle más vueltas al asunto.

Antes de cerrar la puerta y emprender mi nueva aventura, me aseguro de que llevo la carpeta en la mochila —es imprescindible—, ya que soy muy olvidadiza, y, efectivamente, no la llevo.

—Toma, eres un desastre. —Lucas aparece como por arte de magia por la puerta y me tiende mi maldita carpeta roja.

—¡Oh, gracias! ¡Te adoro!

Lo abrazo con especial cuidado para no derramarle por encima la taza de café y bajo corriendo por las escaleras. Vivimos en un octavo, pero nunca

cojo el ascensor: tengo unas piernas maravillosas que no puedo desaprovechar y, además, creo que es mejor dejar el ascensor para aquellas personas que por desgracia no puedan bajar cada escalón con el entusiasmo con que lo hago yo.

Abro la puerta del portal, me detengo a respirar el aire fresco de la mañana y me acerco hasta mi bien máspreciado: mi moto, una vespa de color azul verdoso que me lleva siempre a todas partes. Desplazo mi mano hasta la mochila para coger las llaves, pero estas no aparecen por ningún sitio.

—¡No sé qué harías sin mí! —Es Lucas, otra vez, desde la ventana de mi habitación. Tiene mis llaves en la mano y las deja caer con cuidado para que las recoja desde la calle.

—¡Yo tampoco lo sé! —Le envió un beso volador de esos que tanto me gustan, él lo recoge con la mano y se lo lleva al corazón. Después de tantos años, ya tenemos nuestra propia lengua de signos.

Me pongo el casco, arranco y acelero. Comprar a *Spring* (sí, es el nombre con el que bauticé la moto) no fue nada fácil. La vi por primera vez en una tienda de vehículos de segunda mano, estaba en el escaparate y cautivaba las miradas de todos los que paseaban por la zona. Su color, su brillo, su elegancia... Todo era increíble, menos su precio. Si no me daba prisa, iban a arrebatármela de las manos, y no podía permitir eso, había sido un flechazo, un amor a primera vista. Así que decidí hablar con el vendedor, conseguí comerle el coco con palabras bonitas y convencerlo de que me la reservase durante tres meses. ¡Eso es muchísimo tiempo para un vendedor, se la habría podido vender a cualquiera mucho antes! Sin embargo, esperó a que yo lograra recaudar el dinero necesario. Algo debió de ver en mí. Y lo conseguí. Justo después de tres meses, le entregué un sobre con todo el dinero que pedía en metálico y, a cambio, recibí mi mayor tesoro.

Lucas dice que estoy demasiado obsesionada, que no deja de ser un objeto,

pero le he cogido tanto cariño... Me ha llevado a sitios maravillosos, hemos recorrido miles de kilómetros...

Dejo mis recuerdos a un lado para aparcar a *Spring* sobre la acera. Una vez que me despojo del casco, contemplo la enorme casa con un jardín delantero todavía más enorme, repleto de árboles, flores y diversas fuentes que escupen agua a borbotones, que se alza, imponente, frente a mí. Me acerco hasta el portal, que me deslumbra con el color dorado de sus barrotes, y pulso el timbre.

Sobre este hay una pequeña cámara, como en muchas viviendas, para ver quién accede a ella. Me arreglo el pelo y enderezo la espalda, preparo mi mejor sonrisa y espero un «¿Quién es?».

No obstante, el portal se abre automáticamente tras emitir un zumbido. Supongo que no tendrán muchas visitas y habrán dado por hecho que era yo la que llamaba.

Entro sorprendida por el camino de piedras que se abre ante mis pies. De repente parece que me he transportado a un jardín japonés, la grandeza de la naturaleza hace que me sienta intimidada. Sigo andando hasta que llego a las puertas de la mansión, que están abiertas de par en par invitándome a entrar.



Acepto la invitación y me sumerjo en esta burbuja de oro. A mi alrededor todo reluce: la moqueta que voy pisando al avanzar está impoluta, el blanco nuclear de las paredes deslumbra mis ojos... Ver que todos los objetos que se encuentran en este asombroso recibidor son dorados, de un oro puro y deslumbrante, solo me hace pensar cuánto dinero se habrán gastado en decorar la vivienda entera.

—¿Hola? —digo al ver que nadie ha venido a recibirme. Mi llamada despierta la atención de la que supongo será la señora de la limpieza, lleva un mandilón blanco y en la mano, una bayeta húmeda.

—¿Eres Mía?

—Sí, soy yo.

—Acompáñame, los señores te están esperando en la sala de estar.

Sigo a la señora por las diferentes estancias de la casa. Tiene un andar acelerado... probablemente habré interrumpido alguno de sus quehaceres. Cuando llegamos al gran salón, me abre la puerta con delicadeza, como si el pomo fuese a romperse en cualquier momento. Deduzco que los dueños de la casa deben de ser muy meticulosos...

Entro sola, algo asustada al sentirme tan fuera de lugar. Este ambiente, en apariencia tan idílico, no deja de repelerme un poco; soy una chica sencilla

con gustos sencillos y apariencia sencilla, por lo que todo esto me viene muy grande. Sin embargo, he aceptado el trabajo, así que como dictan las normas que yo misma he redactado, debo llegar hasta el final del mismo.

Sentados en el sofá grande se encuentra la pareja que me ha llamado. La mujer, rubia y de unos cincuenta años, viste con gran elegancia un traje de chaqueta con una camisa blanca sin una sola arruga. Lleva un collar de perlas a juego con los pendientes. Sus grandes ojos azules se clavan en mí. Desvío la vista hacia el hombre, que debe de tener la misma edad que su esposa y que es, como ella, también muy atractivo. De su físico destaca un pelo canoso y una sonrisa perfecta. En eso se diferencia de su mujer, que permanece seria e inmóvil. Es él quien toma la iniciativa, se levanta y viene hacia mí para presentarse. Ella acaba imitándole.

—Hola, Mía, muchísimas gracias por venir tan rápido. Como te dijimos, estamos muy preocupados y nos urge que nos ayudes de inmediato. Me llamo William, soy el padre de Max, el chico del que te ocuparás.

En realidad, todavía no sé mucho de él, pero estoy a punto de descubrirlo. Le doy la mano a William a modo de presentación y hago lo mismo con su esposa, que sigue callada, observándome de arriba abajo.

—Siéntate, ¿quieres tomar algo?

—No, muchas gracias. —La pareja se sienta en uno de los grandes sofás mientras yo me acomodo en el de enfrente. Entre ambos asientos hay una mesa de cristal de apariencia delicada. Tras unos segundos de incómodo silencio, decido romper el hielo—: ¡Bueno, hablemos de lo importante! ¿Cómo es su hijo?

—Espera. —Por primera vez, la madre irrumpe en la conversación—. Antes me gustaría saber quién eres tú y cómo llevas a cabo el trabajo.

Sinceramente no me extraña escuchar estas preguntas... Entiendo que tengan curiosidad, pues mi trabajo no es algo fácil de entender, diría que es

demasiado innovador para la sociedad de hoy en día... Respiro hondo y me preparo para explicar lo mejor posible a qué me dedico.

—Les contaré mi historia. —Intento ser natural, hacerles ver lo transparente que soy y que se sientan confiados a la hora de contratarme—. Desde pequeña no hay nada que se me dé mejor que ayudar a los demás. Era la consejera de todas mis amigas, ejercía de Cupido... Escuchar no es un don que todo el mundo tenga, pero les garantizo que yo lo tengo. Cuando acabé bachillerato no sabía qué hacer con mi vida, pero una idea un tanto peregrina no paraba de rondar por mi cabeza: ¿y si convertía hacer feliz a la gente en mi trabajo? Muchas personas necesitan amigos y no los tienen... Muchos jóvenes necesitan a alguien que seque sus lágrimas, que les recuerden lo mucho que valen, necesitan amor, cariño, comprensión. Eso es lo que yo hago: darles lo que necesitan, cuando lo necesitan y como lo necesitan. Me convierto en su persona de confianza, y lo soy durante dos meses, ya que mi trabajo no consiste solamente en hacerlos felices, sino también en lograr que consigan la felicidad individual, que su sonrisa no dependa de absolutamente nadie.

Nunca antes me había salido tan bien el discurso de presentación. Cruzo los brazos, orgullosa, y los miro con cara de satisfacción, esperando una respuesta, quizá alguna pregunta más...

—Seré sincera contigo, Mía. No me fío de lo que dices hacer, no creo que funcione.

—¡Espere! —la interrumpo, aun sabiendo que es de mala educación—. Es normal que no confíe en algo tan poco visto y por eso mismo siempre llevo esta carpeta a las entrevistas. Mire.

Me acerco a la mesa posando la carpeta en ella. Ellos, a su vez, se acercan a la mesa expectantes. La abro con lentitud, con cierto suspense. En el interior de mi carpeta se encuentran todas las fichas de mis pacientes. Todas comienzan con una foto, una descripción personal y también una lista de

objetivos que cumplir e, invariablemente, todas terminan con la opinión del paciente, siempre positiva, sobre mi trabajo. El colofón es una foto que plasma su alegría, a cuyo pie siempre hay una frase que expresa su agradecimiento.

Los progenitores de Max pasan las hojas fascinados. Supongo que se sorprenderían al ver lo distinto que es el perfil de todas las personas a las que he atendido: adolescentes, niños, ancianas... No discrimino por razones de sexo, edad... Solo rechazo un trabajo cuando tengo la firme intuición de que no podré llevarlo a cabo de una forma sana y correcta.

—Aquí tienen la prueba de que, hasta ahora, siempre ha funcionado —digo mientras cierro la carpeta y vuelvo a acomodarme en el sofá.

—Tenemos muchas esperanzas en ti, hemos ido con él a psicólogos, a especialistas... Hemos hecho de todo... —El padre habla roto de dolor. En sus ojos veo el puro reflejo de la angustia que supone ver sufrir a un hijo y no poder hacer nada por evitarlo, aun teniendo una fortuna, aun teniendo mil ventajas, aun teniéndolo todo...

—Tranquilos, todo saldrá bien, pero necesito que me ayuden en todo lo posible.

—¿Y cómo quieres que te ayudemos, no es suficiente con pagarte? —pregunta la madre. El comentario es cruel y fuera de lugar, por lo que prefiero ignorarlo. Entiendo que cobrar por hacer feliz a alguien puede parecer inhumano, pero lo considero una manera muy honrada de ganarme la vida. Veo como el hombre le da un pequeño pisotón, indicándole que se controle.

—Para hacer mi trabajo lo mejor posible necesito saber algunos detalles sobre Max.

—¿Quieres que te contemos toda su historia? ¿Cómo empezó con la depresión?

—¡No, no, no! —Jamás dejo que las personas que me contratan me

cuenten el caso de mi paciente. La mejor forma de conocer e intimar con alguien es adoptar su punto de vista. Por eso siempre quiero sumergirme poco a poco en su vida, enterarme tan solo de lo que el paciente esté dispuesto a contarme... No soy quién para violar su privacidad, no soy quién para contar con tanta ventaja, sería muy injusto.

—¿Entonces? —el tono que utiliza la mujer siempre es cortante, de menosprecio.

—Solo quiero saber su edad, sus aficiones, qué está estudiando, sus ambiciones, sus sueños... —Ante mi aclaración, ambos se miran y se quedan callados. Después de todos estos años, sé qué significa eso: no conocen a su hijo más de lo que lo conozco yo.

—Tiene dieciocho años —dice el padre.

—Se llama Max, nació en Irlanda, nos mudamos aquí cuando tenía diez años. Ahora mismo, al ser verano, aprovecha el tiempo libre de las mañanas para estudiar alemán —añade la madre.

—¡Genial! Una pregunta muy importante: ¿él sabrá que me han contratado o tendré que actuar sin descubrir mi verdadera identidad?

—Si le comentásemos esto jamás cedería, no querría ni mirarte a la cara. Lo mejor será que actúes como si fueras una desconocida, como si nada de esto hubiese ocurrido —reflexiona el padre.

—Perfecto, ya he hecho esto en otras ocasiones. —Es cierto: en la mayoría de las ocasiones, las personas que me contratan son reacias a que el paciente sepa que todo está pactado—. ¿Él está ahora mismo en casa?

—No, solo viene a casa a dormir, ni siquiera suele comer ni cenar con nosotros.

—¿Podría ver su habitación? —pregunto algo reticente. No me gusta tener que hacer esto, me parece una invasión de la privacidad totalmente innecesaria, pero necesito saber algo más sobre este chico tan misterioso. Si

sus padres no pueden ni decir qué le gusta hacer, lo tendré que averiguar por mí misma.

—Sí, claro, sígueme —responde el hombre algo dudoso. No entiende muy bien mis intenciones. Me levanto y lo sigo; su mujer, en cambio, se queda sentada en el sofá, inmóvil, mostrando el poco interés que parece tener. Subimos las escaleras, recorremos un largo pasillo lleno de cuadros y diversos diplomas, hasta que llegamos a la cuarta puerta, que está cerrada, y ambos nos paramos ante ella—. ¿Por qué quieres verla? —pregunta antes de abrirla.

—En nuestra habitación, queramos o no, siempre dejamos un poco de nuestra esencia. Más de jóvenes que de adultos, la atiborramos con recuerdos, vivencias, la llenamos con nuestros gustos, con nuestros sueños... Sé que puede parecer extraño, pero muchas veces nuestras habitaciones son un reflejo de lo que somos, de lo que fuimos y de lo que ansiamos ser.

—Hace años que no entro aquí... Creo que es mejor que la abras tú. Te espero abajo —me indica dirigiendo su mirada al suelo. Me da una pequeña palmada de aprobación en la espalda y, acto seguido y sin mediar palabra, baja las escaleras.

Me encuentro sola ante una puerta de madera oscura sin un solo detalle. Me da miedo de que toda la habitación sea así: es fundamental para el buen desenlace de mi misión que contenga algo que defina a Max... Con preocupación, giro el pomo y entro en su guarida.

La luz proveniente de la ventana ilumina toda la estancia. En comparación con el gran tamaño de la mansión, me parece algo pequeña; en realidad, no es mucho más grande que la mía. Camino hacia la cama y me siento para observarlo todo con más detenimiento.

Justo enfrente tengo su escritorio. Está muy desordenado, lleno de pinturas, lápices, libretas, cuadernos para hacer esbozos e incluso algún lienzo

pequeño. Los cajones que hay a un lado de la mesa, intuyo, deben de ser un desastre. Encima tiene un corcho lleno de fotos hechas con una polaroid. Me acerco para verlas mejor y descubro complacida que absolutamente todas son del mar, eso sí, en distintos estados: como una balsa de aceite, completamente agitado y con olas descomunales, tan transparente como el cristal, lleno de algas... Aunque supongo que se han tomado desde diferentes puntos de la costa, hay uno que se repite: el puerto de la ciudad donde ambos vivimos. Hay un total de diez tomadas exactamente desde el mismo punto pero en días distintos. También tiene entradas de cine, muchísimas, y todas son de proyecciones de películas del siglo pasado, películas antiguas... La pared frente al escritorio está forrada por completo con palabras y sus definiciones, ni siquiera se ve el color gris con el que está pintada. Me entristezco al comprobar que todas estas palabras son negativas: «desaparecer», «tristeza», «evasión», «insignificante», «melancolía»...

Me giro otra vez hacia la cama y veo la estantería que tiene a modo de cabecero: es enorme, ocupa toda la pared. Presto atención a los títulos de los libros y los voy anotando: la mayoría son de poesía, tiene alguna que otra novela y también obras de teatro, pero sin lugar a dudas su género favorito es la poesía: Bécquer, Benedetti, Neruda, Lorca, Petrarca...

También descubro que le gusta la música porque, al fijar la vista en la puerta, compruebo que tiene dos pósteres de Nirvana.

Lo último que me queda por analizar son dos estanterías. Sobre ellas, ordenadas con precisión, hay diez gorras. Deduzco que las coleccionará. También me doy cuenta de que bajo la cama asoma un monopatín bastante ajado, por cierto: debe de usarlo a menudo.

Una vez he anotado los datos que considero importantes, salgo de la habitación, cierro la puerta y bajo hacia el salón, donde sus padres me están esperando.

—Muchas gracias, creo que ya tengo suficiente. —Ni siquiera me siento, lo veo innecesario... Es hora de irme... No quiero ser demasiado invasiva en las primeras reuniones que tengo con la gente que me contrata.

—¿Seguro que no necesitas nada más? —Ahora son ellos los que se levantan. Caminan conmigo hacia la puerta.

—Solo una cosa más. ¿Podrían enseñarme una foto de Max?

Obviamente, necesito saber cómo es para poder encontrarlo. La mujer desbloquea su teléfono y me muestra una.

Lo primero que me llama la atención es su pelo: lo tiene teñido de gris y sus raíces negras asoman con disimulo. Tiene unos labios carnosos y unos ojos negros muy profundos que se distinguen a través del cristal de unas gafas que incluso lo hacen más atractivo. Sus facciones son muy marcadas y su expresión es muy seria, algo que consigue intimidarme. Lleva una básica blanca y, sobre ella, un collar casi imperceptible de tan sutil.

—¿Y bien? —pregunta la madre al verme tan absorbida.

—¡Perdón! Quiero estar segura de reconocerlo en cuanto lo vea.

—¿Y cómo lo vas a encontrar, chica? —Una gran desconfianza aflora en su voz.

—Solo confíen en mí.



Tras la intensa mañana de ayer, me pasé el resto del día estudiando el perfil de Max y haciendo una lista de posibles planes. Ahora es la brisa marina que entra por la ventana la que consigue despertarme y sacarme de la cama.

Son las doce y media, un poco más tarde de lo habitual, pero cuando no tengo que madrugar aprovecho al máximo mi tiempo de sueño. Me desenredo de las pegajosas sábanas y voy hacia la cocina para desayunar algo. El olor a tostadas me advierte de que no soy la primera en levantarme.

—Buenos días princesa. —Parece que Lucas se ha despertado antes que yo. Entre sus manos tiene una bandeja donde lleva un desayuno completo: dos zumos, dos cafés, bollería, fruta... Y yo me apuesto mi dedo meñique a que la segunda ración no es para mí.

—¿Princesa yo o la que está en tu habitación? —pregunto en tono de burla. Estoy bastante acostumbrada a que mi mejor amigo traiga ligues a casa, en numerosas ocasiones le he dicho que quizá necesite sentar la cabeza y encontrar una pareja estable, pero él asegura estar aprovechando al máximo su juventud, que ya tendrá tiempo para eso...

—Ya sabes que siempre serás la única princesa de mi vida. —Me da un pequeño beso en la frente y camina lentamente hacia su habitación, teniendo especial cuidado en no derramar ningún líquido.

Entorno los ojos y prosigo mi tarea: me hago dos tostadas, preparo un vaso de leche con dos azucarillos y exprimo dos naranjas para hacerme un zumo. Cuando acabo con todo, el reloj marca la una y media. Más que un desayuno esta comida ha sido un brunch. Debo darme prisa porque a las dos tendrá lugar un gran acontecimiento: conoceré a Max. Tal como me dijo su madre, estudia alemán en una academia cercana a mi piso y sale a las dos, por lo que lo esperaré en la puerta y lo invitaré a comer. Parece todo muy precipitado, pero ya lo he hecho otras veces y sé que funciona.

Me pongo mi vestido rojo favorito, me recojo el pelo en un moño, me aplico máscara de pestañas para darle viveza a mi mirada y, por último, me pinto los labios a juego con el vestido.

Sinceramente, estoy un poco nerviosa. Después de comprobar qué ambiente rodea a Max sé que no va a ser fácil conseguir su felicidad. Mientras arranco a *Spring*, que me espera paciente en la acera, la terrorífica idea de no lograr sacarle una sonrisa me martillea. Mi trabajo ha funcionado con todo el mundo, pero... ¿y si con él no sucede así?

En apenas diez minutos ya estoy ante su academia. He llegado muy puntual, justo cuando todos los alumnos están saliendo por la puerta. Me quito el casco y me apoyo en la moto esperando verlo, el corazón me va a mil por hora, espero que todo salga bien...

Mientras espero observo a las personas que van saliendo. Me encanta mirarlas e imaginar cómo serán sus vidas. Su aspecto deja traslucir un buen nivel económico: debe de ser una escuela muy cara.

Sin embargo, pasan los minutos y Max no aparece. Decido esperar un poco más, pero al cabo de media hora, cuando ya no se ve ni un alma, sé que es absurdo seguir esperándolo, es obvio que no ha asistido a clase... ¿Dónde estará? Siempre que tengo dudas con mis clientes intento pensar como ellos, ponerme en su lugar, pero el problema es que todavía no conozco lo

suficiente a Max como para hacerlo. En lo único que puedo pensar es en su habitación, lo único que conozco de él.

De repente abro unos ojos como platos al recordar las fotos del mar que tenía clavadas en su corcho, todas ellas tomadas desde el puerto. ¡Claro que sí, ahí es donde estará! Me pongo el casco lo más rápido posible, me monto en *Spring*, la arranco y acelero con rumbo al puerto de la ciudad.

Sé perfectamente el punto exacto desde el cual hizo todas las fotos, porque yo misma me he sentado a mirar el horizonte desde ahí más de una vez. Así que aparco a *Spring* lo más cerca que puedo y voy hacia allí con sigilo y precaución. Lo busco por todas partes pero no le veo: ni rastro de él.

Suspiro desilusionada ante mi fallido primer día y decido esperar tan solo cinco minutos más, por si acaso. Aunque no haya encontrado a Max, una vista como esta merece ser contemplada todas las veces que uno tenga ocasión. Me siento en las gradas junto a un anciano que observa el mar. Por su mirada me parece que él también está esperando la llegada de alguien.

Mientras miro al horizonte, me puede la sensación de fracaso y agacho la cabeza decepcionada. Un rasgo de mi personalidad es lo extremista que puedo llegar a ser: es cierto que conseguir que me sienta feliz es demasiado fácil, pero hacerme llorar también lo es. Es muy duro no poder evitar estar mal por cualquier tontería y, asimismo, es muy injusto que mi felicidad sea tan fácil de lograr y que yo tenga que matarme para hacer sonreír a los demás. Pero así soy y no puedo hacer nada para cambiar mi forma de sentir.

—Perdone, ¿tiene un cigarro? —La voz de un joven que le hace una pregunta al anciano que está junto a mí me hace despertar de mi estado de desilusión. Levanto la vista y observo la escena con disimulo. No los veo bien porque están a contraluz, por lo que solo vislumbro sus siluetas. El hombre asiente y saca del bolsillo de su chaqueta una pitillera, le tiende un pitillo al joven y también le ofrece fuego. El chico intenta encenderlo, pero el

viento se lo impide. Se ve, así, obligado a girarse y es en ese preciso instante cuando consigo ver su rostro: es Max.

Mi corazón se encoge al verlo e intento disimular mi expresión de sorpresa. Su pelo gris, sus gafas... Es idéntico a la foto que me enseñó ayer su madre, solo cambia un pequeño detalle: tiene los brazos llenos de tatuajes. Una vez consigue prender el cigarro, le da las gracias al anciano y sigue su camino hacia su lugar favorito, donde yo le estaba esperando. Se sienta en su banco y, con el pitillo entre los labios, saca de su mochila una cámara instantánea, una Polaroid, y hace una foto al paisaje. Cuando sale la foto, se levanta la camiseta para guardarla debajo procurando que no le dé el sol. Pasado un minuto, vuelve a sacarla de su escondite y después de observarla con detenimiento, la mete en su mochila cuidadosamente.

Aunque los nervios hacen que dude entre ir y no ir a hablarle, sé que este es mi momento, así que me armo de valor y camino hasta su banco. Lo he hecho tan rápido que ni siquiera he pensado en qué decir. Cuando me doy cuenta, estoy parada justo delante de él.

—¿Tienes algún problema? —me pregunta con una voz grave y sugerente. Su cara es de asombro e irritación, parece no entender nada.

—Perdona, solo quería preguntarte si tendrías un pitillo. —He dicho la primera estupidez que me ha pasado por la cabeza y tras escucharme soy consciente del poco sentido que tiene pedirle un pitillo a alguien que se lo acaba de pedir a otra persona. Mierda.

—No. —Sin ni siquiera mirarme a la cara, suelta una respuesta demasiado seca y concisa. Es obvio que no quiere seguir con la conversación, pero también es obvio que nuestro primer encuentro no puede terminar así.

—Bueno, no pasa nada, al fin y al cabo cuanto menos fume, mejor — contesto mientras tomo asiento junto a él. En realidad, no he fumado en mi vida, el tabaco es algo que detesto, y respirar el humo que el viento marino

arrastra hasta mi cara me provoca un profundo malestar. Sin embargo, he de aguantarlo y hacer ver que estoy acostumbrada a ello.

Max no contesta. Sigue mirando al horizonte mientras va dando caladas. Para no ser tan directa e invasiva, cojo mi móvil y finjo mirar algo. Debo procurar que Max no recele. Esto tiene que parecer un encuentro totalmente casual.

—Este es mi banco —dice tras unos minutos de silencio. La finalidad de su comentario está clara: echarme de su territorio. Su frialdad consigue impresionarme. No solo quiere expulsarme de su espacio personal, sino que ni siquiera me mira de reojo. Sus ojos jamás han dejado de estar fijos, en algún punto del mar.

—Bueno, no creo que sea tuyo —respondo con una sonrisa, intentando ser lo más cordial posible.

—Sí, de hecho es mío. Lo mandé construir yo mismo.

—No te creo —digo segura de mí misma. Nada de lo que dice tiene el menor sentido.

—Puedes corroborar lo que digo si te fijas en la placa metálica que hay justo donde te has sentado.

Desconcertada, me aparto hacia la izquierda y compruebo lo que dice. Sí, hay una pequeña placa de metal en la esquina derecha del banco donde se dice que el banco es suyo. Tras verla, abro mucho los ojos. Lo que está ocurriendo es demasiado surrealista.

—La habrás puesto tú, no es legal mandar construir un banco en medio de la vía pública —respondo intentando buscar alguna excusa posible.

—Con dinero, todo es legal. —Por primera vez desde que la conversación empezó, Max se gira y me mira ferozmente a los ojos. Su mirada es muy profunda y transmite un volcán de sentimientos—. Así que, levanta tu culo y vete de aquí.

—¿Tanto te molesto? —pregunto indignada. Su respuesta ha sido muy cruel y desconsiderada.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí.

—Pues en ese caso supongo que me iré. —Me hago de rogar esperando que cambie de opinión, pero sus gestos no son muy esperanzadores.

—Ya estás tardando. —Ahora no deja de mirarme, y yo no dejo de mirarlo a él. Nuestras caras se han ido acercando a medida que el enfado crecía y ahora los dos hablamos con rabia a muy corta distancia.

—Tranquilo, ya me levanto —digo empleando un tono vacilón mientras me incorporo despacio.

—Gracias, ya era hora —responde elevando el tono de voz mientras se acuesta y ocupa todo el banco. Cruza sus brazos por detrás de la cabeza y cierra los ojos. Parece que en cualquier momento se quedará dormido.

Lo miro impresionada: el primer encuentro ha sido un desastre absoluto. Max parece no tener ningún tipo de interés en conocer a nadie, es muy desagradable e incluso me atrevería a llamarlo maleducado. La primera impresión que me llevo de él es todo lo negativa que podía llegar a ser. Decepcionada, empiezo a alejarme no sin antes despedirme:

—¡Adiós capullo! —grito sin mirar atrás.

—¡Adiós pesada! —masculla a modo de respuesta.



—Todos cometemos errores Mía, yo el primero: querer más de la cuenta, anteponer a alguien sobre todo y sobre todos, confiar demasiado rápido y en quien no debía, dar de más hasta quedar vacío... Siento la necesidad de aconsejarte que jamás dejes de valorarte, jamás dejes tus principios a un lado, jamás permitas que te hundan. Y si quieres llorar, llora. Si quieres escapar de todo, escapa. Vayas donde vayas tu esencia nunca va a desaparecer. Aunque a veces te lo parezca, siempre va a estar ahí, escondida dentro de ti. Aunque a veces sea eclipsada por otras personas... Aunque a veces pierdas el amor propio... Aunque a veces te destruyan, tú vas a ser la única que pueda reconstruirse.

Lucas es totalmente opuesto a lo que parece. Ha sufrido mucho a lo largo de su vida y por eso mismo, cual hermano mayor, intenta darme consejos para evitar mi sufrimiento. Yo siempre se lo agradezco, pero en ocasiones me parece demasiado dramático y exagerado.

—Lucas, solo ha sido el primer encuentro. No pasa nada, a partir de ahora seguro que todo sale muchísimo mejor —respondo mientras muerdo una de las tortitas que acaba de prepararme. Por primera vez en lo que llevamos de semana, hemos podido desayunar juntos. Para mí eso es todo un lujo, ya que sus tortitas son el mejor manjar de este mundo.

—Si tú lo dices... Yo nunca te he visto tan despistada después de conocer a un paciente.

—Max será difícil, pero no imposible. —Levanto la vista para ver el reloj que tenemos en la cocina y al percatarme de que voy tarde, devoro lo que queda en mi plato—. ¡Tengo que irme ya!

—¿Tan temprano?

—Sí, Max se salta sus clases de alemán desde que comienzan hasta que terminan, así que está en el puerto prácticamente toda la mañana.

—Pues sí que empiezas a conocerlo. Pero aún quedan unas horas para las doce, cariño.

—¡Lo sé! Pero antes he de pasarme por la librería del señor Antonio, voy a prepararle una pequeña sorpresa a Max, a ver si soy capaz de ganarme su gratitud —le explico mientras cojo mi bolso y me pongo mi gorra favorita.

—Te entregas demasiado a la causa...

—¡Es mi trabajo, tengo que hacerlo! —exclamo. Le doy un fuerte beso en la mejilla y corro hacia la puerta—. ¡Adiós, te quiero!

—¡Yo mucho más!

Aunque a veces tengan un tono dramático, Lucas siempre consigue animarme el día con sus monólogos de superación personal. Valoro mucho que se preocupe por mí y que siempre esté pendiente de cómo estoy... Eso dice mucho de él.

Hoy hace un día espectacular, así que he decidido no coger la moto e ir andando hasta la librería, que queda de camino hacia el puerto. La verdad es que estoy algo nerviosa, no sé si mi plan funcionará y si Max estará dispuesto a conocerme... Lo que tengo claro es que haré todo lo posible para que ocurra, empezando por generar complicidad entre los dos. Lo primero que haré será lo siguiente: lo que más me llamó la atención de su habitación fueron los libros que tenía, parece muy interesado en la poesía de Neruda y

Petrarca. Difícilmente pueda gustarle más que a mí, así que en eso juego en casa. Aprovechando la gran ventaja de conocer sus gustos, me compraré una de las antologías poéticas que vi en su estantería y me volveré a sentar en el banco, pero llegaré antes que él. Tengo la esperanza de que no sea capaz de echarme tras ver que tenemos algo en común.

—¡Aquí está mi clienta favorita! —En cuanto entro en el pequeño establecimiento me saluda Antonio, un anciano adorable y muy risueño al que siempre se le iluminan los ojos cuando me ve. He de admitir que no leo todo lo que me gustaría, pero siempre que siento la necesidad de comprar un nuevo libro es aquí donde vengo. Supongo que me tiene cariño, es de esos que cuidan a los clientes habituales.

—¿Dónde, si no, iba a comprar mi inspiración? —respondo con una gran sonrisa mientras guiño un ojo.

—¿Qué buscas hoy, preciosa? —Nunca dejará de sorprenderme lo rápido que las personas intiman conmigo. Creo que mi eterna sonrisa y lo sociable que soy siempre ayuda mucho a que la gente empatice conmigo rápidamente.

—¿Tienes algo de Pablo Neruda?

—Déjame ver... —Antonio sale del mostrador y se dirige con paso firme hacia un recoveco de la tienda. Mientras se centra en buscar algún título de ese poeta chileno, yo cierro los ojos e inspiro profundamente: ¡me encanta el olor que desprenden los libros! Deslizo mis dedos por sus lomos y recorro los pasillos dejando que la atmósfera antigua de la librería me envuelva. Entrar aquí es como viajar en el tiempo: tantos libros viejos, los tonos marrones que colorean cada rincón... Hasta el polvo que lo cubre todo es gratificante—. ¡Aquí está! *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Pero si no me equivoco, diría que ya lo has leído.

—¡Maravilloso! Me lo llevo ahora mismo.

—Has tenido mucha suerte, solo me quedaba este ejemplar, jovencita.

Antonio deja caer el ejemplar en mis manos, los dos caminamos hacia la caja y una vez he pagado salgo a la calle, no sin antes despedirme de él con un fuerte abrazo. He de darme prisa si quiero llegar antes que Max y, además, tengo que aprovechar para releer la obra. Si entablamos una conversación sobre el libro —que es lo que espero con todas las ganas del universo— debo tener una opinión propia y bien formada, no quiero equivocarme, puedo decepcionarle.

Una vez llego al puerto, corro hacia el banco y con gran alivio me siento en él. Miro hacia los lados y me complace ver que no hay rastro de Max; calculo que tardará como máximo treinta minutos en aparecer. Si me doy prisa, podré empezarlo y acabarlo. La edición que he comprado es antigua, sus páginas muestran un color un tanto amarillento y al pasar las hojas algunas motas de polvo se levantan en suspensión en el aire. Esa es otra de las cosas que me gusta de la librería del señor Antonio, que no distingue entre libros viejos y nuevos, solo entre los que cree que merece la pena tener y los que no. Aunque disfruto mucho de la lectura, no es algo que haga con la asiduidad que me gustaría: mi mente es demasiado compleja y a veces no consigo concentrarme en las palabras.

Mi forma de pensar es demasiado complicada, intento analizar cada movimiento y cada suceso e inspeccionar todo lo que me ocurre. A veces siento que en mi interior conviven varias personas, mis pensamientos se contradicen todo el tiempo y puedo llegar a tener cientos de opiniones sobre un único tema. Me tranquilizo a mí misma pensando que mi raciocinio tan solo se encuentra dividido entre lo que piensa mi corazón y lo que piensa mi cerebro. He estado toda mi vida intentando equilibrar la balanza entre estos órganos que tantos quebraderos de cabeza me traen, año tras año he luchado por dejar de ser tan pasional y obedecer un poco más las órdenes dictadas por mi cerebro. Pero nunca lo consigo, siempre acabo haciendo caso al motor que

suenan bajo mi pecho, un motor que muchas veces en vez de darme fuerza me hace sentir demasiado débil.

Este motor que tanto ruido hace silencia todo lo malo que me ocurre.

Este eje que todo lo mueve convierte lo negativo en invisible.

Este huracán que todo lo sabe desordena y remueve todo lo existente.

Y por eso mismo, por admitir ser una sumisa ante mi corazón, he sufrido tanto a lo largo de mi vida. Porque jamás fui capaz de dejar la bondad y la misericordia a un lado, porque me he pasado día tras día admitiendo que la única fuerza capaz de mover el mundo es el amor, cuando a veces el amor en lugar de mover el mundo solo lo paraliza y hace que te engulla un agujero negro, convirtiéndote en algo intemporal, en algo inexistente.

Cuando pienso en esas personas que son capaces de hacer el mal de forma intencionada, en esa gente que disfruta haciendo sufrir o viendo como otros pasan por mil desgracias, los interrogantes inundan cada rincón de mi ser: «¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que una persona esté tan contaminada para querer joder a otra? ¿Dónde queda la empatía, dónde el amor, el respeto, la bondad, la amistad, el arrepentimiento, el perdón?...». La respuesta es dura, y me dolió tanto entenderla.

Sencillamente, en muchas personas la bondad ha sido exterminada. Exterminada porque han pasado por momentos duros, porque han sido traicionados, por sus vivencias, por su eterno malestar con el mundo, por su pasado, por su rabia... Nadie nace queriendo el mal ajeno, nadie viene a este mundo para sembrar el malestar, no. Eso es algo que se inculca, el odio se genera en vida y cuando empieza a consumirte acaba con toda la bondad que tenías para repartir.

Y a veces lo entiendo, entiendo que tras aguantar mil traiciones acabes harto de dar para no recibir, entiendo que tras soportar mil errores y perdonar cada uno de ellos no quieras perdonar más. Quizá soy yo la estúpida por dar

siempre una oportunidad más, quizá me equivoque yo al no cansarme de dar y volver a dar a pesar de no recibir, quizá el fallo sea mío por aguantar tantos diluvios siendo yo el arcoíris que siempre saca fuerzas para aparecer entre la lluvia... No lo sé, y me duele no saberlo, creedme.

Pero sigo esperando, y la espera me carga con su respectiva esperanza. La esperanza de encontrar también a alguien puro, a alguien que solo quiera el bien y dispuesto a dar bondad para recibir también bondad. O al menos a alguien no demasiado contaminado todavía por el dolor... Sigo teniendo fe en las personas, sé que aunque estén eclipsadas por la gente malvada están ahí, y las encontraré.

—¿Qué cojones haces otra vez en mi banco? —Levanto la cabeza y la imagen de Max me despierta de mis propias ensoñaciones. Ni siquiera me he percatado de que algunas lágrimas surcaban mis mejillas. No he oído demasiado bien la pregunta de Max, así que me hago la sueca y prefiero no responder—. Espera, espera, espera, ¿estás llorando en mi banco?

—Perdón —me disculpo, porque es lo único que me sale, la situación me ha pillado tan de improviso que no sé ni lo que digo—. ¿Es tu banco?

—Sí, ¿no has leído la placa donde sale mi nombre?

Me vuelvo a disculpar, azorada. Creo que Max no se esperaba esta reacción, ahora es él quien no sabe qué decir y guarda silencio, me mira de arriba abajo y repara en el libro que tengo en mi regazo.

—¿Lloras por el libro?

—Mmm, sí, ¡sí! —intento sonar lo más creíble posible pero los nervios me juegan una mala pasada y el libro se cae al suelo. Max se agacha para recogerlo. Cuando se incorpora, procede a sentarse en el banco y lo deja sobre mis piernas. Que haya tenido este acercamiento me parece increíble.

—Es uno de mis favoritos. ¿Acabas de terminarlo?

—Voy por la mitad, me está gustando tanto que leo los poemas varias

veces para alargar la lectura. —Se me escapa una risa nerviosa, en realidad solo he releído los dos primeros poemas.

—¿Me dejas ver tu edición?

—¡Claro que sí! —exclamo con alegría. Pongo el libro en sus manos y contemplo cómo lo toca. Cualquiera diría que está tocando un tesoro: sus ojos desprenden una ilusión irrefutable y sus dedos se deslizan por la solapa con extremo cuidado. Abre la antología y su cara cambia por completo, abre los ojos como platos y me mira con asombro.

—¡Es una primera edición! ¡Una primera edición! ¿Dónde la has conseguido? —me pregunta con muchísima ilusión.

—En una librería que está a cinco minutos de aquí. ¿Quieres que te lleve hasta ella? Quizá tengan más. —Aunque sé que solo quedaba un ejemplar de esta obra, tal vez encuentre alguna primera edición de otro libro. Su respuesta se hace de rogar. Max me mira un tanto inseguro: debe dejar a un lado su apatía y sus principios antisociales para conseguir lo que tanta ilusión le ha provocado.

—Vale, pero espero que no quede a más de cinco minutos. —A pesar de que su respuesta sigue siendo cortante, como es habitual, ha dicho que sí y eso supone un grandísimo paso. Ahora podremos pasar unos minutos juntos. Todo va mejorando poco a poco.

Ambos nos levantamos y emprendemos el camino rumbo a la librería. Estoy a punto de entablar conversación cuando veo que Max ya se ha puesto sus cascos y va escuchando una canción tan alto que hasta yo puedo entender algo de la letra. Eso me frustra y hace que me hierva la sangre, siento que cada paso hacia delante equivale a retroceder dos hacia atrás. Acelero y me coloco delante de él, andando hacia atrás y moviendo los brazos en alto para que me preste algo de atención.

—¿Qué pasa? —pregunta quitándose un auricular.

—Te voy a mostrar mi paraíso secreto, poca gente conoce esa librería. ¿Qué te parece si, a cambio, me dejas hacerte una pregunta? —sigo caminando hacia atrás para poder mirarle a los ojos.

—Pfff...

—¡Vamos! Es un trato muy beneficioso para ti. ¡No te hagas más de rogar!

—Eres una pesada —replica mientras se vuelve a colocar el auricular.

Tengo ganas de gritarle pero, en vez de eso, agrando mi sonrisa y me apoyo en la barandilla del puerto con los brazos cruzados.

—Sin mí no vas a saber llegar, chico listo —digo con una sonrisa pícaro y una mirada desafiante.

Max se para y entorna los ojos...

—Vamos, joder, pregunta.

—¡Bien! —exclamo mientras vuelvo a ponerme a su lado y reemprendo la marcha. He de pensar muy bien mi pregunta, no ha de ser muy incisiva y debe ser lo suficientemente interesante como para poder hablar durante unos minutos reflexionando sobre la respuesta que me dará (aunque lo más probable es que, sea la pregunta que sea, su respuesta sea seca y concisa).

—¿Tantas ganas de preguntar y te quedas callada?

—No quiero desperdiciar mi pregunta... ¿Qué tal si me concedes dos preguntas en vez de una?

—Esa ya es una pregunta, y mi respuesta es no. —Max se coloca de nuevo el maldito auricular y mi cara debe de ser un poema. Acabo de cagarla y mucho, muchísimo.

—¡Venga ya, Max! —grito dejando caer mis brazos como gesto de frustración. Él me escucha, pero se señala los cascos como excusa para no tener que responder—. Y si ya no te quiero llevar a la librería, ¿qué?

—Bobita, ya hemos llegado.

Y, en efecto, de forma instintiva he seguido andando mientras

conversábamos y hemos acabado justo donde él quería, en la tienda de Antonio. Max es el primero en entrar. Yo, aprovechando que no me ve, me doy una palmada en la frente. «¿Cómo he podido hacerlo todo tan mal?»

Aun así, decido no rendirme y sigo sus pasos.

—¿Otra vez por aquí, jovencita? —Antonio me saluda nada más entrar en el establecimiento. Ni siquiera había pensado en eso, quedaría fatal si Max descubriese que compré el libro hace tan solo un ratito. Confío en que después de tener tan mala suerte, esta vez los astros se alineen a mi favor y me ayuden a salir de esta triunfante.

—¡Te traigo nuevos clientes, Antonio!

—¿Tiene alguna primera edición como la que le vendió a la chica? —pregunta Max.

—Ella se llevó la última de Neruda, pero tenemos una pequeña sección de otros autores. Al fondo a la derecha, allí la encontrarás. —Por suerte Antonio no hace ninguna referencia temporal, así que mi imagen queda impoluta. Acompaño a Max hasta la dicha sección y cuando ve todos los ejemplares que hay, sus ojos comienzan a brillar como si de estrellas se tratasen y su boca esboza una tímida sonrisa. ¡Hombre, si sabe sonreír!

—¿Te gusta? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Es una pasada...

De repente, Max sale de la tienda corriendo sin decir absolutamente nada más, yo frunzo el ceño —no entiendo nada— y lo persigo también corriendo.

—¿Qué haces? —grito sin comprender esa reacción, va tan rápido que parece una bala surcando las calles.

—¡Voy a por dinero, pienso comprarme todos esos libros!

Aunque me cuesta igualar su ritmo, decido seguirlo porque sé que su casa no queda demasiado lejos. Max no para de correr hasta que llegamos a su espectacular portal. Algo sofocado tras la increíble carrera, decide hablarme:

—Debo darte las gracias. Me hace mucha ilusión poder tener primeras ediciones de mis libros favoritos. Aunque he de decir que la mejor de todas te la llevaste tú. —En cuanto lo dice bajo la vista hacia el libro que aún tengo entre las manos y enseguida llego a la conclusión perfecta, sé lo que tengo que hacer.

—Toma. —Alargo la mano y le ofrezco mi primera edición, al tiempo que lo miro con una gran sonrisa y ojos pacíficos.

—¿En serio? —pregunta anonadado, se nota que no está acostumbrado a que hagan cosas por él. Me contenta ver en su cara una expresión sincera de bondad y agradecimiento.

—Sí, cógelo, es tuyo.

—¿Por qué lo haces? —vuelve a preguntar incrédulo.

—Yo ni siquiera me había percatado de que era una primera edición, a ti te hace mucha más ilusión que a mí y creo que por eso mismo debe ser tuya.

—Podrías ganar bastante dinero si la vendes.

—En esta vida hay cosas mucho más importantes que el dinero.

Max no está acostumbrado a la humildad, tampoco a que alguien rechace el dinero, se nota que vive en una burbuja de apariencias y gente abducida por los negocios y el poder de la economía. Tras unos segundos de duda, tiende la mano para coger el libro.

—Necesito que me pidas algo a cambio para sentirme bien, no puedo aceptarlo sin darte nada.

—¿No puedes aceptar que alguien haga algo por ti simplemente porque le gusta verte feliz? —le planteo ante la dureza de su frase. Me parece apabullante que una persona esté tan poco acostumbrada a recibir sin dar nada a cambio, simplemente porque alguien tiene el placer de dar.

—No.

En otro momento insistiría en que lo hago por voluntad propia, diría mil

veces que es decisión mía y que, por favor, lo acepte. Sin embargo, sé que tengo que aprovechar la oportunidad y sé perfectamente qué pedirle.

—Una cita, quiero tener una cita contigo.



No pegué ojo en toda la noche, los nervios no me dejaban conciliar el sueño y ahora que puedo ver cómo el sol aparece a través de mi ventana, soy consciente de lo cansada que estoy.

Ayer fue un día de grandes avances, conseguí no solo hablar con Max, sino también tener una cita con él, aunque adaptándome a sus normas, claro. Quedamos a la hora de siempre en el sitio de siempre y desde ahí fuimos a tomar algo durante una hora, me dejó bien claro que «una hora, solo», que no quería perder más tiempo conmigo. Sus palabras fueron un tanto duras, pero ver que aceptó mi proposición bastó para contentarme, tenía tan pocas esperanzas de que dijese que sí... y eso que yo no soy de las que se desaniman fácilmente. Por algo se empieza. Tengo que reconocer que es uno de los casos más difíciles a los que me he tenido que enfrentar hasta ahora, pero eso me supone un reto. Y me gusta.

Me levanto de la cama con una fuerza impetuosa, dejando el cansancio a un lado, y pongo el tocadiscos para animarme aún más. Sin lugar a dudas, este objeto siempre será el más importante de mi vida. Sé que está pasado de moda y que seguramente hay mil formas más sencillas de escuchar música; sin embargo, para mí tiene un valor que no tienen todas esas otras opciones: este tocadiscos pertenecía a mi padre, y él siempre lo utilizaba por las noches

para bailar alguna que otra canción junto a mi madre. Recuerdo verlos abrazados, moviéndose al compás de la música... Esas imágenes nunca desaparecerán de mi mente y por eso mismo, ellos siempre permanecerán vivos en mí.

Abandono mi habitación bailando y voy hacia la cocina. En cuanto abro la nevera para coger el cartón de leche, escucho abrirse la puerta de la habitación de Lucas.

—Princesa, ¿puedes bajar un poco la música? —me pregunta apareciendo en la cocina con los ojos medio cerrados y vestido tan solo con sus calzoncillos de flores hawaianas.

—Pero ¡si te encanta Elvis Presley! —exclamo. Los dos somos grandes fanáticos de la música del Rey.

—Ya —hace un silencio—, pero no estoy solo —susurra y señala su cuarto. Vaya, qué raro. Entorno los ojos y apago el tocadiscos.

Mientras estoy preparándome un café con leche, vuelvo a oír la puerta de Lucas. Me giro esperando verlo aparecer de nuevo por la puerta, pero esta vez es la chica la que se para ante mí. Es bastante directa:

—¿Dónde está el baño? —Me quedo un poco cortada ante su pregunta. ¿Ni siquiera un buenos días? ¿Acaso no puede decírselo Lucas? La chica es espectacular, tiene una melena negra impresionante y unos ojos azules apabullantes. Como si me hubiera leído el pensamiento, me contesta—: Lucas se ha vuelto a quedar dormido y no puedo preguntarle.

—Al final del pasillo —respondo ante su aclaración. Aun así, nuestra casa es muy pequeña y no le habría costado más de diez segundos encontrar el aseo. Supongo que querrá marcar territorio o algo por el estilo, me parece tan patético que tenga la necesidad de hacer algo así...

—Genial, gracias. —Me guiña un ojo y se va. Cuando ya no puede verme, entorno los ojos y emito un largo suspiro.

Olvidándome un poco de la extraña situación que acabo de vivir, termino mi café y me visto. Elijo un atuendo muy sencillo —una camisa blanca con un pantalón negro con algunos jirones a la altura de las rodillas— y lo remato con mi bolso favorito. Ya estoy lista para salir de casa, así que inspiro hondo y salgo a la calle.

Llego a su banco puntual, justo a la hora a la que habíamos quedado, pero Max no está por ninguna parte. Supongo que se habrá retrasado, así que me siento a esperar su llegada. La verdad es que odio esperar, porque soy bastante impaciente y no disfruto de la soledad. Ambos son grandes defectos, debería tener más paciencia y, sobre todo, debería sentirme cómoda estando yo sola, pero no es así. Tengo que trabajar en ello.

Y no quiero que malinterpretéis, claro que disfruto de unos minutos de soledad, claro que disfruto estando tirada en mi cama escuchando alguna canción... Pero esos son minutos de soledad que yo controlo, es distinto. No obstante, cuando el tiempo de soledad se prolonga, siento que mis pensamientos devoran mi interior. Me siento débil y comienzo a comerme el coco, me vuelvo loca pensando en mil preguntas a la vez y no siendo capaz de encontrar la respuesta a ninguna. De repente no sé qué hacer con mi vida, con mi cuerpo, me siento pequeña e insignificante y solo deseo poder hablar con alguien para evadirme del vacío que la soledad me provoca. Saber que hay alguien más ahí, al otro lado de mi cabeza.

Me encanta compartir mi vida, compartir momentos, vivir cada minuto acompañada porque así los minutos valen doble. Me gusta preocuparme por la gente y ver cómo se preocupan por mí, cómo escuchan mis palabras al igual que yo presto atención a las suyas. Pero... ¿quién te escucha cuando estás sola? ¿Quién puede preocuparse por ti si no hay nadie a tu alrededor? Y sé que esto suena a pura dependencia emocional, pero así es como me siento.

—Ya estoy aquí.

—Odio la soledad.

—¿A qué viene eso?

Mierda. «¡Empezamos genial, Mía!» Estaba de nuevo tan inundada de pensamientos que ni siquiera noté su llegada, y no solo eso sino que también le solté una frase sin venir a cuento. Ahora Max tiene cara de no entender nada y frunce el ceño esperando una respuesta a su pregunta.

—Estaba reflexionando y la frase se escapó de mi cabeza —intento sonar poética pero tan pronto como escucho lo que digo me siento patética.

—Pues tus reflexiones son una mierda, la soledad es lo mejor del mundo. Vamos, levántate. No querrás malgastar tu hora conmigo, ¿no?

La mayoría de las veces Max es un auténtico capullo, y si por mí fuese me rendiría ahora mismo y lo dejaría aquí solo. Sin embargo, una de mis normas me quita el derecho a la rendición una vez se acepta el trabajo. Sé que son mis normas, que yo las he hecho y que yo podría romperlas. Pero no funciono así. Así que no me queda más remedio que levantarme y seguirlo, pero no me voy a quedar callada.

—Me parece muy irrespetuoso por tu parte decir que mis reflexiones son una mierda. ¿No sabes lo que es la diversidad de opinión?

—Claro que sé lo que es. Hay opiniones buenas, opiniones malas, y luego están las opiniones que son una mierda, como las tuyas. —Me quedo atónita ante su respuesta. Max sigue andando sin ni siquiera mirarme y yo sigo caminando tras él con una ira que no hace más que crecer.

—Que a ti te guste estar solo en tu banco, día tras día, porque no tienes a nadie con quien compartirlo no significa que a todos nos guste lo mismo.

—Te equivocas: estoy solo por elección, no por obligación. —Max es un chico muy inteligente y sus respuestas son perfectas, hirientes y dan justo en el clavo.

—¿Y tú no te equivocas al no respetar que no me guste la soledad? Cada

persona tiene sus preferencias, yo respeto que te guste estar solo aunque no lo comparta. Ahora respeta tú que a mí me guste estar acompañada —hablo con fuerza, utilizando un tono desafiante, tengo que ponerme a su nivel si no quiero que me machaque. Me encantaría poder mirarlo a los ojos mientras dialogamos, pero Max lleva un paso acelerado y mantiene su vista fija en el suelo.

—No te gusta estar sola porque tienes miedo de ti misma. Creo que el miedo jamás ha de ser respetado. El miedo ha de ser superado.

Nunca había pensado en el miedo así, pero voy a detenerme a pensarlo, tengo que contestarle y tengo que hacerlo rápidamente.

—¿Y acaso tú no tienes miedo a estar acompañado?

El silencio. Mi pregunta logra rebatir todos y cada uno de sus argumentos. Me siento muy orgullosa tras cerrarle la boca. Max se para frente a mí, ambos nos miramos con expresión de rivalidad, él parece estar a punto de decir algo, pero se muerde el labio con frustración y cierra los ojos.

—Hemos llegado —anuncia tras unos segundos más de silencio. Me vuelvo y compruebo que nuestro paseo ha acabado justo en la entrada del sitio al que Max prometió llevarme. Estamos ante un bar que parece bastante singular, sobre todo me llama la atención el fuerte color azul de las rejas de su puerta. Soy la primera en entrar y lo hago lentamente, dedicando unos segundos a observar todo lo que me rodea. La atmósfera de este lugar es increíble: cada rincón está decorado con algo especial, incluso podría decirse que el olor que se respira es diferente. Tras la barra se encuentra un anciano que nos saluda secamente. Entiendo que Max se sienta cómodo aquí. Me adelanta, va hasta el fondo del establecimiento y se sienta a una mesa pequeña que se encuentra junto a la ventana. La sala donde estamos está llena de cuadros y de representaciones artísticas, hay tanta variedad de objetos y estilos que mi mente se sobrecarga.

—Es un lugar increíble, muy *vintage* —digo mientras me siento a su lado.

—Siempre vengo aquí a leer —comenta Max mientras abre su mochila y saca el libro que le regalé ayer. Se coloca bien sus gafas y comienza a leerlo. Lo miro incrédula. Pasan dos minutos y no me dirige ni una sola palabra, sigue enfrascado en su libro. De repente, viene el camarero a tomarnos nota. Entonces él levanta la vista y pide un café solo; tras hacerlo, vuelve a ser abducido por Neruda.

—Yo un agua, por favor.

Aún incrédula, decido esperar y dar un tiempo de margen; me convengo a mí misma de que ese tiempo terminará cuando lleguen nuestras consumiciones, así que cuando el camarero vuelve con el pedido y tras ver que Max no se digna a dirigirme ni una sola palabra comienzo a hablar:

—Las bellas artes son la danza, la escultura, la música, la pintura y la literatura. ¿Solo te sientes atraído por la literatura? —intento hacer una pregunta que sé que le gustará oír, acorde con su personalidad.

—Posteriormente también se consideraron bellas artes la elocuencia y la arquitectura —responde en un tono de superioridad sin levantar la maldita vista del libro.

—Las bellas artes son la danza, la escultura, la música, la pintura, la literatura, la arquitectura y la elocuencia. ¿Solo te sientes atraído por la literatura? —digo reformulando mi pregunta.

—Obviamente no. —Por fin cierra el libro y me mira a los ojos mientras remueve su cargado café—. Admiro todas y cada una de las bellas artes, pero siento extrema pasión por la literatura, la pintura y la elocuencia.

—¿Y por qué por esas?

—El arte no es algo físico, el arte es sentimiento. Por eso mismo, algo que para ti puede ser banal y estúpido para mí puede ser la mayor creación artística de la historia. El arte es subjetivo y se entiende a través de las

vivencias que hayamos tenido, de la complejidad de nuestra mente o de los entresijos de nuestro corazón. —Max consigue dejarme sin respiración, habla de una forma tan vocacional, tan pasional... Cuando explica sus pensamientos es como si de repente cobrara vida. Gesticula mucho con los brazos, sus pupilas se dilatan... Me atrapa por completo ver cómo una persona habla de lo que le apasiona, y él parece vivir por y para sus pasiones—. Por eso mismo, no sabría decirte por qué me he decantado por esas tres. Simplemente, son las que más me llenan, las que más me transmiten. Cuando veo un cuadro, veo más allá, entiendo su significado detrás de las pinceladas. Cuando leo un libro, no solo admiro la forma con la que el autor combina las palabras, no solo tengo en cuenta la maestría de la métrica o el ingenio de las oraciones, cuando leo es el conjunto del sentimiento y la forma lo que consigue emocionarme y hacerme disfrutar de cada oración.

—¿Y la elocuencia?

—Tu elocuencia es lo que me ha hecho darte una oportunidad, gracias a tu elocuencia estoy sentado frente a ti, contestando tus preguntas. Una persona elocuente, capaz de convencer con su discurso, capaz de cambiar opiniones con sus palabras, capaz de hablar y tan solo con su voz conseguir mejorar el mundo... Para mí esa persona se convierte en arte, porque lo que dice es arte.

Me quedo callada durante un minuto, nadie me había dicho algo así jamás.

—Entonces tú eres arte, Max —en cuanto lo digo sé que quizá haya sonado demasiado fuerte, es mi primera cita con él y llamar «arte» a una persona es un cumplido astronómico. Max no dice nada, guarda silencio y vuelve a abrir el poemario.

Pasan los minutos y decido que lo mejor es no hablar, dejar un poco de tiempo para que la situación no sea tan incómoda y el ambiente se enfríe. Su discurso fue tan ardiente que juraría que las paredes del bar han consumido parte de su calor. Miro mi reloj disimuladamente, tengo una hora, no quiero

que la pasemos toda en silencio. Pasados ocho minutos, Max me sorprende volviendo a cerrar el libro y dirigiendo de nuevo su mirada hacia mí.

—¿Cómo te llamas? —La pregunta me pilla por sorpresa. No había caído en que Max todavía no sabía ni mi nombre—. Tú conoces mi nombre, pero yo estoy ante una total desconocida.

Me quedo callada, mi cerebro piensa rápido y enseguida soy consciente de que esto es un factor a mi favor.

—¿No vas a decírmelo? —vuelve a preguntar ante mi silencio.

—Te lo diré, pero no hoy. Si quieres descubrirlo, tendrás que volver a verme —respondo con una sonrisa pícaro arqueando una ceja. Max da un pequeño golpe en la mesa e incluso juraría vislumbrar una diminuta sonrisa en su rostro. Cierra los ojos y asiente lentamente, preparado para contestar:

—Una vez, solo una vez más.



Max se va tras la hora que me prometió y yo aprovecho para hacer unas cuantas compras además de visitar a mis tíos, a quienes hacía tiempo que no veía. Cuando llego a casa, es justo la hora de cenar. Lucas y yo marcamos unas horas determinadas para la comida y la cena (el desayuno es un caso perdido, yo siempre me quedo dormida y él siempre está con alguna chica en su cuarto). Siempre que podemos comemos a las tres y cenamos a las once. Nos gusta compartir tiempo juntos.

—¡Vaya, vaya, vaya! Alguien llega demasiado justa a la cena... —comenta Lucas al verme entrar. Tiene puesto el mandil que siempre utiliza para cocinar y está emplatando la comida.

—Pero ¡he llegado a la hora! —Lo beso en la mejilla y me siento a la mesa, no sin antes dejar las bolsas en el recibidor. Aunque me encantaría irme directamente a la cama no puedo dejarlo cenando solo; además, ha hecho comida para dos.

—¿Qué tal tu día, señorita?

—Muy ajetreado, la verdad. Las cosas con Max van mejor de lo esperado.

—¡Sabía que no resistiría mucho! —exclama tras terminar de emplatar.

—Aun así... Sigue siendo demasiado frío y seco, pero supongo que solo es cuestión de tiempo.

—Una semana más y conseguido —augura mientras prueba el pescado que ha cocinado—. Mmm... Cada día me supero.

—¿Y tú qué tal con la morena? —Al escuchar mi pregunta, Lucas abre mucho los ojos.

—¿Cuándo la viste?

—Por la mañana. Salió de tu habitación y vino a preguntarme dónde estaba el baño.

—Vaya, estaría durmiendo... —responde algo atónito—. Se llama Zulema, es una chica bastante especial, muy divertida, muy extrovertida, muy sensual... Tiene tanta fuerza al hablar, tanto ímpetu... No se deja dominar y eso me gusta.

—¿Será la definitiva? —le planteo entre risas. He perdido la cuenta de las veces que le he hecho esta pregunta. Lucas solo tuvo una relación larga, con Marta, una chica bastante agradable. Le dejó tan marcado que juró no volverse a enamorar, y ahora... Bueno, ahora es como es.

—Ya sabes que me cuesta responder a esa pregunta. Por ahora solo puedo decirte que me hace sentir diferente, me hace sentir vivo.

—Interesante... —comento sin ser capaz de contener la risa.

—¡No te rías, bicho! —me grita, también entre risas, mientras me tira una servilleta.

Cuando acabo de cenar voy directa a mi habitación, me pongo el pijama y me desplomo en la cama. Antes de cerrar los ojos, pongo la alarma en el móvil: mañana tengo mi segunda cita con Max y he de ser puntual. La noche anterior los nervios no me dejaron dormir, pero esta vez el cansancio me puede y la relajación que siento tras ver lo bien que van las cosas actúa como tranquilizante, de manera que en apenas dos minutos ya me he dormido por completo.

Pi.

Pi.

Pi.

Pi.

Ayer me quedé dormida al instante, pero el despertar está convirtiéndose en una verdadera odisea. Acallo el maldito sonido que lleva molestándome unos ocho minutos y me froto los ojos al tiempo que intento en vano deshacerme de la sábana con las piernas. Finalmente opto por levantarme directamente e ir al baño a echarme agua fría en la cara.

El método es bastante efectivo, tanto que caigo en la cuenta de que ayer, estando tan cansada, puse el despertador una hora más tarde, lo que significa que Max ya debe de estar esperándome.

—¡Mierda! —me grito a mí misma viéndome en el espejo.

Voy corriendo a la habitación, abro el armario y cojo el primer vestido fresquito y las primeras deportivas que encuentro. Seguramente vaya hecha un adefesio, un cuadro andante, pero no puedo echar por la borda todo el avance que logré ayer llegando tarde. Salgo de casa sin desayunar pero no sin coger las llaves. Bajo las escaleras a toda prisa y corro en mi moto hasta llegar al puerto. Max y yo tenemos la gran suerte de vivir cerca y, por tanto, ambos vivimos cerca del puerto. El sitio al que lo quiero llevar hoy también está muy cerca de aquí, tan solo a diez minutos andando.

Camino hacia él, puedo verlo desde lejos sentado en su querido banco. Lleva una camisa ligeramente desabrochada, unos tejanos negros y unas Converse blancas. Me siento mal al ver que está tan guapo y que yo no he tenido ni tiempo para ducharme, espero que no preste mucha atención a las pintas que llevo...

—¿Llegas de una noche de resaca o acabas de salir del manicomio? —

pregunta nada más verme.

—Ambas cosas —contesto tomándomelo con humor—. ¡Vamos, levántate! El plan que tengo preparado para hoy te va a encantar.

—¿Tú crees? —dice con su característica alegría.

Decido no decir nada, tan solo asentir con la cabeza y comenzar a andar. Max me sigue cabizbajo, como siempre, con la mirada clavada en el suelo. Sé que cada minuto con él es importante y no puedo desperdiciar el tiempo, por lo que me preparo para sacar un tema de conversación. Max, sin embargo, me sorprende y es el primero en hablar.

—Ya es hora de que me digas tu nombre, ¿no crees? —me impresiona la curiosidad que tiene por saber cómo me llamo. Supongo que saber el nombre de tu acompañante es algo tan común que el hecho de no saber el mío le genera unas ganas especiales de conocerlo. Dudo si decírselo o no, pero él me ha dado una segunda cita así que yo tengo que concederle lo que le prometí a cambio.

—Mía, me llamo Mía.

—¿Mía? —repite mirándome de una forma extraña—. ¿Qué clase de nombre es ese?

—¿Nunca lo has escuchado? Tampoco es tan inusual...

—Jamás lo había escuchado. ¿Por qué te pusieron ese nombre? Es un jodido adjetivo posesivo, no tiene sentido.

—Mis padres me llamaron así porque decían que era muy importante que jamás olvidase que nunca podré pertenecer a nadie, que siempre seré solamente mía. Yo seré siempre la que tome las decisiones de mi vida y seré la que lleve las riendas de mi futuro.

—No tiene el menor sentido porque cuando yo te llamo «Mía» estoy diciendo que eres mía —argumenta frunciendo el ceño. Parece no entender nada y me habla por encima del hombro. Odio cuando Max hace uso de su

arrogancia y de su excesivo egocentrismo.

—Mis padres no me pusieron este nombre para que saliese de tu boca —replico seria, aunque no enfadada. Mi seriedad tiene efecto en él, pues decide no seguir con la conversación y dedicarme una mirada desafiante.

Tras unos segundos de tensión, hoy soy yo la que anuncia:

—Hemos llegado.

Max mira hacia los lados, estamos en una calle bastante escondida y desértica. Cuando mira hacia arriba un gran cartel anuncia el sitio al que le he traído GALERÍA DE ARTE.

—No conocía esta galería... —admite sorprendido.

—Lo supuse y también supuse que te gustaría conocerla —contesto con una gran sonrisa. No quiero que haya ningún malestar entre nosotros y aunque a veces las ganas de dejarlo plantado con su arrogancia en la boca se apoderen de mí, sé que tengo que tener paciencia e intentar llevar la situación de la mejor manera posible.

—Buenas suposiciones. ¿Entramos? —Me encanta que Max tome la iniciativa, así que asiento y sigo sus pasos.

La galería es muy simple, sobre sus paredes blancas cuelgan un montón de cuadros esperando ser comprados. También hay alguna escultura, pero Max dedica toda su atención a las obras pictóricas. Nos movemos de sala en sala, cada una es mejor que la anterior y solo deseamos que no acaben nunca. Max comenta las obras que más le gustan conmigo, y coincidimos bastante. Su cuadro favorito es una especie de paisaje surrealista, lleno de colores fríos que se mezclan entre sí creando un cielo tormentoso que destaca sobre un suelo helado. Yo me decanto por un cuadro minimalista, en el que pueden verse varios círculos negros que se unen entre sí creando círculos blancos.

—¿Por qué te gusta tanto la sencillez? —me interroga tras comentarle cuál era mi favorito.

—Mi profesor de arte siempre decía que si era capaz de comprimir mis ideas en su forma más básica estaba logrando transmitir un mensaje más puro y eficiente. ¿Por qué contar tu idea en mil trazos si puedes hacerlo en dos?

—Porque esos mil trazos pueden ser mucho más bellos.

—Sí, pero yo no buscaba transmitir belleza, sino mis ideas del modo más claro posible. Es lo que buscaba cuando pintaba y ahora es lo que me gusta encontrar en los cuadros.

Max me mira profundamente, asiente con lentitud y dirige la vista al cuadro que he elegido. Ahora puedo ver cómo inspecciona cada rincón del cuadro, cómo le presta más atención que antes, cómo intenta descifrar el enigma que ocultan esos círculos...

—No sabía que pintabas. ¿Cómo conociste este lugar? —pregunta cuando llegamos a la última de las salas.

—Por mi padre... Veníamos aquí todos los meses a ver las novedades. Yo era muy pequeña, pero recuerdo haber disfrutado mucho fantaseando con qué obras compraríamos para decorar nuestra casa.

—¿Comprasteis alguna?

—No.

—Creo que volveré y me compraré el paisaje helado, me ha conquistado.

Y lo dice como si fuera la cosa más normal del mundo. Sé que puede sonar egoísta, pero me duele ver la facilidad que tiene Max para conseguir todo aquello que quiere. Los libros, el mismísimo banco del que se proclamó propietario, ahora el cuadro... Mi padre no logró ahorrar lo suficiente como para comprar ninguna de las obras que veníamos a ver todos los meses, y Max podría comprarse todas las que hemos contemplado... Supongo que no es injusto, ya que sus padres habrán trabajado muy duro para amasar toda la fortuna que hoy día tienen en sus manos, pero aun así me parece cruel...

—¿Ocurre algo? —me dice al ver que me he quedado callada. Soy una

persona muy habladora e inquieta y mis silencios no pasan desapercibidos.

—No, solo se me hace tarde y he quedado para comer con mi compañero de piso —respondo con otra de mis sonrisas.

—¿Ya te has independizado?

—¡Sí! Lo hice nada más cumplir los dieciocho años. ¿Tú no quieres independizarte?

—Por mí lo haría ahora mismo —contesta mientras salimos de la galería y empezamos a andar. Vamos en la misma dirección, ya que para ir hasta su casa primero ha de pasar por delante de mi bloque—, pero mis padres no me dejan hacerlo. Es una larga historia.

«Es una larga historia» es la típica excusa que se utiliza para no hablar de un tema concreto, así que prefiero no presionar y dejarlo para cuando tengamos más confianza.

—Mi piso es muy pequeño, pero mi compañero es decorador de interiores y lo ha dejado precioso. Si quieres un día puedo enseñártelo.

—Ya veremos. —Su contestación es cortante pero lo entiendo, quizá mi proposición le ha parecido demasiado directa y lo ha llevado a engaño...

Tras cinco minutos andando, llegamos a mi portal.

—Esta es mi humilde morada —anuncio mientras cojo las llaves del bolsillo de mi vestido. Me dispongo a abrir la puerta cuando alguien lo hace desde dentro, me echo hacia atrás y quito las llaves de la cerradura, dejando a la persona salir primero.

—¡Amor! —grita la chica que acaba de salir. Juraría que he escuchado esa voz antes... Cierro los ojos intentando atar cabos, pero los abro inmediatamente al ver que la joven se abalanza sobre Max para darle un abrazo astronómico y un beso de película.

Puedo ver cómo Max lleva sus manos a la cintura de la chica, su melena negro azabache se enreda entre los dedos de él.

Esa melena... Abro la boca desmesuradamente cuando por fin caigo en la cuenta de quién es la joven misteriosa.

Zulema, la chica del cuarto de Lucas.

Y está besando a Max.



Cuando su beso por fin acaba —a mí se me antoja eterno, pero no debe de haber durado más de ocho segundos—, Zulema se gira y me ve. La gran sonrisa que ocupaba todo su rostro desaparece, me mira incrédula mientras levanta una ceja y separa un poco los labios. En sus ojos puedo ver maldad y desconfianza... Si las miradas matasen, yo yacería muerta en el suelo.

—¿Os conocéis? —pregunta Max tras ser testigo de nuestras expresiones. Supongo que mi cara también refleja la impresión.

—Sí, íbamos al mismo colegio —responde Zulema al instante mientras me da un abrazo cargado de falsedad. No he tenido tiempo ni de abrir la boca, mucho menos de pensar una respuesta. Abro unos ojos como platos, ha mentido con una facilidad asombrosa, no ha tardado ni medio segundo en pensar una coartada—. Y vosotros, ¿de qué os conocéis?

—Casualidad portuaria. —Max contesta de forma seca y concisa, sin dar muchos detalles. Lo conozco hace tan solo tres días y ya sé que esta es su forma habitual de contestar. Zulema debe de estar acostumbrada porque no hace más preguntas sobre el tema. Max tampoco pregunta absolutamente nada, lo que me extraña... ¿No tiene curiosidad por saber qué hace su supuesta novia saliendo de mi portal?

—¿Vamos a tomar algo los tres? Hace muchísimo tiempo que no te veo,

Mía. —Cuando Zulema pronuncia mi nombre un escalofrío recorre mi cuerpo. ¿Se lo habrá dicho Max en algún momento? ¿Se lo habrá dicho Lucas? La capacidad de manipulación de esta chica me provoca mucho malestar.

—He quedado para comer...

—¡Vamos! Aún es temprano, te da tiempo a tomar algo con nosotros.

Miro a Max buscando confirmación, y él se encoge de hombros. Una parte de mí me dice que he de aprovechar esta situación para poder averiguar qué está ocurriendo. Aunque todo parece bastante claro, debo saber qué se trae Zulema entre manos. Esta invitación me proporciona, además, una oportunidad para conocer un poco más a Max, en este caso a través de otra persona.

—Vale, pero no podré quedarme mucho tiempo.

—¡Tranquila, iremos a la cafetería más cercana!

Zulema coge la mano de Max y ambos empiezan a andar, yo lo hago detrás, algo estupefacta. Este encuentro supone un giro total de los acontecimientos, ya que ni Max ni sus padres me habían comentado la existencia de una pareja. Quizá él lleve su relación en secreto o quizá solo sea un rollo pasajero... A apenas veinte pasos ya hay un bar del que, casualmente, soy cliente habitual. En cuanto nos sentamos, Carlos, el camarero, viene a tomarnos nota y a saludarme amistosamente.

—¿Cómo va todo, Mía? ¡Hacía mucho que no venías por aquí! —exclama Carlos al tiempo que me abraza con fuerza. Tras tantos desayunos y tantas Coca-Colas ya hay mucha confianza entre nosotros.

—Todo perfecto —respondo con una sonrisa.

—Y Lucas, ¿sigue tan contento como siempre?

—Sí.

No sé qué más decir, miro a Zulema de reojo y me desconcierta ver que

actúa con total normalidad incluso al escuchar el nombre de su amante, incluso sabiendo que podría hablar y desvelar su infidelidad. Pero supongo que no tengo pruebas, y ella lo sabe.

Carlos se va para traernos nuestro pedido y yo decido actuar, tengo que descubrir algo, tener más información.

—¿Y cuánto lleváis juntos?

—Hace dos semanas fue nuestro primer aniversario.

—Vaya, es bastante tiempo.

—Sí, y aún nos queda bastante tiempo por compartir —afirma Zulema marcando territorio. Con sus palabras me está dejando bien claro que no me atreva a hablar.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Nuestros padres son íntimos amigos y nos conocimos en un viaje que hicimos juntos a Roma. Nos veíamos a escondidas en las habitaciones o quedábamos de noche en la piscina del hotel. Aún lo llevamos en secreto, no queremos estropear la relación de amistad de nuestros papis.

Zulema habla con emoción, parece estar muy enamorada de él. Sin embargo, Max se muestra totalmente indiferente y ni siquiera levanta la vista de su café. Me quedo callada observando sus movimientos, cómo ella intenta tomarle la mano y él se deja llevar, pero sin un mínimo de interés, incluso me ha parecido ver que ponía los ojos en blanco cuando Zulema contaba sus primeros encuentros clandestinos.

—¿Tú tienes pareja? —me pregunta ella.

—No —contesto sin dar detalles, no quiero que esta conversación se centre en mí.

—¿Y ese tal Lucas por el que preguntaba el camarero? —No puedo dar crédito a lo que estoy escuchando. Zulema está interpretando un papel a la perfección, habla con total confianza y sin ningún miedo a que yo

desembuche.

—Es mi compañero de piso, mi mejor amigo desde la infancia —aclaró con frialdad dedicándole una mirada cómplice. Ambas sabemos el secreto que se oculta en esta mesa.

—¿Y nunca has sentido nada por él?

—Nunca.

—¿Y él por ti?

—Tampoco.

—¿Has tenido novio alguna vez?

—Sí.

—¿Y por qué lo dejasteis? —Sus continuas preguntas sobre mi vida amorosa me ponen cada vez más nerviosa.

—No funcionó.

—¿Por tu culpa o por la suya? —Zulema está tocando un tema muy delicado para mí, parece saber justo dónde atacar para hundirme. Está jugando con mi mente y con mis emociones, intentando dominarme.

—La culpa no fue de nadie —miento.

—Mientes.

—¡No miento! —alzo la voz perdiendo por completo la paciencia. No sé qué cojones sabe esta chica sobre mí y tampoco sé hasta qué punto sabe manipular a las personas, pero parece una experta en juegos mentales y ha conseguido lo que andaba buscando.

La tensión aumenta por segundos y justo cuando todo está a punto de explotar, Max se levanta de la mesa señalando el baño. Zulema y yo nos quedamos solas, la miro desafiante y ella me mira con una especie de odio satisfactorio. Sus rasgos felinos potencian la peligrosidad de su mirada. Poco a poco, se acerca todo lo que puede a mí y decide romper el silencio.

—Sé que lo sabes y también sé que no dirás nada —susurra de forma

tenebrosa.

—¿Y por qué iba a quedarme callada?

—Porque todas las noches duermo con tu mejor amigo, porque todos los días me despierto en la cama que tienes a tan solo unos metros de la tuya. — Sus palabras se clavan en mí como si fuesen puñales. Hace una pausa para pegar su boca a mi oído—. Puedo hacerle mucho daño, Mía. Y también puedo hacerte mucho daño a ti.

Justo cuando Zulema se aparta de mí, Max sale del lavabo y vuelve a la mesa. Intento actuar con normalidad, pero estoy demasiado desconcertada y sé que he de marcharme lo antes posible.

—Debo irme, ya es casi la hora de comer.

—¿En serio? ¡Qué pena! ¡A ver si nos vemos más! —exclama la morena mientras pone morritos.

—Adiós Max, adiós Zulema —me despido mientras me levanto de la mesa y me aproximo a la barra para pagar mi consumición.

—¡Tranquila, yo invito! —grita ella desde la mesa.

Aprovechando que estoy de espaldas a ellos, cierro los ojos y tomo aire, conteniendo las ganas que tengo de contar toda la verdad. Una vez que me veo capaz de fingir una sonrisa, me giro y asiento con la cabeza.

Abandono el local y corro hacia mi casa. Por mis venas corre demasiada adrenalina provocada por el estrés y el miedo, porque, sí, he sentido miedo. Mientras intento meter la llave en la cerradura de mi portal, mi cabeza aún sigue sin entender qué hace Max con una persona tan simple y manipuladora como ella, sigo sin entender su parsimonia cuando ella le agarraba la mano y sigo sin entender cómo Lucas puede dormir con tal monstruo al lado. Aunque en el fondo lo entiendo, entiendo que hay personas con mil caras que solo ponen la más adecuada en el momento oportuno. La persona con quien se acuesta Lucas es una persona totalmente distinta a la que hoy he tenido

delante. Y lo peor, es que Lucas solo ha conocido una de las caras de Zulema, mientras que yo he visto lo que se esconde tras cada una de ellas.

Subo las escaleras corriendo planteándome si contárselo a Lucas o no. Sé que debo hacerlo, pero tan solo la idea de ponerlo en peligro hace que me tiemble todo el cuerpo.

Pero... ¿acaso no está en peligro si dejo que comparta su vida con un monstruo? Obviamente he de decírselo y cuanto antes mejor. Mi corazón va a mil por hora cuando por fin consigo entrar en casa.

—¿Lucas? —lo llamo al ver que la mesa no está puesta y que todas las luces están apagadas. Siempre comemos juntos y si no lo hacemos estamos obligados a avisar al otro con un máximo de sesenta minutos de antelación.

La preocupación me invade, Zulema ha estado en esta casa hace menos de una hora, cuando la vi saliendo de mi portal. ¿Dónde ha ido Lucas en esa hora? Ha tenido que salir de casa cuando estábamos en la cafetería.

Corro por toda la casa, habitación por habitación, pero Lucas no está por ninguna parte. Cojo el móvil para ver si tengo algún mensaje suyo, pero me sorprende ver que no tengo ni mensajes, ni llamadas perdidas... Decido llamarlo, pero lo que escucho al otro lado de la línea me pone los pelos de punta.

Su móvil está apagado, y él nunca apaga el móvil. Siempre lleva una batería de recambio porque no soporta estar «desconectado», como dice él. Vuelvo a probar a llamarlo. Nada, apagado. Se me acelera el corazón.



¿Conocéis la sensación de tener un pensamiento que no deja de revolotear en vuestra mente? Esas ideas que te invaden de repente y ocupan cada centímetro de tu ser, haciéndote incapaz de pensar en cualquier otra cosa...

Ayer fue uno de los días más extraños de mi vida, recapitulemos:

- Max parece tener una novia secreta, cuya existencia es totalmente desconocida para sus padres; de no ser así, me habrían informado de su existencia.
- La novia secreta de Max se llama Zulema y está acostándose con mi compañero de piso, Lucas.
- Zulema me amenazó, sabe que conozco su relación con Lucas y que si abro la boca puedo perjudicarla mucho.
- Lucas lleva desde ayer desaparecido, ni me coge el teléfono ni ha pasado por casa.

Lo que más me preocupa de todo es, sin duda, la desaparición de mi amigo. Estuve toda la tarde de ayer en casa, pensando dónde podría estar, y tras no llegar a ninguna conclusión, me fui a la cama, donde pasé la noche en vela. Ahora ya son más de las doce del mediodía, y apenas he dormido un par

de horas.

Justo cuando me desprendo de las sábanas, escucho un ruido que proviene de la cerradura de la puerta. Abro los ojos exageradamente, emocionada con la idea de ver aparecer a Lucas. Corro hacia el recibidor y me caigo de rodillas cuando veo asomar la cara pecosa de mi compañero de piso.

—¿Me has echado tanto de menos, mi reina? —pregunta entre risas nada más verme arrodillada.

—¿Te parece gracioso? ¡¿Te parece gracioso?! —grito alterada al ver que intenta quitarle hierro al asunto.

—Lo siento, se me quedó el teléfono sin batería y no tenía forma de avistarte... Ya sabes que no me sé tu número de memoria.

—¿Dónde has estado? —pregunto más relajada. Me doy cuenta de que aunque para mí sea una situación muy estresante, él no tiene ni idea de todo lo ocurrido con Zulema, así que entiendo que se lo tome con tranquilidad.

—Zulema me invitó a dormir, no podía decir que no. Es un gran paso que una chica te invite a su casa. Especialmente esta chica —responde con una sonrisa seductora mientras camina hacia su habitación—. ¿Ya has desayunado?

—No, acabo de despertarme.

—Genial, te prepararé las tortitas que tanto te gustan.

—¿Te invita a dormir y no desayunáis juntos? —le planteo con cara de asco. Desde ayer todo lo que suceda con Zulema provocará en mí el mismo sentimiento.

—Poco a poco, eso ya es otro nivel —afirma entre carcajadas.

Mientras guarda sus cosas en el armario, yo lo observo debatiendo dos opciones: ¿debo decirle lo que ocurrió o eso sería ponerle en peligro? Se lo ve tan contento con esta nueva relación, tan ilusionado... como hacía mucho tiempo que no lo veía. Además, lo último que quiero es que le pase algo, y las

amenazas de Zulema me dejaron muy claro que si abría la boca él no lo pasaría bien. No obstante, estar tan cerca de una chica así tampoco es muy seguro... Odio verme envuelta en estos dilemas tan difíciles y odio todavía más el hecho de tener que tragarme todo yo sola, sin poder pedirle consejo a nadie.

—¿Estás bien, pequeña? —se interesa Lucas cuando se vuelve, al ver que estoy pasmada mirándolo.

—Sí, es solo que he dormido mal —contesto dando por zanjado el tema. He decidido no contar nada por ahora. Tener información te da un gran poder, por lo que cuanto más información recaude sobre Zulema, mejor actuaré en su contra.

—Entonces acompañaremos las tortitas con café, para que despejes esa mente.

—No, tengo que irme. ¡Te quiero!

Mi opinión ha cambiado drásticamente. Tras ir ordenando todo en mi cabeza, por fin sé con claridad lo que tengo que hacer. Antes de nada, he de descubrir qué esconde Zulema; además, también tengo que indagar qué tipo de relación tiene con mi cliente y la mejor forma de descubrir todo esto es hablando con la persona de mi entorno que mejor la conoce: Max.

Tras vestirme a toda prisa, lavarme los dientes y eludir las preguntas de Lucas, ya estoy preparada para embarcarme en la misión del día de hoy. Decido ir hasta la casa de Max corriendo, no sin antes mandar un mensaje clandestino a sus padres para asegurarme de que está allí. Tras su confirmación, acelero todavía más el paso: quiero invitarle a comer y se está haciendo tarde.

Me encantaría vivir menos estresada y poder ir andando a cada recado, a cada lugar, a cada rincón, poder detenerme a ver pasar a la gente y la vida, poder pararme a escuchar mis pensamientos sin que se me agolpen todos en

la cabeza... Aunque también amo ir en moto y que el viento golpee mi cuerpo, la sensación de ir caminando escuchando los ruidos provenientes de la ciudad y de su gente me provoca una sensación de plenitud en el pecho. Los coches, los edificios e incluso las personas que acompañan mis pasos hacen que me sienta pequeña, pequeña al pensar que en cada edificio hay cientos de ventanas y que detrás de cada ventana hay una vida distinta, pequeña al ser consciente de que en cada vehículo estará sonando una canción diferente, diminuta al saber que cada individuo con el que me cruzo es el protagonista de su vida, como yo lo soy de la mía. A fin de cuentas, no somos más que pequeños haces de luces que conjuntos forman galaxias.

Mi galaxia está relativamente cerca de la de Max y en apenas quince minutos ya estoy en la puerta de su gran mansión. Llamo al timbre decidida. Su respuesta se hace de rogar y me tiene a la espera hasta que escucho su profunda voz a través del telefonillo.

—¿Mía? —pregunta extrañado tras verme por la cámara.

—¡La misma que viste y calza!

Su contestación es un cortante sonido, ha colgado. Si piensa que me voy a rendir está muy equivocado. Presiono el botón sin parar, hasta que se ve obligado a volver a responder.

—¿Qué quieres? —pregunta algo alterado tras mi insistencia.

En vez de contestar su pregunta, pongo delante de la cámara que hay sobre el timbre la sorpresa que tenía preparada para hoy: dos entradas para una de sus películas favoritas, *Pulp Fiction*. La echan en un cine de reestrenos que he localizado en el centro, además la proyección es en 35 mm, como Tarantino tenía pensado que se proyectara siempre. He cuidado hasta el más mínimo detalle para que no pueda decirme que no.

Max emite un largo suspiro y vuelve a colgar. Ante su reacción, en mi rostro se dibuja una sonrisa: puede que no lo conozca mucho, pero estos días

no he parado de atender a cada uno de sus gestos, soy muy perspicaz y en mi trabajo tengo que serlo todavía más; a través de sus gestos involuntarios, sé que cuando algo le convence y decide hacerlo, antes de tomar la decisión definitiva emite un largo suspiro.

Tres, dos, uno...

—¿Así que hoy vamos al cine? —Max aparece justo a tiempo, y aunque su expresión es tan sombría como siempre, que haya aceptado salir y verme es un gran paso.

—Verás, soy una grandísima amante del cine, y hoy vuelven a proyectar una de las mejores películas de todos los tiempos —descubrí que le gustaba esta cinta gracias a la decoración de su habitación, pero él, como es obvio, no puede saberlo—. No tenía con quién ir y... Supuse que una persona con unos gustos tan refinados como los tuyos, no lo dudaría ni un segundo.

—O sea, que dejando aparte lo mucho que me estás lamiendo el culo, no tienes a nadie con quien ir y por eso me avisas, ¿es eso?

En mi cabeza no para de repetirse la frase «Si tú supieras...» en bucle. Aunque a veces me gustaría desembuchar para darle un bofetón de realidad en la cara, sé que mi deber es llevar mi trabajo a cabo, por lo que decido callarme y darle la razón.

—¡Efectivamente! Pero todavía hay algo que no has averiguado...

—¿Que me vas a invitar a comer?

—¡Exacto! —exclamo mientras le engancho del brazo y tiro de él calle abajo. Cuanto antes nos vayamos, menos tiempo tendrá para echarse atrás.

—No llevo dinero, ni el móvil, he salido sin nada encima —dice mientras se deja llevar.

—Yo invito a todo.

—Lo haces porque así tendremos que quedar otro día para que sea yo el que pague, ¿verdad?

—¡Evidentemente! Pero hoy es mi aventura, es mi locura... ¿Estás preparado para todo lo que nos deparará el día?

—¿Una comida en cualquier bar y una sesión de cine antiguo? —responde con cara de asco, despreciando todo lo que he ideado.

—No hables antes de tiempo o tendrás que tragarte muchas de tus palabras.

En efecto, Max no tiene ni idea de todo lo que soy capaz de hacer. Si hay algo de mí que destaque sobre todas mis demás facultades es mi creatividad. Además, tras estos años trabajando como agente de la felicidad, he descubierto un montón de planes para hacer en esta ciudad, muchísimos sitios de ensueño y actividades que jamás hubiera imaginado posibles.

Todo esto tiene su parte dura y es que yo sé perfectamente lo que contenta a todo el mundo, sé qué sorpresa prepararle, cómo hacer que se evada de la realidad, cómo conseguir que sus preocupaciones desaparezcan... Pero ¿acaso alguien se ha preocupado alguna vez de hacer eso por mí? Llevo tanto tiempo cuidando de los demás que no sé lo que es cuidarme a mí misma y mucho menos que alguien cuide de mí. Quizá por eso me llene conseguir sonrisas ajenas, porque la mía lleva desaparecida ya demasiado tiempo. Y no hablo de la sonrisa que se refleja en el rostro, hablo de cuando el corazón sonríe. Me refiero a esa felicidad que despierta en tu pecho en forma de calor, explota en tus labios, achina tus ojos y dibuja hoyuelos en tu rostro. Me refiero a tener el corazón contento. Me refiero a cuando te duelen las mejillas. Me refiero a las sonrisas verdaderas, esas que primero sientes dentro y que son imposibles de contener.

—No me lo puedo creer, has estado más de cinco minutos callada —comenta Max al ver que en todo el camino todavía no he abierto la boca. Espero que no se haya reflejado en mi cara lo que estaba pensando.

—Me pasa muy a menudo, a veces me encierro demasiado en mis pensamientos y olvido todo lo que me rodea.

—A mí me pasa al revés: *siempre* me encierro en mis pensamientos y me olvido de todo lo que me rodea. Solo a veces este mundo merece mi atención.

—Tal vez estás viendo el mundo desde un prisma turbio —digo acercándome a él, quedándome a tan solo unos pocos centímetros—. O tal vez eres tú quien no quiere ver. —Cuando acabo de hablar le quito las gafas para limpiárselas con mi sudadera.

—Créeme, lo he intentado ya desde demasiados prismas. —Max, que tenía la vista fija en el horizonte, baja la mirada hacia el suelo.

—Si te rindes, jamás encontrarás el correcto —sentencio colocándole de nuevo sus gafas.

—En verdad no tengo que llevarlas.

—¿Qué? —pregunto extrañada, estoy muy cerca de él, mirándole a los ojos, y la conversación se está poniendo interesante... Ralentizo el paso, estamos ya muy cerca del restaurante y no quiero que Max deje este arrebato intimista.

—Solo me las pongo porque me hacen sentir protegido, seguro de mí mismo.

—Desde fuera, pareces una persona muy segura de ti misma —reflexiono pensando en su seriedad, su crueldad y sus gestos confiados.

—Sí, es lo que intento parecer.

Su respuesta bloquea cada una de mis creencias, todo lo que pensaba conocer sobre él se desmorona. He conocido a muchas personas inseguras que se ocultaban bajo un revestimiento bruto y arisco, llegando incluso a hacer daño a los demás tan solo para sentirse mejor consigo mismos, pero lo bruto de Max jamás me había parecido una coraza. Y he tratado con muchas corazas, suelo ser buena identificándolas. Al fin y al cabo, ese es mi trabajo: descubrir quién estás mostrando que eres al mundo y quién eres en realidad por dentro y por qué esas dos imágenes no coinciden.

—¿Seguimos con esta conversación dentro? Ya hemos llegado —anuncio parándome enfrente del primer lugar que he escogido. Se trata de un hotel donde se sirven comidas, con una gran azotea abierta al público en general con vistas apabullantes: se ve todo el puerto y, sobre todo, se ve su banco.

—No, esta conversación ha terminado.

Debería estar decepcionada por su respuesta, pero Max ya se ha abierto suficiente por hoy, apenas es nuestra primera semana juntos y es normal que no quiera hablar de temas tan personales, por lo que decido no insistir. Entramos en el ascensor del hotel.

—¿Esta es tu loca aventura? Creo que es un poco pronto para una noche loca, pero entiendo que no puedas evitar caer rendida a mis encantos.

Su comentario consigue ruborizarme, enseguida comprendo lo raro que puede estar pareciendo que le traiga a un hotel y más después de utilizar las palabras «aventura» y «locura» hace apenas unos minutos.

—¡No, no, no! Solo vamos a la azotea. No hay habitación reservada ni nada de eso, es decir, yo, yo, yo... en ningún momento he pensado en... Bueno, en eso, yo... —contesto nerviosa.

Él deja escapar una enorme carcajada al ver mi apurada reacción.

—Tranquila, Mía, solo estaba bromeando.

Justo después de su gran aclaración, la puerta del ascensor se abre y ambos salimos liberados de la incómoda situación (al menos para mí) que acaba de producirse. Camino hacia la mesa que he reservado, la que mejores vistas tiene, y abro los brazos de par en par.

—*Voilà!*

—Bonitas vistas, tengo que reconocerlo —comenta sentándose—. No creía que eras del tipo de persona a la que le gustan los restaurantes de postureo.

—Tienes razón en las dos cosas: no me gusta el postureo y hemos venido por las vistas.

Parece que todavía no se ha dado cuenta de dónde estamos. Me levanto de la mesa y me acerco a su lado, le tiendo la mano y, tras un momento de desconcierto, veo que alguna clase de barrera se esfuma en su interior, porque extiende la suya. Se la cojo y apunto con su dedo hacia un punto indeterminado en el horizonte. Cuando lo tengo enfocado, le pido que se fije bien:

—Ahí, justo debajo de aquella luz pequeña que parpadea —le digo mientras sigo sosteniendo su dedo, como si del objetivo de una cámara se tratara—, ¿lo ves?

—Es... —parece que no atina, pero al cabo de unos segundos noto cómo se acelera su pulso y cómo cambia la expresión de su cara— es el puerto.

—Escogí este lugar para que tengas una perspectiva diferente de tu banco, creo que jamás lo has visto desde las alturas.

Es el puerto, sí, es su banco, su lugar preferido en el mundo... La idea de venir aquí se me ocurrió tras ver las miles de fotos que tenía desde su banco, pensé que le gustaría ver el puerto y ese banco desde una perspectiva diferente.

—Mierda, no he traído la Polaroid ni el móvil.

—Toma, puedes hacer la foto desde mi móvil y luego te la envío —digo ofreciéndole mi móvil.

—Una forma muy original de conseguir mi número, he de admitirlo. — Parecía que había desmontado sus defensas, pero no, solo ha necesitado un momento para recuperarse. Aquí está otra vez el Max gallito.

Entorno los ojos ante su arrogancia mientras él se levanta para fotografiar su querido banco. Cuando vuelve a la mesa, el camarero ya nos ha servido. Empezamos a degustar el primer plato y creo que es el momento perfecto para sacar el tema que lleva rondándome toda la cita.

—No me habías comentado que tenías novia —intento decirlo con la

máxima naturalidad posible, como si el tema no me importase en absoluto.

—No creo que sea algo que deba comentarte. —Y tiene razón, nunca salió el tema de las relaciones. Pero lo que me extraña es que sus padres no hicieran ninguna mención, y también me pareció inusual no encontrar nada de ella por su habitación: ni una foto, ni un recuerdo...

—Ya, pero me pilló por sorpresa.

—Sí, a mí también me parecería raro que alguien pudiese aguantarme.

—¿Sois felices? —pregunto lo más suavemente que puedo.

—Solo estoy con ella por estar, por no dejarla.

Su respuesta consigue que me atragante, ha sonado demasiado cruel y no consigo entender nada de su extraña relación.

—Eso es horrible, Max. No puedes jugar con los sentimientos de alguien de esa forma. ¿Y si ella te quiere de verdad? Sería muy injusto...

—Si no se siente querida, que me deje ella, me ahorraría mucho trabajo. — Cada vez que abre la boca, me quedo más atónita. Todo lo que había pensado sobre Max esta tarde, todas mis buenas impresiones sobre él, empiezan a desaparecer: es como cuando una gran ola te pilla desprevenida en la orilla y te quedas empapada viendo cómo vuelve hacia el mar llevándose consigo todo lo que encuentra a su paso.

—Estás utilizándola —sentencio impactada, mirándolo con presunta decepción.

—No, simplemente no estoy al cien por cien con ella.

—¿Y por qué no la dejas entonces, Max?

—Porque Zulema es muy... Muy extremista. Se pondría como una loca y metería a mis padres por medio.

—¿Ellos lo saben?

—No, todo empezó como un juego para rebelarnos ante las normas de nuestros padres, ella siguió con el juego y yo la seguí por inercia.

—¿Tú has querido a alguien alguna vez? —Sé que mi pregunta es muy personal, pero no puedo evitar formularla.

—No.

Me quedo callada. No sé qué decir. Normalmente las palabras se me atragantan en la boca y debo contenerme para no decir todo lo que pienso, pero en esta ocasión creo que si me suelto sería demasiado honesta, brutalmente honesta. Le doy un sorbo a mi copa para ganar tiempo, pero al final se impone lo que siento:

—¿Y eso no te entristece?

—Si quiero a alguien será porque ese alguien merecerá la pena. Todas las personas que he conocido hasta ahora no se merecen ni un poco de mi amor, así que no, no me entristece en absoluto.

Esa ha sido también una declaración brutalmente honesta. Parece que he tocado algo de su fibra sensible; lo que está claro es que él ha tocado la mía. No sé si me apetece pasar tiempo con alguien que piensa así. Por muy cliente que sea. Paso el resto de la comida sin saber muy bien qué decir, Max sabe argumentar sus motivos demasiado bien como para que yo pueda rebatirlos. Ahora entiendo su pasividad cuando estuvimos con Zulema...

—Y tú, ¿por qué no vas al cine con Lucas? —pregunta mientras toma el último bocado de la tarta de zanahoria que nos han traído de postre.

—Últimamente está un poco desaparecido. Prefiero ir con alguien que vaya a prestar atención a la película.

—¿Me estás utilizando, Mía? —inquieta con retintín dada mi acusación anterior.

—No, solo disfruto de tu presencia y me apetecía verte de nuevo. Además, Lucas es un entusiasta, quería venir con alguien que tuviera una mirada crítica sobre las cosas —contesto con inocencia, intentando hacer que se sienta querido, importante.

Max responde con una minúscula sonrisa, casi imperceptible, pero que me hace sentir increíblemente bien. No sé por qué, pero cuando él sonríe siento que todo ha merecido la pena. Ver que una cerilla se enciende en la más absoluta oscuridad y saber que yo he sido quien la ha prendido...

—Vamos, tenemos que irnos ya; si no, no llegaremos —lo apremio mientras me levanto dando dos palmadas. Max también se incorpora y me sigue hasta el ascensor.

El camino hacia el cine se hace muy corto y ameno. Max no puede refugiarse en su música, por lo que está más hablador que de costumbre y nuestra conversación fluye casi por sí sola, sin que yo tenga que forzarla constantemente.

—¿Y a ti te gusta viajar? —me pregunta.

—Muchísimo, pero todavía no he tenido la oportunidad de salir de España.

—¿En serio? Debería ser tu objetivo principal. Viajar te llena de conocimientos, te llena de saber, conoces mil culturas...

Nunca antes había visto a Max tan emocionado hablando sobre algo; de hecho, creo que jamás lo he visto emocionado. El brillo que emiten sus ojos es fulgurante.

—Créeme, me encantaría, pero no tengo demasiados ahorros.

—Normal... Mía, no trabajas, tampoco estudias...

Su contestación me estremece el corazón, ¿acaso piensa que soy una inútil, una incompetente? Frunzo el ceño sin entender a qué se deben esos prejuicios.

—¿Por qué piensas eso, Max? —replico indignada.

—Siempre tienes tiempo por las mañanas, también por las tardes...Vamos, estás tan libre como yo y tienes dos años menos, lo que me hace suponer que ni estudias ni trabajas. Yo por lo menos he terminado mis estudios.

—¿Perdona? Max, tengo dieciocho años. Acabé el bachillerato dos años

antes porque, gracias a mis notas, me adelantaron dos cursos. Esas notas culminaron con la mejor nota de selectividad. Podría haber entrado en cualquier universidad, aunque finalmente no fui a ninguna. Llevo medio año siendo autónoma y cotizando por mi cuenta. —A medida que voy soltando mi discurso, incremento el volumen de mi voz y me siento más poderosa. Max me atiende atónito, sin saber ni siquiera qué pensar—. El problema es que no todos tenemos la suerte de nacer en una cuna de oro, y yo tengo que pagar mi piso, con todo lo que eso supone, además de mi moto, mis problemas... ¡todo, Max!

Algunos transeúntes se giran al oír mis voces a ver el espectáculo que estoy montando, pero no puedo controlarme. Los prejuicios acaban con mi paciencia y desatan la ira que tan bien suelo contener en mi día a día. ¿Por qué creerse en el derecho de opinar sobre algo que no se conoce? ¿Por qué criticar a alguien sobre quien no se sabe absolutamente nada? Es hipocresía pura.

—Lo siento, de verdad —tarda en disculparse, pero sus palabras suenan sinceras y sus ojos muestran arrepentimiento. Max tiene mucho que aprender, tiene que aprender a ser persona y, sobre todo, a saber cómo tratar a los demás, debe conocer la palabra «empatía» y poder llevarla a la práctica.

—No pasa nada... Venga, vamos.

Decido no darle más importancia al tema y entrar en la sala de cine que he reservado exclusivamente para nosotros dos. Lo bueno de ser tan dramática es que explotas de tal modo que liberas de golpe toda la furia, por lo que el enfado desaparece casi tan rápido como aparece. Y así ocurre con todas las emociones: alegría, tristeza, decepción... Por eso mismo las personas dramáticas vivimos en un vaivén continuo de sentimientos y también por eso mismo nos recuperamos tan fácilmente después de un contratiempo. O al menos eso parece.

Nos sentamos y esperamos a que comience la proyección. A medida que se van apagando las luces, veo que Max no deja de girarse para mirar hacia la puerta. Está intentando ver si entra alguien más a la sala. Pero no va a entrar nadie: estamos solos. De eso me he encargado yo. Se apagan todas las luces: está a punto de empezar la película. Max me mira incrédulo.

—¿Cómo has podido reservar toda la sala para nosotros? —pregunta sorprendido al ver que no hay nadie más y que en una de las butacas hay un gran bol de palomitas y dos refrescos.

—Tengo muchos contactos —afirmo haciéndome la interesante, sin mirar hacia él, con los ojos fijos en la pantalla.

La película comienza y me sumerjo en ella. Aunque he de fingir que ya la he visto, en verdad no sé nada del argumento, por lo que me resulta muy interesante. A la hora de coger palomitas, Max y yo parecemos sincronizados y nuestras manos se enredan en el bol. Espero que coja mi mano y me mire, algo que he visto en miles de películas, pero Max se limita a zafarse de mi agarre y a seguir comiendo y comiendo.

Sin embargo, algo me sorprende cuando el filme llega a su final. Al encenderse las luces, Max fija sus ojos en mí profundamente, nunca me han mirado así. Ante su intensísima mirada, me veo incapaz de pronunciar palabras, tan solo continuo mirándolo, sumergiéndome en los dos faros que tiene por ojos. Tras un par de minutos así, es Max quien se aparta y sonríe.

—No has dicho nada —responde asintiendo, con una expresión de satisfacción y admiración que no consigo descifrar.



—¿Qué? —pregunta Lucas riéndose al no entender por qué lo miro a los ojos profundamente.

—¡Has dicho «¿qué?»!

—Estás loca —me suelta y, acto seguido, se dirige a su habitación cargado con la bandeja del desayuno.

Ayer, cuando Max me miró atentamente a los ojos, me quedé hipnotizada por el poder de su mirada, sentí una conexión sensorial y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Suena demasiado romántico, lo sé, yo misma me hubiese reído en la cara de quien me contase eso, pero supongo que una persona no se lo toma en serio hasta que lo siente en su propia piel... No sé qué conclusión habrá sacado Max de mi silencio, pero, sea cual sea, creo que le sorprendió ver que no dije nada.

Antes de que Lucas abra la puerta de su cuarto, le pregunto en voz baja:

—¿Quién hay dentro? —Espero con todas mis fuerzas que la respuesta no sea la que creo que va a ser.

—Zulema —responde susurrando mientras abre la puerta y se desliza dentro de la habitación. Yo me doy una pequeña palmada en la frente, decepcionada y muy asustada con la idea de que una arpía tal se pasee libremente por nuestra casa. Tarde o temprano tendré que tomar cartas en el

asunto y espero que sea lo antes posible...

Mientras ordeno un poco mi cuarto, pienso en qué puedo hacer hoy para sorprender a Max. Esta es la parte que más me apasiona de mi trabajo: buscar un plan perfecto según los gustos y aficiones del cliente. Con todo lo que he hecho hasta ahora, he conseguido grandes avances en mi relación con él. Cada día estoy más emocionada y siento esas ganas de verlo que al principio no sentía.

No me gustan los retos tanto como creía. Siempre se dice que las cosas difíciles son las más interesantes, pero no creo que sea siempre así. Cuando dos personas sienten interés la una por la otra, nada difícil debería interponerse. Cuando el amor llega, todas las dificultades deberían desaparecer. ¿Por qué complicar aquello que no lo es? Entender a Max fue algo realmente complejo, y poco atractivo vi en su grosería; sin embargo, me siento muy satisfecha de haber ablandado esa coraza y conseguir (aunque muy poco todavía) llegar a su corazón.

Como siempre, un estímulo externo consigue sacarme de mis constantes debates mentales. Es el sonido de mi móvil, acaba de llegarme un mensaje. Cuando desbloqueo la pantalla y veo quién es el emisor, mis ojos se abren como platos y se me escapa una sonrisa fortuita.

¿Qué plan tienes para hoy?

Es Max, ayer le mandé las fotos que hizo desde la azotea del hotel y parece que ha guardado mi número. El hecho de que haya tomado la iniciativa me sorprende tanto que no paro de correr alrededor de la cama, lo leo una y otra vez, palabra por palabra, para asegurarme de lo que ha dicho. Esa pregunta denota las ganas que tiene de verme. ¿Max tiene ganas de verme? ¡Lo estoy consiguiendo! Ahora mismo creo entender por qué a veces las dificultades gustan, gustan porque una vez consigues superarlas y llegar al objetivo, este

es mucho más delicioso y merecido.

No me hago de rogar y contesto al instante:

Sabes que mis planes son siempre sorpresa. Te recojo en tu casa a las 14.00.

Max me deja en leído, pero no me importa lo más mínimo: mi única preocupación es que el tiempo pase rápido y que el reloj marque de una vez por todas las dos.

—Mía, ¿te importa si Zulema come con nosotros? —pregunta Lucas dándome una bofetada de realidad. Aprovechando que no me ve, entorno los ojos y me dejo caer en mi cama.

—¡No voy a comer en casa!

—¿Y eso? —vuelve a preguntar asomándose por el hueco de mi puerta.

—Trabajo —respondo secamente, no puedo evitar ese tono si Zulema se nombra en la conversación. El que esté ella aquí, con Lucas, me recuerda lo peligroso que sería que Zulema descubriese algo de mi trabajo, podría estropear todo el avance—. Lucas, una cosa... Sabes que Zulema no puede saber absolutamente nada de mi trabajo, ¿verdad?

—Claro que lo sé, nunca se lo he contado a nadie.

—Genial, solo quería estar segura.

Lucas se acerca, me da un beso en la frente y vuelve a su habitación. Él no sabe lo peligrosa que puede llegar a ser su amante, así que soy yo la que decide tomar precauciones y esconder todo lo que podría utilizar en mi contra. Entre que busco un buen escondite y ordeno un poco mi armario, ya son casi las dos; así que me visto corriendo, cojo mi cartera, mis llaves y una toalla, y bajo las escaleras para arrancar a *Spring*.

Antes de ir a la mansión de Max, mi plan me obliga a pasar por un restaurante de comida rápida y me decido por un McAuto, que siempre es lo más rápido. Además, previamente pregunté a los padres de Max por el gusto

de su hijo a la hora de comer y no dudaron en decir que le encanta la comida basura, así que un menú de hamburguesa con patatas será una apuesta segura. Una vez guardo todo en el compartimento del sillín de la moto, pongo rumbo a la casa de Max. En cuanto llego, pito para que salga.

Cuando abre la puerta y me ve ahí, sosteniendo un casco para él y con la moto arrancada, eleva mucho las cejas y se acerca con una expresión de sorpresa y admiración.

—¿Tengo que subir? —dice mientras señala el asiento.

—¿Tienes miedo? —lo reto haciéndome la interesante.

—Siendo tú la conductora... —No sé si lo dice en serio o me está tomando el pelo, su tono es muy confuso y yo no capto muy bien las ironías... Pero no le doy importancia, ya que Max decide confiar en mí y subirse a la moto. Le paso su casco y una vez lo tiene puesto, me pongo en marcha con una gran sonrisa.

Max, que al principio iba agarrado a la parte trasera de la escúter, decide abrazarme con fuerza. Sus brazos temblorosos me rodean y, en ese momento, descubro su inseguridad.

—Todo está bien, en nada llegamos —lo tranquilizo elevando el tono de voz para que me escuche. Él contesta apretándome más, su actitud me genera mucha ternura. Tal como le dije, en quince minutos el viaje ha terminado y estoy aparcando.

—¿Un día de playa? Apenas hace calor.

—La playa no solo se disfruta los días soleados, Max. De hecho, los mejores momentos llegan cuando solo el mar está de testigo.

—¿Y dónde vamos a comer? —pregunta algo inquieto mientras se quita el casco.

—¡Tachán! —respondo levantando el sillín de la moto.

Sin decir nada, coge la comida con una sonrisa de satisfacción y guarda el

casco junto al mío. Yo cojo la toalla y comienzo a andar. La playa está desierta, ya que ha amanecido nublado, el mar está algo bravo y las olas producen un ruido muy placentero al romper contra la orilla. Me detengo un instante y cierro los ojos para disfrutar plenamente del olor de la brisa del mar que entra por mis fosas nasales: aquí me siento como en casa.

—¿Vas a quedarte ahí quieta todo el día? Tengo hambre.

Entorno los ojos y vuelvo a reemprender la marcha. Bajamos las escaleras del paseo marítimo y llegamos a la arena. Antes de pisarla, me quito los zapatos y entierro mis pies desnudos en los suaves y calientes granos de arena. Cuando llegamos a un punto concreto, Max me coge la toalla y la extiende sobre la arena, es lo suficientemente grande para los dos, así que podemos comer muy cómodos.

—Me gusta mucho el mar —confiesa mientras saca del envase su hamburguesa.

—Lo supuse, siempre estás en el puerto observándolo, por eso te he traído aquí. A mí también me maravilla, es tan grande y poderoso...

—El mar es la metáfora más bella que jamás podrás encontrarte. Puedes darle tantos significados, buscarle tantas sinonimias... Es una mujer valerosa, el hogar de un dios todopoderoso, es el olvido pero también el recuerdo, es...

—Es una prisión pero también la más pura liberación —apunto interrumpiéndolo. Ambos tenemos la vista fijada en él pero no solo lo estamos viendo, también lo oímos, lo sentimos...

—¿Qué relación tienes con el mar? —Su pregunta consigue asustarme. Max se ha vuelto para mirarme y con una expresión muy seria espera mi respuesta. No sé cómo ha podido notarlo, quizá mis palabras han sido demasiado poéticas o mis gestos han hablado por mí. Dudo entre contárselo o no, jamás he hablado de esto con nadie que no sea Lucas y no quiero que la imagen que tiene de mí se vea modificada. Pero debo explicárselo, debo

hacerlo porque yo espero que él también lo haga y no puedo esperar algo si yo no estoy dispuesta a darlo.

Inspiro profundamente y también me vuelvo hacia él, quiero mirarlo a los ojos.

—Mi padre siempre fue muy dado a la bebida, al principio eran tan solo unas copas al volver del trabajo o durante un fin de semana de fiesta, pero la situación fue empeorando. Era insoportable... Perdió su trabajo y mi madre no podía administrar el dinero del subsidio de desempleo porque él siempre se lo fundía todo de bar en bar. Un 24 de junio, en San Juan, acudió a esta playa para pasar la fiesta rodeado de sus amigos, bebió —como era costumbre— más de la cuenta y en ese estado de embriaguez decidió nadar hasta la boya, supongo que se creía invencible. Pero no lo era: no llegó ni a aproximarse, las olas lo engulleron y el agua encharcó sus pulmones hasta dejarlo sin una pizca de oxígeno en todo su cuerpo. Tras su muerte, las cosas no fueron a mejor como yo pensaba, pues mi madre entró en una profunda depresión al sentirse culpable. Tendrías que haberla visto, su rostro solo reflejaba pena, angustia y dolor. Estaba muerta en vida. Pasado un año, el 24 de junio, mi madre se sumergió en el mar para no volver a salir. El mar fue una cárcel para mi padre, pero la mayor liberación de mi madre.

Las palabras han surgido solas de mi boca, tan solo tenía diez años cuando todo eso sucedió y el recuerdo se vuelve cada día más borroso, pero hay detalles que por más que pase el tiempo jamás podré olvidar.

Max me mira y asiente lentamente, no dice nada durante unos largos segundos, hasta que decide abrir la boca.

—Así que, en una peli, serías el típico personaje con un trauma infantil que ha marcado el resto de su vida.

Su comentario podría ofenderme, enfadarme, llenarme de ira. Pero no lo hace, estoy tan cansada de que todos sientan lástima por mí que este tipo de

reacción me parece hasta refrescante. Tras guardar un silencio un tanto incómodo, Max y yo comenzamos a reírnos. Por un momento nuestras carcajadas son tan fuertes que las olas dejan de oírse, las gaviotas emprenden el vuelo asustadas y hasta los granitos de arena tiemblan al vernos tan felices.

—Vamos a bañarnos. —No soy yo la que habla: es la euforia la que habla por mí. Sin ni siquiera pensarlo, me pongo de pie y comienzo a quitarme la ropa. Lo más sorprendente es que Max me imita y la adrenalina que sentimos nos hace correr lo más rápido que podemos hasta la orilla.

—¡Está jodidamente fría! —grita él entre risas cuando se deja caer en el agua.

Está tan congelada que siento cómo el mar pellizca mi piel, me propulso con las piernas para llegar todavía más lejos y alcanzar la zona donde ya no puedes pisar el suelo. Ambos empezamos a nadar hasta que el cansancio nos puede y nos quedamos flotando, como si de dos niños abandonados se tratase, en medio de las aguas congeladas que nos rodean. Nuestras respiraciones están sincronizadas, ambas son muy aceleradas y tanto él como yo expulsamos el aire por la boca; también estamos los dos sonriendo, mirándonos el uno al otro atónitos, intentando asimilar todo lo que acaba de pasar.

Max se acerca a mí, vuelve a observarme fijamente, igual que hizo ayer en el cine, pero esta vez puedo sumergirme en sus ojos sin un cristal que me lo impida. Nunca hemos estado tan cerca, pero Max aún se aproxima más.

—Gracias —susurra en mi oído.

Y tras su susurro...

Segunda semana





Después no pasó nada, absolutamente nada.

Eso hizo que me pasase la noche pensando en qué habría ocurrido si Max me hubiese besado. Cuando se acercó tanto y pegó sus labios a mi oído, mi subconsciente estaba seguro de lo que vendría a continuación; no obstante, Max solo me miró y se alejó lentamente.

No puedo engañarme a mí misma, tengo que admitir que en ese momento una gran parte de mí estaba deseando que él tomase la iniciativa y me besase, pero mi parte madura y responsable sabía que eso estaría mal. Lo sigo teniendo muy claro: él es trabajo. Sin embargo, no puedo evitar darme cuenta de que me estoy creando una fantasía de amor que jamás será posible, estoy sintiendo una chispa por dentro que he de apagar antes de que prenda y me queme por completo.

Mi cerebro y mi corazón son ahora voraces enemigos que luchan por un objetivo distinto. ¿A quién debo obedecer, a la pasión desmedida o a la razón y la madurez? Obedecer a mi corazón solo me traería inconvenientes, problemas innecesarios y quebraderos de cabeza que no tengo ganas de sufrir. Max es mi trabajo, solo mi trabajo.

Aprovechando que Lucas y yo estamos solos en casa, algo que últimamente no suele suceder, salgo de mi habitación decidida a hablar con

él.

—¿Qué tal la siesta? —Son las seis de la tarde y me he pasado durmiendo desde las cuatro. Pasarme la noche en vela hizo que me despertase demasiado cansada como para no volver a la cama horas después.

—Genial, como siempre —contesto estirándome y emitiendo un bostezo —. Lucas, quería pedirte consejo.

—Vaya, hacía mucho tiempo que no escuchaba esas palabras.

Antes solía pedirle muchos consejos a Lucas, pero con el tiempo fui madurando y formándome mis propias opiniones, aconsejándome a mí misma. Al fin y al cabo, tú siempre serás quien conozca perfectamente la situación, siempre serás la única en vivir todo en tu propia piel. Las personas ajenas, ya sean amigos o familiares, podrán apoyarte y aconsejarte, pero siempre lo harán desde un punto de vista externo, sin conocer la totalidad de la situación que estás viviendo. Por tanto, pueden escucharte y comprenderte, pueden darte su opinión sobre la situación, pero el mejor consejo será siempre aquel que provenga de lo más profundo de ti.

—Es un caso extremo, necesito otro punto de vista.

—Sorpréndeme —me reta abriendo mucho los ojos.

—Creo que estoy empezando a sentir algo por Max. —Soy directa, no me apetece andar con rodeos. Sé que si lo pienso dos veces no sería capaz de confesar mis sentimientos, ya que me avergüenzo de ellos.

—Tienes que estar de coña.

—No.

—Tiene que ser una broma.

—No.

—¡Qué cojones, Mía! —exclama llevándose las manos a la cabeza—. Eso incumple totalmente una de esas normas que siempre cumples al pie de la letra.

—Lo sé.

—Sabes que siempre siempre siempre pones distancia entre tú y tus clientes. ¡Joder, Mía! Siempre me has explicado que, si no, tu trabajo no tiene sentido.

—Lo sé.

—¿Qué quieres que te diga? La verdad es que nunca me ha gustado tu trabajo, no comprendo tus malditas normas.

Lucas nunca ha llegado a entender del todo mi trabajo y me lo ha confesado muy a menudo. Pero oírsele decir así, de una forma tan directa, me parte en dos. Y no es que no haya procurado que me entendiera: he intentado explicárselo muchas veces. Algo que siempre le he repetido es que la clave de mi trabajo consiste en conseguir crear en el cliente su felicidad individual, es decir, que este sea capaz de ser feliz por sí mismo. Sin necesidad de nada ni nadie. Precisamente por esta razón, una vez lo he logrado, he de apartarme y ver si puede seguir siéndolo sin mi presencia. Si no, mi trabajo carecería de sentido.

—No sé qué hacer, Lucas...

—Joder... perdona, ya veo que es importante.

Su nerviosismo me crea ansiedad. La inseguridad que siento crece al ver que hasta Lucas, la persona más experimentada del mundo en estos asuntos, no entiende lo que me pasa. Me dejo caer en el sofá del salón y me tapo la cara con las manos. Todo mi cuerpo está decaído y él enseguida comprende que ha de relajarse y ponerse en mi lugar. Me impresiona ver cómo una persona, después de observarte durante tanto tiempo, de ser tu amigo y conocerte hasta lo más profundo, puede llegar a interpretar tan bien tus gestos, tus posturas, tus expresiones... Lucas no entenderá mi trabajo, pero me entiende a mí y con eso creo que me basta.

—Cariño, dime la verdad —me pide mientras se sienta a mi lado y me pasa

su brazo por encima—. ¿Estás enamorada?

—Claro que no, Lucas, claro que no —contesto elevando un poco mi tono de voz—. Solo tengo miedo de poder llegar a estarlo... Estos días he sentido ese cosquilleo que lo inicia todo.

Lucas se queda callado. Creo que esta confesión le ha pillado mucho más por sorpresa de lo que se atreve a reconocer. Pero enseguida se recupera y me ofrece una salida:

—Mía, es solo un cosquilleo. Cada vez que salgo de fiesta siento mil cosquilleos, eso no significa nada.

—¿Seguro? Tú y yo somos muy diferentes, sabes que yo nunca siento esos cosquilleos, sabes que me cuesta bajar mis barreras y dejarme sentir.

—Mmm... —dice alejándose mientras se lleva la mano a la barbilla. Es cierto y él sabe que lo es. Los dos sabemos que Lucas está muy acostumbrado a querer, por llamarlo así, a sentirse atraído por las mujeres, a sentir cosquilleos cada noche, pero yo no soy así. Con muy pocas personas siento esa conexión, siento que puede llegar a pasar algo. De hecho, no la siento con prácticamente nadie.

—¿Qué? —pregunto tras unos largos segundos de espera.

—Tienes razón. Nos conocemos desde pequeños y en todo este tiempo solo recuerdo que hayas sentido dos veces esa chispa, y una de esas dos veces es ahora. Pero, Mía, por favor, ten muchísimo cuidado. Ya sabes qué pasó la vez anterior.

—Debo dejar de trabajar con Max, ¿verdad?

Lucas no me contesta inmediatamente, por mucho que tengo mis ojos clavados en los suyos. Y lo entiendo, no le estoy pidiendo una respuesta fácil. Finalmente me mira a los ojos con la misma intensidad con la que yo le estaba pidiendo una respuesta y, con mucha delicadeza, me coge de la mano. Me la aprieta como si me estuviera apretando el corazón.

—Si no quieres que esos sentimientos vayan a más y todo acabe peor, yo creo que sí.

Su respuesta es uno de esos golpes de realidad que te despiertan de tus ensoñaciones, que destrozan parte de tus ilusiones y te recuerdan que muy pocas veces las cosas funcionan o salen como tú quieres. Pero la vida es así, en ocasiones debemos hacer cosas que no queremos para que todo pueda ir mejor, debemos hacer pequeños sacrificios para lograr nuestro bienestar. En ocasiones tenemos que ser un tanto egoístas y pensar en nosotros mismos; al fin y al cabo, somos los protagonistas de nuestras vidas.

—Sí... —convengo.

—Aun así, ya sabes lo que siempre digo: piensa con el corazón pero con razón.

A modo de contestación le sonrío y le doy un fuerte abrazo. Después, vuelvo a mi habitación y me dejo caer sobre la cama.

Con la cabeza hundida dentro de la almohada, me sumo en mis pensamientos. Como si cerrando la puerta de mi habitación pudiera también cerrar la de mi corazón y no dejarlo pasar hacia mis pensamientos. Necesito separar ambas cosas, necesito parar un momento y decidir qué es lo que más me conviene, tengo que ser egoísta y hacerme daño para evitar hacerme todavía más daño después. Sé que parece una contradicción, pero no lo es. Mientras todos estos pensamientos se agolpan en mi cabeza, unidos a las imágenes de los ojos de Max tan tan cerca de los míos y al ruido de las olas rodeándonos y a la sensación del agua abrazando cada centímetro de nuestro cuerpo, me doy cuenta de que ya he tomado una decisión. La decisión más difícil. Una decisión que rompe una de mis ocho normas.

He tomado la decisión de renunciar a este caso.

Pero ahora toca la parte más difícil: cerrarlo definitivamente.

Para ello he de llamar a sus padres. Se creerán que voy a pasarles mi

primer informe. No creo que se esperen la noticia que voy a darles. Y luego quedará el paso más difícil, el trago más duro: despedirme de Max, verlo por última vez. Y de hecho, creo que cuanto antes se haga todo, mejor será para todos.

Así que, muy decidida, me levanto, me peino, me sacudo la tristeza y salgo de casa. Ni siquiera sé si él estará en su mansión, pero tengo la esperanza de que así sea. Max no abandona a menudo esas cuatro paredes.

Aunque su casa me queda cerca, arranco a *Spring* para llegar lo antes posible. En apenas cinco minutos, ya estoy allí. Mi cuerpo tiembla un poco al ser consciente de lo que estoy haciendo, todo ha ido tan rápido, tan apresuradamente... No sé si estoy del todo segura de esto, pero creo que sí. Tengo que seguir adelante.

Me quito el casco y aparco la moto sobre la acera, le pongo el candado y avanzo hasta la puerta. Cada paso que doy es más grande que el anterior, mi decisión es cada vez más firme y en mi mente solo se baraja una opción: decir adiós a Max.

Levanto el dedo decidida a llamar al timbre, con la fuerza de voluntad suficiente para hacerlo. Pero, de repente, alguien abre la puerta antes de que yo pueda presionar el botón.

Y no es Max.



Su pelo moreno y su esbelta figura la delatan: es Zulema.

Tiene el rostro empapado en lágrimas y sus movimientos son muy violentos a la vez que apresurados. Se me paraliza el corazón al pensar qué ha podido pasarle para estar tan destrozada. Cuando me ve, me lo aclara rápidamente.

—¡Todo es por tu culpa! —grita Zulema acercándose a mí con unos ojos inyectados en rabia y furia. Estoy en el lugar incorrecto en el momento más inoportuno.

—¿Qué? —susurro sin entender nada.

Ella se acerca todavía más y me agarra por el cuello, empotrándome contra una de las columnas de piedra que flanquean la puerta de la mansión. De repente, noto cómo mi conciencia se sumerge en mi interior hasta llegar al fondo de mis entrañas dejándome paralizada. Debería defenderme pero no hago nada. Me quedo ahí, estática, como si estuviera viendo la escena desde fuera de mi cuerpo. Como si esto le estuviera pasando a otra persona. No reacciono bien a la violencia. El único movimiento que soy capaz de ejecutar es el de fijar mi mirada en el rostro demudado de Zulema, viendo cómo el odio invade cada una de sus expresiones.

—Voy a joderte la vida, te lo juro. —Y por muy amenazador que suene,

por mucho que sus ojos me indiquen con su fuego que es muy capaz de cumplirlo, no son sus palabras las que me provocan escalofríos, sino su tono de voz. Es como si la furia ciega hubiera dejado paso a la determinación. Emplea un tono bajo y elocuente, propio de las películas de terror.

—Yo no he hecho nada —intento decir lo más alto que puedo, peleando por que esas palabras no se queden dentro de mi cabeza y salgan al exterior. Todo mi ser está helado e incluso abrir la boca supone un gran esfuerzo.

—¿Que no has hecho nada? ¡Eres una zorra!

Puede que su voz sea baja, pero Zulema acompaña sus palabras con gestos cada vez más agresivos, sus manos aprietan mi cuello con más fuerza y me siento demasiado débil como para actuar en su contra. Por un momento, creo que estoy al borde de la inconsciencia, como si todo lo que está ocurriendo no me estuviese pasando a mí.

—¡Lo has estropeado todo! ¡Todo!

Zulema finalmente aparta las manos de mi cuello, pero acto seguido alza el brazo y cierra su puño, preparando un golpe que dirigirá directamente a mi barbilla. Cierro los ojos para recibirlo y segundos después noto en mi mejilla ese ardor que ya había olvidado, ese dolor que más que físico corrompe tu dignidad y tu amor propio.

—¡Te lo mereces! —vocifera sin piedad mientras vuelve a golpearme. Intento mirar a mi alrededor buscando la salvación en algún transeúnte, pero la calle está vacía: la casa de Max está demasiado aislada, sola como yo. Intento por todos los medios hacer que mi cuerpo reaccione, intento moverme y escapar de su agarre, pero el miedo me atenaza y me vuelve sumisa ante ella.

Después de tres golpes, el cuarto ya no duele tanto. Y el quinto, que se aproxima a mi cara de nuevo, dolerá menos que el anterior. Ya lo sé, solo tengo que dejar de pensar en ellos. Y en eso me concentro. Y funciona. El

quinto golpe es como si no llegara, ni lo noto. De hecho, no lo noto. Eso es extraño. Abro los ojos y, así es, el quinto golpe no ha llegado porque hay algo que lo frena, alguien que lo detiene. Abro los ojos y lo veo a él.

—¿Qué haces, Zulema? —grita muy cerca de mí. Se lleva las manos a la cabeza.

Me dejo caer al suelo, libre ya de la ira de Zulema. No soy capaz de apreciar su expresión, los golpes me han aturdido sobremanera y solo veo manchas que van y vienen.

Zulema no abre la boca, se vuelve hacia Max y comienza a pegarle, pero él, a diferencia de mí, agarra sus manos con mucha eficiencia y le impide propinarle ni un solo golpe. Es como ver actuar a Zulema a cámara lenta, ha frenado toda su furia con un movimiento rápido, con decisión, actuando. La reacción de Max me hace sentir patética e inútil: ¿cómo pude permitir sus gritos, sus golpes?

Cuando se dirige a Zulema tampoco hay rabia en sus palabras, no se ha puesto a su nivel. La mira directamente a los ojos y le habla bien claro, como un juez que dictara sentencia.

—Te voy a denunciar por lo que acabas de hacer, y con tu historial quizá no te quede más remedio que pasar una buena temporada entre rejas. Mis padres son abogados, ya lo sabes, así que ¡vete ahora mismo si no quieres más problemas! —Es increíble lo bien que Max sabe utilizar el lenguaje. Empezó a hablar relajado para reducirla y ha terminado con un tono alto, agresivo y poderoso para dejarle bien claro que iba a ser implacable.

Max deja de sujetarla. Zulema se queda en el mismo sitio, incapaz de moverse, sin emitir ni un sonido.

—¡VETE! —chilla señalando el fondo de la calle—. Y más te vale olvidarnos.

Zulema no es capaz de articular palabra, pero una chispa de rabia vuelve a

encenderse en su interior. Puedo verlo en sus ojos. Levanta el rostro y solo reúne la fuerza suficiente para escupir en la cara a Max e irse calle abajo, con un paso lento y decidido, demostrando así lo arrogante y psicópata que puede llegar a ser. Max se limpia el escupitajo con su camiseta y se acerca a mí.

—¿Estás bien, Mía? —pregunta mientras me acaricia la cara con ternura y me dedica una mirada de absoluta preocupación. Yo, a modo de respuesta, asiento tímidamente—. Vamos —me indica mientras alarga los brazos para cogerme.

—No, no, no... puedo yo —digo apartándome y echando a andar. Sin embargo, aún sigo viendo manchas y no me queda otra que apoyarme en su hombro para continuar.

Sigo sus pasos hasta que entramos en su casa. Max va hacia el salón y los dos nos sentamos en el sofá. La situación es muy tensa, ninguno de los dos sabe por dónde empezar a hablar. Él se levanta y vuelve con una bolsa de guisantes congelados.

—Toma, pónelos en la cara, ya se está empezando a hinchar.

Lo obedezco y presiono las legumbres contra mi mejilla. El frío alivia un poco la hinchazón y me hace reaccionar.

—Tendría que haber llegado antes. Lo siento muchísimo, Mía, de verdad.

Hasta ahora, Max me parecía una persona con escasos sentimientos, con emociones muy limitadas, pero cada día descubro que no es así: solo si eres buen observador descubres que lo que sucede con Max es que guarda sus emociones bajo llave, las protege demasiado bien en su interior, y aunque las sienta, tiene que sentirlas muchísimo para expresarlas. Es como si antes de llegar al mundo exterior, esas emociones tuvieran que atravesar ocho desiertos. Cuando llegan al otro lado, hay que sumarles el agotamiento que han padecido durante la travesía. Por eso sé que siente lo ocurrido porque no hace falta que lo diga: su cara habla por él.

—Tú no sabías que yo estaba ahí... —digo intentando disculparle; al fin y al cabo, Max no tiene la culpa de nada.

—Me siento terriblemente culpable, Mía.

—No tienes por qué. —Mis respuestas son cortas y directas, Max no está acostumbrado, normalmente con él soy locuaz y parlanchina. Creo que mi sequedad hace que se sienta peor. Intento ser agradable, pero todo ha sucedido tan rápido que sigo en estado de shock.

—Tú... Tú me hiciste reflexionar y tomé la decisión y...

—¿La decisión? —inquiero interrumpiéndolo.

—Tenías razón, Zulema no me aportaba nada y no está bien estar con alguien tan solo por el hecho de no querer dejarla. Estaba siendo cruel y ella no se merecía que alguien como yo jugase con sus sentimientos. Así que te hice caso, la dejé.

Su respuesta me hace entender todo lo ocurrido. Abro mucho los ojos impactada y dejo la bolsa de guisantes encima de la mesa para poder llevarme las manos a la cara, apoyando los codos en mis rodillas.

—¿Qué? —pregunta extrañado.

—¡Yo no te dije que la dejaras! —exclamo incorporándome.

Mi cabeza se sumerge en un agujero negro, mis palabras no hacen más que meterme en problemas.

—Me hiciste reflexionar. No tienes que sentirte mal por ello, la decisión la tomé yo.

—Pero ¡la tomaste influenciado por mí! Una persona puede inspirarte, pero jamás debería influir en tu forma de pensar. ¡Tu forma de pensar es tuya! —Me estoy alterando y noto que la cabeza empieza a darme vueltas. Me recuesto en el sofá para evitar perder el conocimiento.

—No entiendo... ¿Qué hay de negativo en las buenas influencias?

Su contestación me deja sin argumentos para rebatirle, no tengo fuerzas

para seguir discutiendo y, aunque odio que la gente cambie drásticamente de opinión por mi culpa, Max tiene parte de razón. Decido dejar el tema y abordar lo que más me preocupa.

—¿Y qué pasará ahora con Zulema? No parecía dispuesta a pasar página tan fácilmente...

—No te preocupes por eso, quiero que lo olvides ahora mismo.

—Prácticamente me acaba de pegar una paliza, Max.

—Lo sé y tomaré medidas legales. Tenemos cámaras por toda la vivienda, así es como me he dado cuenta. Las cámaras lo han grabado todo. Además, mis padres son abogados y podrán llevar ellos mismos el caso.

En su boca todo parece más fácil. Y quizá siempre sea así de sencillo. El problema está en lo mucho que nos cuesta a veces hablar de lo ocurrido... En lo mucho que a veces callamos por miedo...

—Gracias —respondo.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Si quieres puedes quedarte a dormir, tenemos varias habitaciones de invitados y...

Lo vuelvo a cortar de inmediato. Es tentador pensar en dormir aquí, simplemente tengo que avisar a Lucas de que no vuelvo hoy a casa y... Lucas. Un sudor frío me paraliza. Sus palabras me recuerdan el peligro que puede estar pasando mi gran amigo en estos momentos. Zulema es una persona peligrosa, de eso ya no cabe duda, y sabe perfectamente lo mucho que me importa Lucas. No quiero ni pensar en lo que será capaz de hacer en nombre del rencor.

—Necesito irme a casa. Ahora —anuncio apresuradamente mientras me levanto.

—¿Ya?

—Max, ya.

—Dame las llaves —me pide mientras se levanta y caminamos hacia la

puerta. Aún sin entender el porqué de mi prisa, no cuestiona absolutamente nada y me sigue.

—¿Las llaves?

—No puedes conducir en este estado.

—¿Tienes carnet de conducir? —pregunto extrañada.

—Soy una caja de sorpresas.

Ambos salimos apresurados hacia *Spring*, nos ponemos los cascos lo más rápido que podemos y Max arranca la moto. Me asombra lo bien que conduce, va a gran velocidad y, aun así, toma las curvas con mucha precisión. Cuando lo abrazo para sentirme más segura veo que su cuerpo tiembla, al igual que cuando era él el que me abrazaba de camino a la playa. Vuelvo a notar su inseguridad. Cuando estaba de pie, haciendo frente a Zulema o cuando me hablaba en el sofá, no se veía nada de ella, pero ahora, cerca de su cuerpo, puedo sentir cómo vibra debajo de su piel.

Cuando llegamos a mi piso, Max se baja de la moto muy aliviado, se quita el casco y respira profundamente. Su vista está fija en las ruedas del vehículo.

—Max, vamos —digo intentando sacarlo de su ensimismamiento. Max se gira y en su cara noto cierto desconcierto—. Tenemos que subir.

—Sí —responde siguiéndome escaleras arriba.

Cuando llegamos a mi piso, meto la llave en la cerradura y abro la puerta con miedo y preocupación.

—¿Lucas? —pregunto nada más entrar por el recibidor. Al ver que nadie contesta, saco mi teléfono y marco su número. Mientras escucho los tonos de comunicación, me adentro hacia la cocina.

Lo que veo me paraliza de nuevo. Todo está destrozado: los platos y los vasos están hechos añicos. En el salón los sofás están desplazados y los cojines esparcidos por todo el suelo... Corro hacia mi habitación esperando que esté todo en orden, pero al abrir la puerta me encuentro con un panorama

absolutamente desolador: las puertas de mi armario están rotas, todo lo que estaba en mi escritorio está esparcido por el suelo que, asimismo, está cubierto con las páginas rotas de los libros de mi estantería. Enseguida dirijo la mirada hacia el lugar donde antes estaba mi tocadiscos.

—¿Mía? —oigo a Lucas a través del teléfono que acabo de dejar caer.

Yo también me dejo caer, me pongo de rodillas al lado del objeto más querido que tenía, ahora totalmente roto. Los discos de vinilo de mis padres están destrozados y ahora solo son fragmentos negros y afilados.

Se tiende a pensar que el daño físico es lo peor que se le puede hacer a una persona, que los golpes sobre tu propio cuerpo son los que más duelen. Pero hay cosas que van más allá: cuando te quitan tu dignidad, cuando te atacan donde más duele, cuando destrozan algo que nunca podrás reemplazar, cuando te arrebatan aquello que significaba tanto para ti... Eso, duele mucho más que los cinco puñetazos que recibí, y el ardor que me hace sentir esta situación quema mucho más que el fuego generado en mi cara.

Sigo de rodillas en el suelo, derrotada al ver lo poco que queda de mi mundo privado hecho añicos. Max se aproxima por detrás y también se arrodilla para poder abrazarme.

Y es justo en ese instante cuando comienzo a llorar.



Le he pedido a Max que se fuera, que me dejase sola. Me ha costado convencerlo, pero tras hablar con Lucas por teléfono y este decirle que estaba a punto de llegar, ha acabado yéndose a su casa para comenzar con el tema de la denuncia.

Ahora mismo soy una bola de tristeza y rabia que solo ansía desaparecer, que solo desea que el mundo la engulla y no tener que preocuparse por nada ni por nadie. No sé cómo describir lo que he sentido al ver el estropicio de mi habitación. De repente se ha apoderado de mí una especie de ira sosegada pero que, al mismo tiempo, ardía con fuerza. Me he sentido enfurecida, sí. Y a la vez tan desolada que la ira ha dejado paso a la tristeza en apenas unos segundos. Ha sido como si un incendio se apagase de golpe gracias a toneladas de agua.

Es curioso, el fuego. Siempre lo emparejamos con el amor, pero también lo unimos a la ira. ¿Cómo sentimientos tan diferentes pueden tener un elemento en común? En verdad la respuesta es fácil: porque ambos arrasan tu interior.

—¿Mía? —Es Lucas, acaba de abrir la puerta y oigo cómo sus pasos se acercan hasta mi cuarto.

No me gusta que nadie me vea mal, cuando muestras tus debilidades todos saben dónde han de atacar. Pero se trata de mi compañero de vida, así que me

da igual. Él ha estado siempre aquí, en los buenos momentos y en los malos. También en los peores.

—¡Oh, Dios mío, ¿qué ha pasado aquí?! —pregunta al ver todo patas arriba. A continuación, Lucas me coge entre sus brazos y me acuesta en la cama, tapándome con la manta y ofreciéndome la almohada a la que siempre duermo abrazada—. Vas a explicármelo con pelos y señales.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie —respondo con resentimiento mientras me giro y le doy la espalda.

—Mía, estoy muy preocupado.

—¿Le hablaste del juego de llaves extra a Zulema?

Esa pregunta llevaba rondándome la cabeza desde que llegué con Max. Esa chica solo ha podido entrar aquí con una copia de las llaves. Lucas y yo tenemos un juego de llaves de más por si acaso algún día tenemos un percance. Lo escondemos bajo la maceta de la entrada, y en este año solo tuve que utilizarlo yo un par de veces.

—Mmm... Sí —asiente sin entender el porqué de mi pregunta.

—Ahí tienes la explicación.

No necesito volverme para ver que Lucas ya está atando cabos. Lo noto en sus movimientos: se incorpora y comienza a caminar alrededor de la cama.

—¿Por qué iba a hacer ella algo así?

—Zulema era la novia de Max, Max la dejó influenciado por mí —decido coger el toro por los cuernos, quiero quitarme este peso de encima lo antes posible, así que lo suelto a bocajarro. Necesito olvidar todo lo que ha ocurrido antes de que mi mente lo grabe para siempre.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?

—No.

—¿Por qué cojones no me lo dijiste, Mía? ¿O por qué no se lo dijiste a Max?

Lucas acelera sus pasos y eleva el tono de voz: no comprende absolutamente nada.

—Zulema me amenazó con hacerte daño, tenía miedo.

Aún le estoy dando la espalda, no podría decirle todo esto mirándolo a los ojos. La vergüenza que siento me cohibe. Me encuentro aovillada en la cama como si fuese un bebé, abrazada con fuerza a una de mis almohadas y con la vista fija en la ventana.

—¿Solo ha hecho esto?

Ante su pregunta, me quedo callada. Sé que la respuesta que va a recibir lo destrozará, pero también sé que no puedo mentirle.

—Mía, por favor, contesta —insiste ante mi silencio. No tengo otra alternativa, así que no lo pospongo más.

—No, también me ha pegado.

—¿Qué?

Al oír mis últimas palabras, Lucas se altera muchísimo. Deja de dar vueltas por mi habitación para acercarse y darme la vuelta con sus manos, obligándome a mirarlo.

—Dime que no es verdad.

Sin embargo, no hace falta que lo diga. Él mismo me aparta el pelo de la cara y ve las rojeces y la hinchazón de los golpes. Jamás he visto esta expresión en la cara de Lucas, está totalmente paralizado, observando cada milímetro de mi piel. Sus ojos, siempre con un brillo sin igual, se vuelven mates y una lágrima silenciosa se deja caer por sus mejillas. Una de las cosas que más me daña en este mundo es ver mal a las personas que amo, así que intento dejar mi tristeza a un lado y centrarme en quitarle a Lucas ese peso que le he añadido a su conciencia.

—Lucas, no es tu culpa —digo acariciándole la cara, enjugando esas gotitas que han empezado a empapar su tez.

—Lo es.

—No sabías nada, claro que no lo es.

—Tendría que haberme dado cuenta... Lo siento, Mía. Lo siento de corazón. —Sus palabras, al igual que las de Max, provienen de lo más profundo de su alma. Lo noto porque cuando una persona habla desde ahí, todo su cuerpo transmite lo que dice. Sus ojos hablan, sus cejas hablan, sus manos hablan, sus piernas hablan... Cuando dices algo de verdad, muchas veces no tienes ni que pronunciar palabra: tu cuerpo habla por ti.

—No hay nada que sentir.

Saco fuerzas para dedicarle una sonrisa y uno mi frente a la suya, nos miramos y ambos sabemos que juntos lo superaremos. Hemos pasado mil diluvios unidos, a veces he sido yo su paraguas y otras él mi chubasquero. Pero siempre hemos estado ahí el uno para el otro, y esta vez no iba a ser menos.

—Mañana hablamos, ¿vale? Prométeme que no harás nada, por favor.

—Te lo prometo. —Hace una pausa como rebuscando alguna otra palabra que pueda ofrecerme consuelo—. Te quiero muchísimo. —Tarda en responder, pero sabe que en estos momentos necesito tranquilidad, así que acaba accediendo y comprometiéndose a no meterse en el conflicto.

—Yo más, mucho más.

Acto seguido, me da un beso en la frente y se va, dejándome a solas entre mis cuatro paredes. Es justo lo que quería, y él lo sabe. Cuando estoy mal, mi única forma de evasión es el sueño. Cuando duermo, todos los problemas se evaporan y se vuelven irreales, dejan de existir por un largo momento.

Justo cuando estoy a punto de quedarme dormida, mi teléfono comienza a sonar. Dudo entre levantarme para ver quién llama o seguir en la cama, pero la curiosidad me puede y acabo recogéndolo del suelo y viendo quién me reclama.

Es Max.

Vuelvo a dejar caer mi móvil y dejo que suene mientras camino hacia el mar de sábanas que me está esperando. Con cada pitido, me sumerjo más y más en él, hasta que acabo ahogada en el océano de los sueños.

Tercera semana





Llevo ya varios días ignorando a Max.

Primero no cogí su llamada. Después, no contesté a sus mensajes. Y luego algo empezó a retroceder en mi interior, al mismo tiempo que las rojeces de mi cara iban desapareciendo. De ese espacio se adueñó una especie de velo triste que cubría todo mi ser.

No tenía la suficiente fuerza como para coger el teléfono o ir hasta su casa. Él ha venido a mi puerta en dos ocasiones, pero las dos veces ni siquiera salí de la cama. Estaba demasiado traumatizada, demasiado asustada. Tampoco le he hecho mucho caso a Lucas, que tras lo ocurrido se siente terriblemente culpable, y yo no he hecho nada para que deje de sentirse así.

En muchas ocasiones, especialmente después de un golpe semejante, tengo ganas de dejar de hacer cosas por los demás. Tengo ganas de dejar de sacrificar mi felicidad por la del resto y vivir más centrada en mí misma. Sin embargo, cuando realmente lo hago, cuando me encierro y llevo a cabo dicho deseo, me siento muy mal. He llegado a la conclusión de que mi naturaleza es actuar buscando el bien ajeno, intentar siempre transmitir felicidad.

Y una no puede ir en contra de su naturaleza.

Aun así, no podía salir de dentro de mí misma. Necesitaba tiempo para ordenar mis sentimientos, para centrarme y descubrir quién soy en este punto

de mi vida. Necesitaba unos días a solas conmigo misma...

En verdad, llevo años sumergida en mi interior, perdida. Aunque desde fuera parezca que no, que nado segura contra la corriente, que mis brazadas salvan las olas y que yo y el temporal somos uno, la realidad es otra bien distinta. Porque a veces, visto desde fuera, parece que vas hacia arriba y, cuando estás a punto de emerger, de sacar la cabeza y respirar, vuelves a sumergirte, a caer hasta tocar fondo. Llamo a estas circunstancias momentos de lucidez y momentos de oscuridad. Tras la oscuridad siempre viene la luz, después de la tormenta siempre llega la calma y viceversa. Sin embargo, la duración de ambos momentos varía demasiado: a veces la oscuridad me aprisiona durante meses y los momentos luminosos solo duran días. En fin, me como demasiado el coco y eso tampoco es bueno.

Así, que decido abandonar por fin la cama, dispuesta a hacer algo productivo.

1. Hacer un inventario de todo lo que ha destrozado Zulema.

Hecho. Lucas quería recogerlo todo por mí para que no sufriese, pero se lo prohibí. Quiero ver todo el destrozo y, así, tener constancia de todos los objetos que han quedado maltrechos pero que se pueden arreglar y también de los que no tienen arreglo, los que he perdido para siempre. Lo primero que comprobé fue si mi carpeta roja de trabajo seguía escondida en su sitio o si la arpa de Zulema la había encontrado. Para mi alivio, seguía en el mismo lugar. Si llega a dar con ella, podría estropearlo absolutamente todo.

2. Ducharme y asearme a fondo.

Hecho. Después de estar invernando entre edredones a comienzos de verano, mi cuerpo estaba pidiendo una ducha a gritos. Por suerte, todo se va con un poco de agua y jabón. Frotarse las penas.

3. Desayunar.

Hecho. No hay nada más placentero que desayunar en albornoz y con las gotas de agua despidiéndose de tu cuerpo. Lucas sigue durmiendo, así que solo preparo una tostada y un vaso de leche.

4. Vestirme.

Hecho también. Hoy hace bastante calor, se nota que cada vez aprieta más el verano. Elijo un vestido rojo con pequeños lunares blancos y unas Converse, blancas también. Además, añado un collar dorado y unos aros.

5. Preparar un plan.

Estoy en ello.

Preparar un plan personalizado no es nada fácil, pero estoy tan acostumbrada y me gusta tantísimo hacerlo que he convertido la ardua tarea en un juego de niños.

Basta con conocer muy bien los gustos y aficiones de la persona en concreto, ver cómo pueden encajar con lo que ofrece la ciudad y sus alrededores y comprobar la disponibilidad de esa persona y de esos sitios para llevarlos a cabo.

Ya lo he llevado al cine, a una galería de arte, a mi librería favorita, a un precioso restaurante con vistas al puerto... ¡El mar! Esa es la clave.

Vivimos en una ciudad costera, por lo que hacer planes que incluyan el mar es facilísimo. Descarto ir a la playa porque ya lo hicimos. Solo soy capaz de pensar en el puerto, pero él ya lo tiene más que visto...

Recuerdo que nada más conocer a los padres de Max y averiguar los gustos de su hijo, me resultó extraño que, a pesar de la fortuna familiar, este no tuviese un barco propio. La cuestión económica no debería ser un freno,

podrían permitirse cualquier capricho. En esta ciudad costera, como en muchas otras, tener un barco demuestra un alto estatus, un gran poder económico. ¿Por qué la familia Jones no tiene uno?

Una vez tengo la idea clara, salgo corriendo de casa hacia el puerto. Por supuesto yo no tengo esa cantidad de dinero. De hecho, estoy a años luz. Ahora mismo, no tengo ni una moneda en la cartera, así que tendré que valirme de mi persuasión y de mis encantos para conseguir lo que quiero. Menos mal que escogí un calzado cómodo, porque estoy tan emocionada con mi nuevo plan que voy a mil por hora por las callejuelas. Los pelos de mi flequillo, un poco demasiado largos, se me meten en los ojos y me entorpecen mucho la visión.

Cuando por fin llego al puerto, respiro de alivio al ver que he logrado no caerme ni una sola vez por el camino. Los nervios y la emoción atenazan mi estómago y noto que me ha subido todo el rubor a las mejillas, fruto de la carrera y también del estado de excitación en que me hallo. Fijo mi mirada en los barcos que están atracados y en sus capitanes, que están charlando en el pantalán.

—¡Buenos días! —saludo mientras me acerco decidida. Ellos dejan de hablar y me miran extrañada. Todos son bastante mayores, alguno casi se diría que anciano, y desprenden mucha ternura.

—Buenos días, jovencita.

—Tengo que pedirles un grandísimo favor —expongo poniendo mi mejor cara de perrito abandonado. Los más mayores me miran intrigados, guardando silencio para escuchar mi propuesta—. ¿Cuál creen que es la fuerza más poderosa del mundo?

Todos se miran sin entender nada y dejan escapar tímidas carcajadas, menos uno, el más mayor de todos ellos, que me mira fijamente a los ojos y responde con tono seguro:

—El amor.

Nada más escucharlo, esbozo una gran sonrisa y se me pone la piel de gallina.

—¡Exacto! ¿Podría usted ayudarme a enmendar un error? No quiero aburrirle con la historia entera, pero... he dejado que se cree demasiada distancia entre mi amado y yo. Es culpa mía y quiero arreglarlo. —Me paro un segundo, creo que mi cerebro necesita procesar que acabo de referirme a Max como «mi amado». Prosigo con mi argumentación, que espero que enternezca el corazón de este lobo de mar—: Él ama el mar, y un simple paseo en barco sería un detalle que apreciaría muchísimo. —En realidad me siento algo mal al utilizar la palabra «amado» para referirme a Max, porque no lo es, está muy lejos de serlo. Pero he de sonar romántica si quiero conseguir mi objetivo. Parece que estoy a punto, porque una sonrisa traviesa asoma debajo del bigote blanco del patrón.

—El amor que todo lo mueve también moverá mi barco.

—¡Gracias! —exclamo mientras me abalanzo a abrazarle. Ha sido tan tierno y comprensivo... Tenía muy pocas esperanzas de que mi idea funcionase, pero quizá Max tenga razón y sea demasiado elocuente...

—¿Cuándo quieres el paseo, *princesiña*? —me pregunta colocándose su gorro de marinero.

—¿Puede ser en una hora?

—¡Madre mía! Sí que tienes prisa. Debes de haberte equivocado mucho —comenta para a continuación soltar una gran carcajada. Creo que este entrañable anciano ha visto en mí el reflejo de una juventud pasada o tal vez le he recordado a su nieta o el amor que sentía por su mujer... En cualquier caso, acepta con tanta rapidez y tan ilusionado que sé, al cien por cien, que ve en mí algún reflejo—. En cincuenta minutos te espero aquí.

Me despido dándole la mano y me alejo unos cuantos metros para llamar a

Max. Lo más seguro es que pueda, ya que nunca tiene planes, pero aun así me viene a la cabeza lo que siempre me planteo cuando hago una sorpresa: «¿Y si algo sale mal?».

Lo sé, lo sé. He hecho esto mil y una veces, es mi trabajo. Observar a la gente, conocerla, intentar encontrar ese rincón de su cerebro o de su corazón —en cada persona es un sitio distinto— donde guardan lo que de verdad les importa, lo que no le han enseñado nunca a nadie. Ese es mi trabajo: encontrar qué es lo que realmente las incita y conseguir que se muevan, que salgan de su estado de hibernación y vuelvan, de algún modo, a la vida. Y siempre lo consigo. Siempre. Hasta ahora, que por primera vez tengo dudas de si lo lograré. Puedo notar mi corazón latiendo a mil por hora mientras espero que Max atienda mi llamada.

—¿Mía? —pregunta nada más descolgar el teléfono.

—¡Max! No digas nada, solo quiero que respondas con un «sí» o un «no» a mi siguiente pregunta. —Respiro hondo, preparándome para su respuesta—. ¿En tu banco dentro de treinta minutos?

Un silencio incómodo inunda la línea.

Mis nervios aumentan a cada segundo que pasa.

—Sí.

Y nada más decirlo, cuelga. Y yo salto de la alegría. ¡Todo va a salir tal y como lo he planeado! Es tan maravilloso cuando las cosas funcionan, cuando tras el esfuerzo obtienes una recompensa...

Estos días no debí ignorar a Max, lo sé, él no tenía culpa de nada pero también espero que se ponga en mi lugar y entienda mi comportamiento. Él, amante de la soledad, ha de saber mejor que nadie lo bien que sienta a veces dedicarse un poco de tiempo... Espero que no me lo haya tenido demasiado en cuenta. Que haya querido verme es un paso en la buena dirección. Pero solo podré saberlo cuando nos encontremos, cuando nos miremos a los ojos.

Esa, en mi experiencia, es la única manera de saber exactamente qué es lo que una persona piensa de ti.

Camino hacia su banco, que está a tan solo cinco minutos, y me siento a esperarlo. Ahora mismo, apoyada sobre esta madera, no me siento fuera de lugar, no me siento una extraña. Su banco me recuerda tanto a él que creo comprender la conexión que ambos tienen. Suena extraño decir que conectas con un objeto, pero... ¿Acaso yo no sentía lo mismo por mi tocadiscos? Todos tenemos algún objeto importante en nuestra vida, y no porque seamos materialistas, sino porque ese objeto nos evoca épocas pasadas, nos recuerda a personas concretas, nos evade de la realidad...

Muchas veces me cuesta entender a mis clientes, pero creo que comienzo a descifrar todo lo que oculta la mente de Max.

Y su mente me maravilla.

De pronto, oigo que alguien corre hacia mí. Levanto la vista asustada, pero me tranquiliza ver que es él.

—Mía, ¿cómo estás? ¿Todo bien? ¿Te duelen los golpes? ¿Por qué no cogías el teléfono?

Ante sus preguntas, abro mucho los ojos. Me sorprende ver lo preocupado que se muestra y la prisa que se ha dado en llegar.

—Todo correcto, siento no haber respondido a tus llamadas, necesitaba un tiempo para mí —respondo levantándome con una gran sonrisa—. Vamos.

—¿Adónde?

—Tendré que compensar que no haya atendido a tus cientos de llamadas de alguna manera, ¿no crees?

—¿Otra de tus sorpresas? —pregunta mientras entorna los ojos. Hace unas semanas lo hacía desde el desprecio, pero ahora lo hace desde la ironía y la confianza.

—Sé que te encantan. Toma, ponte esto —digo mientras le ofrezco una

venda para los ojos. Junto con el móvil, es lo único que cogí antes de salir de casa.

—¿En serio?

—Muy en serio.

Max accede a regañadientes y yo le ofrezco mi brazo para que camine más seguro. Durante los cinco minutos que dura el trayecto hacia el barco no para de hacerme preguntas que respondo con silencios.

Cuando estamos a punto de llegar, le hago señas desde lejos al viejo marinero para que guarde silencio. Él asiente con la cabeza y con su mano me indica que lo siga, nos va llevar directos al barco.

—Ahora tienes que tener mucho cuidado —le susurro a Max cuando entramos en el pantalán.

—¿Estamos sobre el jodido mar?

—Ajá.

—¿Vamos a ir en barco?

Por suerte, lo pregunta justo cuando estamos frente a la embarcación, así que aprovecho el momento para quitarle la venda.

—¡Exacto! —digo abriendo mucho los brazos.

Su cara es todo un poema: abre desmesuradamente los ojos y la boca.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Mi elocuencia Max, mi elocuencia —contesto haciéndome la chula.

—Tu maldita elocuencia va a acabar conmigo —comenta dedicándome su mejor sonrisa. Esta sonrisa es diferente de todas las anteriores: demasiado sincera, demasiado cariñosa, demasiado profunda.

O quizá yo esté sufriendo una paranoia, también es muy posible.

Ambos subimos al barco con mucho cuidado y nos sentamos en proa. El marinero, a su vez, ocupa su lugar frente al timón. Cuando ya estamos en mar abierto, nos sentimos poderosos. Es una embarcación pequeña, pero vamos

tan rápido que la adrenalina empieza a correr por nuestra sangre.

—¡Esto no puede ser real, es demasiado maravilloso! —grita Max levantando los brazos.

—¡Es real! —respondo levantando también los míos.

Max y yo nos perdemos en el mar pero nunca antes nos habíamos encontrado tanto. Ni siquiera nos hacen falta palabras para saber lo que piensa el otro, solo nos miramos y dejamos que la risa tonta se escape de nuestros labios. Parecemos adolescentes estúpidos y enamorados... Quizá tengamos algo de eso.

El azul se vuelve cada vez más intenso, y la espuma blanca que genera el barco perfila nuestro recorrido. Huele a sal, a algas, a peces... Huele a vida y huele a muerte, huele a mar. Cierro los ojos y me dejo llevar por todo lo que este provoca en mí. Por su brisa, por su olor, por cómo acaricia mi piel... Parece que el mundo me esté abrazando y meciendo entre sus brazos, me siento libre, tan libre...

—¡Delfines, delfines! —exclama el marinero asomándose por la cabina. Vuelvo la cabeza hacia donde su dedo indica y veo cómo una pareja de delfines salta para volver a sumergirse de inmediato.

—Nosotros somos más o menos así —comenta Max entre risas, viendo los delfines con cara de admiración y sorpresa—. Es la primera vez que los veo.

—Amando tanto el mar y teniendo recursos, ¿por qué no tienes un barco propio?

—Mis padres odian el mar, odian las embarcaciones, odian todo lo que provenga de él. Les parece sucio, repulsivo, contaminado. Por eso comenzó a gustarme tanto a mí, lo veía como mi aliado, como la forma de enfrentarme a los ideales tan clasistas de mi familia. Empecé a ver el mar como lo antagónico a la estúpida burguesía.

—¿No te sientes cómodo en tu familia?

—Tantos prejuicios, tanta hipocresía, tanto mandato sobre mí, tanta presión, tantas obligaciones, tantas apariencias... El odio es mutuo, Mía.

La conversación está estropeando la euforia y felicidad del momento, así que intento quitarle hierro al asunto.

—Si te sirve de consuelo, yo no tengo familia —afirmo riéndome.

—Joder, vivimos en una puta tragedia —comenta también riéndose.

—Pero la vivimos juntos.

Enseguida me arrepiento de haber dicho esas palabras, son demasiado directas y no quiero que piense cosas que no son; sin embargo, se han escapado ellas solas de mi boca.

Max no responde, pero tampoco es necesario, su gesto dice mucho más de lo que podrían decir las palabras.

Me mira y me agarra fuerte la mano, llevándosela a su corazón.



Ayer las cosas no pudieron ir mejor.

Cuando el viaje en barco terminó, el capitán nos dijo que podríamos volver en un año, siempre y cuando lo hiciésemos los dos juntos. Max y yo nos miramos y ambos sonreímos, pensando en si al cabo de un año volveríamos a surcar juntos el mar.

Después, volví a casa para comer con Lucas. Pensé en invitar a Max pero sería una situación demasiado incómoda, aún es muy pronto.

—¡Hola, princesa! —saluda Lucas entrando por la puerta. Son las siete de la tarde y se ha pasado todo el día fuera de casa, tenía un trabajo muy importante—. ¿Cómo estás? Te veo mucho mejor.

—Es que estoy mucho mejor —le aseguro con una sonrisa.

Cada vez tengo más claro que la actitud que muestras ante tus problemas es crucial. La felicidad de una persona no depende totalmente de ella, como se acostumbra a decir. La felicidad no solo depende de ti, sino también de tus circunstancias. Muchas veces tenemos que pasar por cosas que nosotros no elegimos, afrontar problemas que no son nuestra responsabilidad. Sí que decidimos, en cambio, cómo nos enfrentamos a ello. Sin embargo, por mucho que nos apoyen y nos animen, no estaremos bien hasta que nosotros decidamos estarlo.

No me gusta estar triste o desanimada... Pero la tristeza y el desánimo son sentimientos que también hay que experimentar e ignorarlos es un grave error. La vida hay que vivirla con sus pros y con sus contras, pasar por malos momentos para saber cuáles son los buenos. La felicidad no es eterna y tampoco es incondicional, no estar preparada para su ausencia es un gravísimo fallo.

—Me alegro, yo voy a echarme una siesta, ha sido una jornada agotadora.

—¡Lucas! —lo llamo al ver que ya se va hacia su habitación—, creo que cenaré fuera.

—¿Y eso?

—Estoy preparando un nuevo plan para Max: hay un concierto de un grupo tributo a Nirvana y creo que le encantará.

—¡Buena idea! —exclama y, acto seguido, se encierra en su habitación.

Yo me levanto y cojo el portátil para buscar las entradas de ese concierto. Es a las diez y media de la noche, así que tan solo quedan cuatro. He tenido muchísima suerte al conseguirlas con tan poco tiempo de antelación.

Invitaré a Max a cenar y luego iremos.

Para la ocasión elijo un conjunto un tanto roquero, nunca he ido a festivales ni a conciertos, así que me motiva un poco la idea de mimetizarme con el público. Escojo unos pitillos negros que combino con una básica blanca por la que asoma un sujetador lencero; añadido, además, una chupa de cuero y un *choker* ancho. Cojo mi bolso y meto en él la cartera, las llaves, el móvil y las entradas impresas.

Lo único que desentona en mi look es *Spring*. Ahora mismo me pegaría más una Harley. No puedo evitar imaginarme a mí misma conduciendo la Harley con Max detrás, agarrado a mi cintura. El ruido potente del motor y él y yo tomando las curvas de la carretera del puerto, doblándonos con cada una de ellas. Arranco y conduzco hasta su mansión. Este mes estoy haciendo

tantas veces el mismo recorrido que creo que podría recorrerlo con los ojos cerrados. Cuando llego, toco el timbre.

—¡Holaaaaaaaaaaaaaaaaa! —saludo pegándome a la cámara.

—¡Ya voy! —responde Max entre carcajadas.

Cuando sale por la puerta, lo veo más guapo que nunca. Creo que la sonrisa que últimamente lleva dibujada en su rostro es la causante. Max se ve liberado, radiante, ya no carga con el peso de sus sombras.

—¿Nuevo plan?

—Nuevo día, nuevo plan —contesto pasándole su casco.

—A este paso va a parecer que trabajas para mí.

Al oírlo se me escapa la sonrisa más falsa del universo. No puedo evitar quedarme incluso un poco cortada. Menos mal que no puede analizarla, porque se daría cuenta de inmediato de mi nerviosismo. Por suerte, ya está subido a la moto con el casco puesto.

—¿Adónde vamos hoy?

—Primero, a cenar.

No me he complicado mucho a la hora de escoger el sitio para la cena. Simplemente, me he decantado por uno que quedase cerca de donde se celebrará el concierto: una pizzería.

—Por tu culpa voy a engordar diez kilos —se lamenta mientras entramos

—¿No te gustaba la comida rápida? —replico mientras nos sentamos a la mesa.

—Hay tantas cosas que me gustan y no son buenas para mí... —responde entornando los ojos con una media sonrisa.

—Te entiendo... —digo. Lo que Max no sabe es que yo me refiero a él. Es estúpido seguir ocultándome la verdad a mí misma.

Max me gusta.

No tanto como para estar enamorada, ni mucho menos, pero me atrae tanto

física como mentalmente. Cuando tengo que verlo siento un pequeño nudo de anticipación en mi estómago y me doy cuenta de que cada vez sé que estar en su compañía y hacer planes para él es menos un trabajo que un placer. Cada vez tengo más mariposas volando en mi interior y, aunque intento sosegar su aleteo, es una tarea imposible. Pero mientras yo intento apaciguar a las mariposas, Max va un paso por delante de mí.

—¿Qué cosas te gustan y no son buenas?

«Mierda. ¿Y ahora qué respondo?» Abro mucho los ojos mientras asiento y busco algún tipo de contestación que no descubra lo que pienso de verdad.

—El alcohol.

Lo peor es que *odio* el alcohol. En mi vida solo lo he probado una vez y tengo tan mal recuerdo que no quiero ni olerlo. Intento parecer segura de mi respuesta, pero Max comienza a reírse.

—¿En serio? ¡Dios mío, no te pega nada!

—¿Por qué? Sé pasármelo bien, nada más —intento decir las típicas frases que dicen aquellos que sí que beben, suenan rarísimas en mi boca, pero es divertido ponerme en su lugar. A lo mejor es el look de chica mala roquera, que se está apoderando de mí.

—Si supieras pasártelo bien, no necesitarías el alcohol.

Max está diciendo justo lo que yo diría, justo lo que yo pienso. Menos mal que el camarero se presenta de repente para pedir nota, porque no sabría qué responderle.

Ambos pedimos una pizza margarita y nos la acabamos en menos de diez minutos: está deliciosa.

—¿Y ahora?

—Mira en el bolsillo de tu chaqueta —contesto guiñándole un ojo, él me mira extrañado.

Cuando Max estaba desprevenido quitándose el casco, aproveché para

meter las entradas en uno de sus bolsillos.

—¡Estás loca! —exclama cuando las ve. Me vuelve a mirar pero esta vez con unos ojos cargados de expresividad.

Por momentos como este me dedico a este oficio, es absolutamente asombroso lo mucho que puede llenarte provocar la felicidad ajena. Saber que la única responsable de esa preciosa sonrisa eres tú.

—¿Cómo supiste que me gusta Nirvana?

—Los primeros días, cuando nos conocimos, escuchabas tan alto la música que podía intuir la mayoría de las canciones. Me di cuenta de que todas eran de Nirvana.

—Es increíble lo observadora que eres.

En verdad es algo injusto que piense eso, porque yo juego con ventaja. Si sabía lo de Nirvana fue por los pósteres que vi en su habitación. Me entristece un poco no poder decirle la verdad, pero no tengo otra opción...

—Vamos, tenemos que ir tirando ya si queremos coger un buen sitio.

Tras pagar, nos dirigimos andando hasta el escenario. Ya hay bastante gente pero nos hacemos con un buen sitio. De hecho, es gracias a Max. Al llegar y ver la marabunta no he podido evitar dejar escapar un pequeño resoplido de agobio. Max lo ha interpretado como una llamada al rescate y me he agarrado de la mano y empezado a serpentear entre la gente hasta llegar a un huequito más o menos en mitad de la pista que no sé cómo ha podido distinguir entre el caos. El concierto es al aire libre, por lo que las estrellas brillan encima de nosotros; además, no hace mucho frío, así que la atmósfera que nos rodea es muy acogedora.

—Vuelvo ahora.

Max desaparece entre el gentío y regresa con dos enormes vasos de cerveza.

Mierda.

—¡Habrá que pasárselo bien!

Otra vez me veo obligada a sonreír falsamente. Cojo uno de los vasos y lo sostengo asustada, pero me tranquilizo al pensar que, mientras Max no me vea y aprovechando que es un pabellón abierto, podré ir tirando la cerveza al suelo.

—A ver quién consigue acabársela antes —propone retándome.

Mierda.

—No creo que sea buena idea, es un litro de cerveza, Max... —comento intentando disuadirle.

—Pero ¡si tú juegas con ventaja! Yo no estoy nada acostumbrado a beber. Vas a ganar, Mía... ¡Va! Tres, dos, uno...

Y en ese momento me convierto en una presa de mis propias mentiras y comienzo a beber todo lo rápido que puedo. El sabor es algo amargo y me resulta asqueroso. Cierro los ojos para intentar acabar lo antes posible y cuando los abro, ya he acabado con todo mi vaso y Max solo va por la mitad del suyo. No puedo creerme que lo haya ganado.

—Te dije que odiaba el alcohol —dice rindiéndose con cara de asco.

—¡No hace falta que lo jures! —exclamo entre risas al ver sus expresiones.

—Toma, aprovéchalo tú.

Max me pasa su vaso y yo lo cojo sin dejar de pensar en lo mucho que la he cagado. En el fondo, esta situación es bastante graciosa, digna de formar parte de una comedia cinematográfica.

Entre sorbo y sorbo, el concierto comienza y Max no quita los ojos del escenario. Siento que el alcohol comienza a subirme a la cabeza y me siento algo mareada también. Además, mi cuerpo cada vez está más caliente y me voy soltando más, bailando canciones que hasta este momento no sabía que se podían bailar.

Tras unas cuantas canciones más, me encuentro demasiado cansada para

seguir de pie.

—¿Te importa si voy a sentarme un rato? —le pregunto mientras señalo la zona de hierba que hay al fondo del recinto.

—¿Quieres que te acompañe?

Parece que va a seguirme cuando de repente la sala enmudece y suenan los primeros acordes de la siguiente canción. Puedo ver la ilusión en los ojos de Max.

—No, no, no... Tú estás disfrutando.

Camino lo mejor que puedo, aguantando el equilibrio y sorteando a todas las personas, hasta que por fin llego al final y puedo tumbarme en la fría hierba. Noto un gran placer al sentir cómo enfría mi cuerpo. La cabeza me da muchas vueltas, así que cierro los ojos y respiro profundamente. La música me aturde todavía más y mis oídos se taponan... es una sensación muy extraña.

Estoy cansada y confundida, pero a la vez una felicidad rarísima viaja por mis venas. Decido incorporarme, tumbada todo me da más vueltas aún.

—Es precioso, ¿verdad? —oigo decir justo detrás de mí.

Me giro asustada, ahora mismo tengo los reflejos demasiado mermados como para enterarme de algo. La pregunta procede de un chico más o menos de mi edad que se sienta junto a mí.

—¿El qué?

—El cielo. Las estrellas brillan tanto como tú, preciosa.

En cualquier otro momento, su comentario me habría parecido patético. Sin embargo, ahora mismo me hace (por algún motivo que desconozco) muchísima gracia.

—Joder, eso ha sido demasiado cursi —le suelto con una exagerada sinceridad que no es muy propia en mí.

—Te mereces cosas bonitas —dice guiñándome el ojo y pasando su brazo

por mi espalda.

Me vuelvo a girar para verle bien la cara, de facciones muy marcadas. Es muy guapo... más que guapo, atractivo. Está, además, muy musculado. Creo que «sexí» es la palabra perfecta para describirlo.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Mía.

—Vaya, ¿y quieres ser mía, Mía? —pregunta entre risas mientras se acerca cada vez más a mí. Noto su aliento muy cerca de mi cuello y soy exageradamente consciente de la presa de sus brazos, que me aprietan demasiado.

—Yo...

De repente, me siento algo incómoda. Solo quiero zafarme de su agarre y no sé cómo hacerlo, mi cuerpo está demasiado adormilado. Por otra parte, su pregunta me resulta graciosa y no veo qué hay de malo en pasárselo bien con un chico una noche. De nuevo, tengo demasiados conflictos en mi interior como para saber qué hacer.

El desconocido se acerca cada vez más a mí y yo me dejo llevar, me quedo inmóvil, dejando que él tome la decisión.

—¿Mía? ¿Qué cojones haces?

—¿Max? —respondo achinando los ojos para conseguir verlo. Está de pie enfrente de nosotros, mirándome con una profunda cara de decepción y enfado.

—¿Quién eres tú? —pregunta el desconocido en tono desafiante.

—¿A ti qué cojones te importa?

Puede que esté un poco atontada, pero sé que si no tomo medidas esta situación puede acabar muy mal, así que me levanto, tomo a Max del brazo y comienzo a andar hacia el exterior del recinto, hacia la carretera. Ambos nos estamos alejando.

De pronto, Max se para.

—¿Quién era, Mía?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¡Estabas a punto de besarlo! —exclama llevándose las manos a la cabeza. Su tono de voz comienza a ser algo elevado.

—Estaba muy aturdida... Pero no importa, ni siquiera sé quién es.

—¿Que no importa? ¡A mí me importa, joder!

Al oírle es como si todo el alcohol que había en mi cuerpo hubiese desaparecido. Encuentro la serenidad y lo miro fijamente. Guardo silencio durante unos segundos, sé muy bien la pregunta que tengo que hacer a continuación:

—¿Por qué te importa?

—No lo sé... —contesta dándome la espalda.

—Sí, lo sabes. —Max se está alejando y ahora soy yo la que va detrás. Una vez estamos cara a cara, vuelvo a preguntar—: ¿Por qué?

—¡Porque creo que te quiero!

Su grito paraliza el mundo, paraliza mi mundo.

Sé que lo que voy a hacer está mal, pero quiero hacerlo.

Sé que no debo hacerlo, pero me da igual.

Miro a Max y lo beso con todas mis fuerzas, rodeando su cuello con mis brazos mientras él agarra mis piernas para subirme a su cintura. Es un beso pasional, desbocado, lleno de ira y de las ganas que ahora sé que ambos teníamos. He tomado yo la iniciativa, pero Max me agarra con tanta intensidad que parece que lleva esperando este momento desde aquel día que me senté junto a él.

Cuando el beso termina, ambos nos miramos y el silencio no es para nada incómodo: es un silencio bello, que parece delimitado por los pocos centímetros que nos separan.

—No lo creo, lo sé.

Cuarta semana





Mal.

Mal.

Mal.

Mal.

Todo mal.

Han pasado ya seis días desde lo ocurrido, seis días en los que he sufrido tanto... He leído tantas veces que el amor no duele, pero he sufrido tantas veces por amor...

Parecerá exagerado y ridículo que tan solo un beso provoque en mí tanta tristeza, pero no fue solo un beso. Fue traicionar mis normas, engañarme a mí misma.

Fue perder a Max.

Porque sí, en esta ocasión desapareceré para siempre, no puede volver a saber más de mí. Max debe olvidarme, porque yo no puedo seguir trabajando con él. Esta vez no puedo seguir.

Durante estos días no ha parado de telefonearme, de mandarme miles de mensajes, de llamar al timbre en un par de ocasiones... Llegado el sexto día, creo que por fin se ha rendido.

Siento tanta pena, tanto dolor... Me maltrato a mí misma pensando sin

parar en el concierto, recreando el beso y recordando todos los momentos que vivimos juntos. Puede que no nos conociésemos desde hace mucho, pero a veces la intensidad se antepone al poderoso tiempo.

Y si se puede definir a Max con tan solo una palabra, sería esa, «intensidad». Hacía años que no le abría mi corazón a nadie... No sé ni muy bien por qué, pero él provocó en mí una reacción extraña, ni siquiera sé cómo lo consiguió pero se hizo con mi atención, con mis ganas de más, con una gran parte de mi corazón.

Quizá sea, en parte, por mi gran dramatismo. Porque cuando quiero, quiero hasta el fondo, y cuando odio, odio a más no poder. Me entrego totalmente o me aparto radicalmente. Y para entregarme, necesito ver esa luz que vi en Max, esa correspondencia que (aunque me costó descubrir) me acabó demostrando.

Nadie entenderá por qué sufro tanto, solo Lucas, que acaba de llamar a la puerta de mi habitación para traerme las tortitas que estaba preparando.

—¡Aquí están las tortitas antilágrimas!

—Gracias, Lucas —digo entre sollozos.

—¿Te ha dado otro bajón? —pregunta al verme llorar de nuevo.

Cuando se está triste, se tienen esos momentos de felicidad espontánea en los cuales te olvidas de todo y ahí es cuando el mundo piensa que ya estarás bien y que ya has olvidado lo ocurrido. Pero, de repente, tu mente te vuelve a recordar lo desgraciada que eres y las lágrimas, esas amigas tan enemigas, asoman de nuevo por tus ojos. Estar mal es como montarse en una montaña rusa.

—No es solo por Max, ¿verdad? Todo esto ha removido lo que ocurrió con...

—Están muy buenas —afirmo interrumpiéndolo mientras pruebo las tortitas. Lucas entiende perfectamente que no quiero que mencione ese tema,

por lo que me sigue el rollo.

—Ya sabes que soy todo un experto —comenta guiñándome el ojo con una de sus mejores sonrisas.

Ambos guardamos silencio, yo porque estoy comiendo y Lucas porque me está observando con una expresión que no soy capaz de descifrar.

—¿Qué te pasa?

—Creo que te estás equivocando... —susurra mientras niega con la cabeza, dejando de mirarme.

—Vamos, Lucas, no compliques las cosas.

—Estos años te has ido alejando por miedo de todas las personas que empezaban a quererte, Mía. ¡No puedes expulsar a todos de tu vida porque una sola persona te haya fallado!

Lucas parece indignado, habla gesticulando mucho, en exceso.

—No lo entiendes...

—¡Claro que lo entiendo! ¿He dicho algo durante estos dos años? —Guardo silencio ante su pregunta—. ¡Responde!

—No.

—Pues si no lo he dicho, es porque te entendía. Entiendo tu trauma, tus miedos, conozco tu pasado... Pero, Mía, ya has dejado pasar mucho tiempo. Tienes que empezar a ser la de antes.

No sé qué decir, ni siquiera sé qué pensar. Tengo la mente en blanco, así que me limito a seguir escuchándolo.

—Mía, en tu vida solo me tienes a mí. ¿Y si algún día no estoy? ¿Y si algún día te fallo o tú me fallas?

—Pero yo no te pienso fallar, y sé que tú a mí tampoco...

—Lo sé Mía, joder —se lamenta llevándose las manos a la cabeza con desesperación—. Pero no puedes depender de mí, tienes que empezar a atar lazos, a echar raíces en más jardines, a... No se me ocurren más metáforas,

pero creo que queda claro. ¿Lo entiendes?

—Lucas, tengo miedo...

—Cariño, porque una persona te fallase no quiere decir que todas vayan a hacerlo. Sé que dejó una profundísima herida en ti, sé que aún tienes esas pesadillas... No puedo decirte que todo irá genial con todo el mundo, tendrás más decepciones y sufrirás, pero también te toparás con gente maravillosa que te aportará mil cosas. Lo que no puedes hacer es vivir en la mentira, con los ojos vendados, seguir con este trabajo que, sí, te deja hacer cosas maravillosas por los demás, pero a ti... te aísla de conocer a la gente de verdad.

Aunque hasta ahora no he querido verlo, Lucas tiene razón. Utilizo mi trabajo como un escudo para sociabilizar y a la vez no crear vínculos, porque tengo un miedo atroz a meter a personas en mi vida. Mis reglas son perfectas para eso. Son un blindaje para el corazón. Una coraza para el miedo. Un miedo que he de superar.

—No quiero tomar la decisión por ti, Mía. Tienes que ser tú quien quiera hacerlo. Hagas lo que hagas, sabes que tendrás mi apoyo, pero creo que es el momento perfecto para provocar ese cambio que necesitas.

—Max me odiará ahora mismo... Estará harto de tantos tiempos absurdos, no querrá verme más.

—Eso nunca lo sabrás, a no ser que...

—Tengo que arriesgar.

—Apuesta, cariño. Quedándote aquí no consigues nada. Si pierdes la apuesta, estarás como ahora. Pero si ganas... —me insta mientras me mira con una expresión cargada de astucia.

—¿Y si me hace daño?

—Me avisas y me paso por su casa —responde remangándose mientras se ríe. Y la verdad es que a mí también me saca una sonrisa. No solo hace las

mejores tortitas del mundo, es el mejor amigo del mundo.

—Gracias, Lucas. Sin ti no sería más que un escombros metido en cama — digo riéndome también.

—Eso también habrá que cambiarlo. Tienes que empezar a valorarte más, a quererte más y a luchar tú sola contra el mundo, que puedes de sobra.

Ambos nos fundimos en un abrazo.

Son las siete de la tarde, todavía estoy a tiempo de cambiar el rumbo de mi vida, de volver a tomar el control y de comenzar a perder este miedo que lleva consumiéndome hace tanto tiempo.

Ha llegado el momento.



Cuando por fin estoy delante de su puerta una sensación muy extraña me carcome por dentro. Es como si estuviese paralizada. Me duele muchísimo la barriga, siento como si mis intestinos se estuviesen estrujando, una presión fuera de lo común. También estoy algo mareada, el mundo gira demasiado rápido y yo estoy demasiado quieta como para seguir su ritmo. Creo que lo que siento es vergüenza.

No sé de dónde saco el valor para pulsar el timbre, pero una fuerza se apodera de mí y consigo vencer la vergüenza que me estaba matando. La puerta comienza a zumbiar, indicándome que ya puedo pasar. Max me ha abierto sin decir absolutamente nada, hecho que consigue agravar mi malestar y crearme una inseguridad demasiado grande como para andar hacia la entrada.

Pero, de nuevo, esa fuerza desconocida toma el dominio de mis piernas y estas comienzan a andar por su propia cuenta, sin yo ser muy consciente de ello. Una parte de mí que creía dormida está volviendo a la acción, y no sé cómo dominarla. Quizá lo mejor es dejar que ella decida.

Una vez atravieso el jardín, vislumbro la puerta abierta de la vivienda. Sin pensarlo dos veces (porque si lo hiciese, tal vez huiría) entro decidida. Suelto un suspiro de relajación al darme cuenta de que estoy consiguiendo lo que se

me antojaba imposible: poco a poco estoy rompiendo el muro que me separaba de Max. Suena extraño el hecho de romper un muro desde dentro, pero a veces somos nosotros mismos los que creamos murallas con el objeto de protegernos del exterior. Lo que desconocemos es que, en ocasiones, lo peor habita en el interior de nuestra mente. Es relativamente sencillo que alguien te ayude y rompa tu muro desde fuera: ya sea con hechos o con palabras bonitas. Yo sé de lo que hablo, romper esos muros para otras personas ha sido parte de mi trabajo durante los últimos años. Lo complicado, lo realmente difícil, radica en ser tú misma la que, tras darte cuenta de la encerrona, tras verte sepultada bajo su propio muro, empieces a buscar tu propio bien.

En la planta baja no hay nadie, mis pasos silenciosos y tímidos recorren cada habitación y todas están vacías. Me extraña no encontrarme con sus padres. Decido subir las escaleras, mi corazón me dicta el camino hasta su cuarto, sé que estará ahí.

La puerta de su habitación es la única que encuentro cerrada, fijo mis ojos en el pomo, preguntándome qué diré cuando la abra, qué diré cuando lo tenga enfrente y su presencia me imponga. Mis palabras serán clave, sé que él estará harto de mis idas y venidas y que quizá ya se habrá decidido a olvidarse de mí. He de ser elocuente y demostrarle que por fin he tomado una decisión firme, que por fin he apostado.

Cierro los ojos apoyando mi mano en el pomo y presionándolo hacia abajo. Ya no hay vuelta atrás.

Cuando abro los ojos, lo veo tendido en la cama, boca abajo, mostrándome solo su espalda. El miedo vuelve a invadirme. Justo cuando había conseguido traspasar su coraza, justo cuando había empezado a profundizar en él... Doy todos mis avances por perdidos al ver su posición corporal, al ver que solo me da la espalda. Esperaba ver sus ojos, esperaba poder leer en ellos qué es lo

que piensa ahora mismo.

—¿Qué quieres? —pregunta sin moverse.

Estoy allí de pie, paralizada, sabiendo lo que quiero decir pero sin tener agallas suficientes como para soltarlo. Me muerdo el labio con fuerza, mirando el techo, buscando esa incitación que me haga hablar. Y entonces veo cómo Max gira levemente su cabeza para observarme de reojo, y ahí la encuentro: sus ojos son incitación.

—Creo que te quiero a ti —contesto en apenas un susurro.

Max se levanta lentamente, su camiseta está tirada en el suelo y sus gafas apoyadas en la mesilla. Mis ojos se desvían por su cuerpo, observando cada tatuaje y también cada cicatriz. Pero él se está acercando demasiado y mis ojos vuelven a subir para clavarse en los suyos, ahora sin barreras.

—¿Crees? —pregunta cuando se detiene a apenas unos centímetros de mí. Vuelvo a cerrar los ojos, apreciando su aroma, su presencia. Es increíble cómo puedo reconocerlo sin ni siquiera mirarlo. Huele a mar y a sueños rotos, huele a lugar secreto y a honestidad brutal. Huele a verdad. Max es tan sensual.

Sensual, que no sexual. Él va más allá del deseo carnal, de la lujuria... él consigue despertar en mí sensaciones, despertar sentimientos. Es un puro impacto visual cuando lo ves acercándose como un depredador, táctil cuando deslizas tus manos sobre su tersa y suave piel mientras recorres heridas y tinta, auditivo cuando escuchas su voz tan sugerente y profunda que consigue transportarte a otros mundos, fragante cuando inspiras su esencia hundiendo tu nariz en su pelo y esta te lleva a un paraíso afrodisíaco.

Y gustativo, cuando tu lengua choca con la suya y bebes la ambrosía que brota de su alma.

—Lo sé —digo tras haberle tocado, tras haberle besado, tras haberme asegurado de que podría descansar en sus brazos eternamente.

Ahora ambos estamos de pie, abrazados. Tras procesar mi respuesta, Max pone su boca sobre mi oído.

*Ella camina en la belleza, como lo hace la noche
de climas sin nubes y cielos estrellados.
Y todo lo bueno de la luz y las sombras
confluye en su aspecto y en sus ojos
suavizados bajo la delicada luz
que el cielo niega al ostentoso día.*

*Y sobre esa mejilla, y sobre esa frente,
tan suave, tan tranquila, pero tan elocuente,
las sonrisas que ganan, los rubores que resplandecen
hablan de días vividos en armonía,
de una mente serena ante todo lo demás
y de un corazón cuyo amor es inocente.*

LORD BYRON, «Ella camina en la belleza»

—Mía, mi evasión la encontré en tu sonrisa. Tu elocuencia me ha encandilado hasta tal punto que no puedo dejar de pensarte, de soñarte, de imaginarte. —Max sujeta mi rostro entre sus manos, hablando con una pasión desmedida—. No es que seas pura luz, eres una noche estrellada que ha conseguido entender mi oscuridad, que ha conseguido hacerme feliz. Jamás nadie, nadie en este puto mundo, había provocado estos sentimientos que juro que están matándome. Mi corazón te ama de una forma tan inocente, mi corazón te busca inconsciente... No sé qué has hecho, ni cómo... sin más, apareciste en mi vida. Pero quiero que esta casualidad dure para siempre,

quiero verte cada mañana y saber que por la noche seguirás ahí, deseo con todas mis fuerzas curar tus heridas y que tú beses mis cicatrices. Es exagerado esto que siento, mis palabras son dramáticas pero nacen desde mi más profunda sinceridad. En apenas cuatro semanas, me has hecho feliz, y hacía tanto que no lo era...

—Max... —sollozo mirándolo paralizada entre sus gélidas manos.

—Desapareciste, dos veces, y pensé que mi mundo se desvanecía. No exagero, te prometo que no tenía motivo alguno para salir de la cama, lloré como un niño al verme privado de tu presencia, de tus detalles, de tus continuas sorpresas. Lloré al verme privado de ti. Nunca entendía cuando las personas se quejaban de tener el corazón roto, pero ahora entiendo lo mucho que duele. Lo profundo que es el dolor, lo incomprensible e irreparable que resulta. En realidad, sí que sientes como si tu corazón se rompiera, tienes esos pinchazos en el pecho que parece que te van a matar... Me hiciste tantísimo daño, sufrí tanto viajando a nuestros recuerdos y sabiendo que quizá no fabricaríamos más...

Lo que dice me rompe el corazón y a la vez me lo eleva al cielo. El saber que me echó en falta, que lloró mi huida... Pero también me siento fracasada al ver que mi trabajo no ha funcionado, al ver que Max todavía no ha llegado a encontrar esa felicidad individual y esa independencia emocional que todos debemos tener.

—Destacas entre la multitud, Mía —prosigue, deslizando sus manos hacia mi cintura—. Das sin esperar recibir y en toda mi vida no encontré nunca una persona dispuesta a amar sin ser amada. Dispuesta a sacrificarse por alguien sin pedir nada a cambio.

—El verdadero amor es aquel que surge por voluntad propia, aquel que no espera pagos. Aquel que sale del más sincero rincón del corazón —sentencio con una leve sonrisa. Sus palabras han conseguido avivar en mí un fuego sin

control.

—Nunca he amado a nadie, y sonará precipitado, pero sé que esto es amor. Y lo sé porque estoy dispuesto a darte todo de mí sin recibir tampoco nada a cambio, estoy dispuesto a luchar por tu sonrisa y a velar por tu seguridad, a ponerte delante de todo y de todos, porque te amo —dice exaltado, gesticulando mucho con las manos.

—Max, eso es un sentimiento muy fuerte.

—Todo es tan fuerte, tan rápido, tan inesperado... —continúa mientras da vueltas llevándose las manos a la cabeza. Está en un estado de clímax total—. ¡Apareciste y lo cambiaste todo, me cambiaste a mí! Sacaste la mejor versión de mí mismo. No solo te amo por quien eres, sino por quienes somos cuando estamos juntos.

—Somos sinergia.

—¿Sinergia?

—Cuando dos sustancias se unen y, gracias a esa unión, no solo consiguen ser más fuertes por su suma, sino que también potencian su fuerza individual.

—Exacto, joder, exacto.

—Yo también quiero estar contigo, Max —afirmo como conclusión, agarrándole la mano para besarla—. Lo deseo, te deseo a ti.

Una pequeña lágrima se desliza por mi mejilla, una lágrima que comienza a limpiar todo mi pasado para dejar espacio al presente y, sobre todo, a mi futuro con Max.



Inefable.

«Inefable» es la única palabra que podría describir lo que ocurrió ayer. Por fin me decanté por una de las opciones que rondaban mi cabeza y arriesgué todo para hacerla posible.

Y funcionó, de pronto sentí cómo esos kilos de preocupaciones que llevaban atormentándome días se evaporaban, mi cuerpo parecía estar compuesto de algodón y plumas. Y Max le dio a esas plumas la fuerza que necesitaban para volar. De pronto estábamos juntos, abrazados, dispuestos a apostar por nosotros.

—¿Mía? —pregunta la madre de Max al ver que tengo la mirada fija en el suelo y que no estoy prestando atención.

—Perdón, perdón.

Vuelvo a dirigir mi mirada a lo importante, la reunión que está teniendo curso ahora mismo. De pronto, vuelvo a estar en la realidad, y no hay cosa que me haga sentir peor.

—Como iba diciendo —prosigo con seriedad a pesar del dolor que siento al estar haciendo esto—, ya he pasado con Max el primer mes de los dos estipulados por el contrato. ¿Notan cierta mejoría?

—Muchísima, no sabemos cómo agradeceréte —responde el padre con

una sonrisa que le ocupa todo el rostro—. Max sale de casa, es mucho más gentil y cariñoso...

—Incluso desayuna y a veces hasta cena con nosotros, cuando antes siempre lo hacía solo en su habitación —añade la mujer.

—Me alegro muchísimo. Tomen —digo sacando de mi bolso un documento con todas las actividades realizadas durante el mes—. Aquí pueden ver todo lo que hemos hecho.

La pareja se aproxima a la mesa y observa el listado de planes. Sus ojos muestran admiración. Hemos quedado en un bar a las afueras de la ciudad, nunca he tenido tanto miedo de coincidir con el cliente como en este caso. Me siento como una traidora. Y en verdad, lo soy.

—¿Y qué tienes pensado hacer este mes?

—No lo sé, los planes surgen solos. De todos modos, cuando finalice el mes y, por consiguiente, mi trabajo con Max, tendrán un informe final.

—¿Y si cuando te vayas vuelve a su anterior conducta? —plantea su padre algo preocupado.

—Eso es lo que más en serio me tomo de mi oficio, les prometo que conseguiré la felicidad individual.

—Perfecto.

—Por cierto, Mía... —La madre de Max emplea un tono algo místico, tengo miedo de lo que dirá a continuación—. Como ya sabrás, mi hijo nos ha contado lo sucedido con Zulema y decidimos hacernos cargo del caso... Sentimos mucho lo ocurrido, no conocíamos esa faceta de ella.

—No son culpables absolutamente de nada, no se preocupen.

—Ya se ha abierto una investigación y al tener como pruebas una serie de grabaciones pronto se cerrará.

—¿Tendré que ir a declarar? —pregunto deseando escuchar un «no» como respuesta. No podría hacerlo, no podría remover mis recuerdos del pasado

volviendo a un juicio...

—Intentaremos que no, siendo un caso tan claro, creo que no hará falta.

No es un «no» rotundo, pero está muy cerca. Así que me lo tomaré como una negativa. Asiento aliviada mientras el padre de Max se levanta a pagar. Me sorprende mucho la actitud de la mujer, tan distinta de la que tenía en nuestra primera reunión. Ahora me mira directamente a los ojos con total transparencia, me sonríe con total sinceridad, creo que por fin se fía de mi trabajo al ver que ha funcionado con su hijo. Lo lógico habría sido fiarse al principio. Porque, si necesitas pruebas para fiarte de alguien, en realidad no te estás fiando. La confianza necesita ese primer salto de fe al vacío para funcionar. El resto es desconfiar.

Cuando infravaloras a una persona, jamás sabrás de lo que es capaz hasta que no te lo demuestre. Ella me infravaloró y ahora se ha dado cuenta de todo lo que soy capaz de hacer. Por eso es tan importante no creerte la mirada de los demás sobre ti, no pensar que si te miran como si no valieras es que no vales. La única mirada que importa es la tuya sobre ti mismo. Lo más importante es no rendirse cuando intentan pararte, porque cuando consigues tus propósitos, además de sentir esa felicidad interior, también demuestras a aquellos que no creían en ti tu fuerza de voluntad.

Conseguirlo siempre será la mejor respuesta ante las críticas.

Tras despedirme de ambos, pongo rumbo hacia mi casa. Aunque me invade ese sentimiento de traición, solo deseo que acabe este mes para poder dar por finalizado mi trabajo y empezar una relación con Max sin contratos de por medio. Cada vez falta menos, y eso es lo que me consuela.

Tras una hora de caminata, por fin estoy introduciendo mi llave en la cerradura.

Lo que no me esperaba, era ver una rosa en el suelo con una nota de papel enredada en su tallo. Se me escapa una sonrisa tonta acompañada de una

carcajada muy tímida, apenas sonora. Me agacho a recoger la flor y a leer la nota.

En esta cocina quiero comerte a besos.

No puedo evitar reírme esta vez de una forma algo estrepitosa. Corro hacia la cocina y visualizo otra rosa encima de la vitrocerámica.

En este salón quiero pasarme la vida viendo películas a tu lado.

Camino hacia el salón con una sonrisa cada vez mayor para encontrar una nueva rosa al lado del televisor.

En este espejo quiero que veas a la persona más increíble del mundo.

Voy hacia el pasillo hasta que consigo verme reflejada en dicho espejo. En ese momento soy consciente de lo emocionada que estoy y de lo mucho que tiemblo. Sobre el marco del espejo hay una nueva rosa acompañada de otra nota.

En esta ducha quiero que laves todos tus miedos e inseguridades.

Cada una de sus palabras consigue emocionarme más. Camino hacia el baño y encima de la pileta recojo una nueva flor.

Moriría cada mañana solo para poder dormir contigo.

Algo sonrojada voy hacia mi habitación, intuyo que esta será la última pista y la incertidumbre de qué habrá detrás de la puerta me genera un nerviosismo voraz. Decidida a dejar mis miedos atrás, accedo a mi cuarto.

Mis ojos no se creen lo que tengo delante. Tengo que parpadear un par de veces para asegurarme de que no estoy soñando. Me llevo las manos a la boca y no puedo evitar soltar un grito de emoción. Sobre mi mesilla, vuelve a haber un tocadiscos precioso y muy parecido al que había heredado de mis padres. Ya me parecería increíble que haya podido encontrar algo ni siquiera remotamente parecido, pero es que este es casi igual. Debe de haber removido cielo y tierra para dar con él. Además de la fortuna que debe de haberle costado, que no lo quiero ni pensar.

Me acerco con parsimonia, aún sin creer del todo lo que ven mis ojos, para pasar mis dedos sobre su superficie y comprobar que es real, que existe.

Sobre el tocadiscos yace la última rosa con su respectiva nota.

Esta rosa es de color azul, y sé que Max no ha escogido este color al azar. En los poemas del romanticismo, las rosas azules representaban el anhelo, el amor, el afán por lo infinito... En una de sus novelas Novalis cuenta cómo el joven Heinrich sueña que camina por un lugar desconocido hasta adentrarse en una cueva en la que visualiza una brillante y bella flor azul, que aunque se encuentra rodeada de miles de flores, no puede dejar de contemplar, admirando su belleza innata, sus características diferentes, su autenticidad y distinción... una flor que sobresale entre las demás.

Tú eres como esta flor. Te espero en nuestro lugar.

Es increíble lo mucho que nos compenetramos para que tan solo viendo una simple flor pueda descifrar cada uno de sus pensamientos.

Dejo todas las rosas sobre la cama, mi rosa azul, nuestra rosa azul sobresaliendo por encima de las demás, y salgo de casa. No quiero hacerle esperar más.

La adrenalina que recorre mis venas y las ganas que tengo de verlo me hacen correr entre las calles sin apenas cansarme, sin emitir un solo suspiro de sofoco. Voy tan deprisa que ni siquiera pienso en coger mi moto. En apenas cinco minutos, ya huelo el mar, ya lo huelo a él.

Una vez que llego al puerto, dirijo mi mirada hacia su banco para asegurarme de que está ahí. En efecto, Max está sentado, como los primeros días en los que lo conocí, hundiéndose en el mar con su mirada.

Cuando estoy como a veinte pasos de él, se percata de mi presencia, se levanta, y se dirige hacia mí con una sonrisa muy dulce. Cada día que pasa veo en él más belleza que el anterior. Solo lleva una camiseta blanca básica con unos vaqueros negros y unas deportivas, pero supongo que cuando la percha es buena poco importa la ropa. Supongo que cuando miras a través de la persona, poco importa el exterior.

—Tengo una sorpresa para ti —susurra mientras me tapa los ojos suavemente.

—¿Otra? —pregunto con una sonrisa incandescente mientras me dejo guiar por su cuerpo. Tenerlo tan cerca pone en funcionamiento cada poro de mi piel. Max no responde, solo espera unos segundos para apartar sus manos y dejarme ver lo que ha hecho.

El grandísimo detalle que ha tenido.

—Era mío, pero ahora, es nuestro.

Entonces recuerdo nuestra primera conversación.

Nuestra primera discusión.

Su arrogancia, su prepotencia...

Pero todos esos recuerdos desaparecen para dejar paso a lo que estoy

viendo ahora mismo, a lo que me hace comprender cómo el estado de ánimo de una persona puede cambiar tanto su forma de actuar, su forma de ser.

Max ha cambiado la placa de su banco.

Ahora, también figura mi nombre. Ahora, el banco es de los dos.



—¡Puaj, qué cursilada! —exclama Lucas tras haberle dicho cómo fue mi día de ayer.

—Pero ¡si a ti te encantan esas cosas...! —respondo entre risas tirándole un cojín a la cabeza. Lucas es muy empalagoso y siempre encandila a las chicas con sus trucos de seductor: canciones románticas cantadas al oído, desayunos de buenos días llevados a la cama, ramos de rosas más grandes que la chica en cuestión...

—Me encanta hacerlas y que me las hagan, no oír cuentos de enamorados mientras estoy tan solo.

—Estas solo porque quieres, capullo.

—Corrijo: porque ninguna chica me ha llenado todavía —replica guiñando un ojo.

—Esa frase es la típica en la que se escudan los ligones que van de flor en flor.

—Mmm... Puede.

Ambos nos reímos hasta que el sonido de mi teléfono corta nuestras carcajadas. Me levanto del sofá para responder la llamada: es Max. Se me ilumina la sonrisa al ver su nombre en la pantalla.

—¡Hola!

—Hola, Mía, ¿te apetece venir a cenar a mi casa?

Miro a Lucas buscando su aprobación, ya que siempre cenamos juntos. Él entorna los ojos y hunde su cara entre los cojines.

—¡Claro! —respondo riéndome disimuladamente.

—Genial, ¿aquí a las nueve?

—Allí estaré.

—Nos vemos, te quiero —tarda en decirlo, quizá por el nerviosismo de no saber cómo despedirse, pero lo dice.

—Y yo —le correspondo con una voz dulce, algo sonrojada.

Vuelvo a dejar mi móvil cargando y me siento junto a Lucas, quien sigue con la cara hundida en los cojines, por lo que solo puedo acariciarle un poco el pelo.

—¿Se lo vas a decir? —pregunta, refiriéndose a mi trabajo.

—No quería hacerlo... Solo queda un mes, no tiene por qué descubrirlo. Cuando acabe, estaré con él como una persona normal y jamás se enterará del principio.

—Mía... No sé si eso será lo correcto.

—¿Por qué?

—Si lo quieres, tarde o temprano tendrás que decirle la verdad —expone mientras se vuelve para mirarme—. Y creo que lo mejor es hacerlo pronto, antes de que lo descubra.

—No tiene manera de descubrirlo, Lucas.

—Cariño, de una forma u otra, las mentiras siempre acaban cojeando de una pata... La verdad siempre sale a flote.

—Joder... —susurro dejándome caer hacia atrás. Odio las mentiras y estoy prolongando una gravísima... Estoy yendo en contra de mis principios.

—Sí, estás jodida.

—Gracias por el apoyo.

—De nada —responde dándome un beso en la frente—. Y son las ocho, más vale que te des algo de prisa si quieres ir decente a esa cena.

Lucas tiene razón, aún estoy con el pijama puesto. Me levanto y camino hacia el baño, me desprendo de él y me meto en la ducha. Es increíble lo bien que sienta el agua caliente resbalando por tu cuerpo, me relaja muchísimo y es aquí donde más tiempo paso pensando en mis problemas, en mi día a día, descubriendo poquito a poco en quién me estoy convirtiendo.

Porque algo que tengo muy claro es que la persona que soy ahora mismo se distancia muchísimo de la que era hace un año. La base sigue siendo la misma, mis creencias y mis principios solo han evolucionado un poco, pero mi forma de reaccionar ante los estímulos de la vida es totalmente distinta. Ahora he dejado mi inocencia a un lado al darme cuenta de que la maldad cada vez está más presente, me he vuelto más desconfiada y mi felicidad se ha convertido en una felicidad forzada, un intento de sonreír las veinticuatro horas del día que no es real.

En fin, ahora mismo no me apetece comerme el coco y empezar a recordar cosas que ya se encuentran en la zona más oscura y profunda de mi cerebro, así que, tras enjabonarme y aclararme, cierro el grifo y me envuelvo en mi albornoz.

Para la cena, elijo un vestido sencillito que combino con unos tacones y una americana: quiero ir algo elegante pero sin que se note demasiado que he pasado treinta minutos escogiendo el conjunto.

Me aplico un poco de máscara de pestañas, me recojo el pelo en un moño alto y añado unos pendientes. Con todo esto, ya estoy lista para irme.

—¡Pásalo bien! —grita Lucas desde la cocina al oír que me dirijo hacia la puerta.

—¡Igualmente!

Ya son las nueve menos diez, así que opto por ir a su casa en *Spring*, no

quiero que la cena se enfríe y tampoco me gustaría ser impuntual cuando el plan ha salido de él. Cuando aparco la moto enfrente de su casa, comienzo a estar algo nerviosa. ¿Cómo le saludo, con dos besos o con uno? ¿Y qué digo al entrar? Estos nervios estúpidos me están matando.

Cuando llamo al timbre abre al momento. Procedo a entrar por el camino de piedras que llevan hasta la puerta principal de la casa, que también se encuentra abierta. Entro con sigilo y me sorprende ver que Max no está tras ella.

En su lugar, hay un montón de pétalos y velas que marcan un camino hacia la mesa del salón donde cenaremos. Se me escapa una risita tonta, cargada de emoción e ilusión. Camino despacio, saboreando al máximo este momento tan romántico, deseando que el camino no se acabe nunca. Sin embargo, cuando llego a su fin, no puedo estar más feliz.

Max está junto a la mesa, con un ramo de rosas en la mano y una de sus perfectas sonrisas iluminando su rostro.

—Hola —dice con una voz aterciopelada.

—Hola —respondo acercándome.

Tengo muy claro lo que quiero hacer ahora, así que lo hago. Dejo el ramo de flores sobre la mesa y lo beso, despacio, sin prisa, haciendo que el mundo entero deje de girar. Poco a poco, el beso se va haciendo más pasional y siento cómo el fuego que creamos entre nosotros se vuelve más intenso. Como hizo la primera vez que me besó, agarra mis piernas, me levanta y yo me engancho alrededor de su cintura. Empieza a darme besos por el cuello, a lo que respondo enredando mis dedos entre su pelo, tirando con delicadeza. Lo que ocurre es la explosión de toda la pólvora que hemos ido acumulando este mes, demasiada en tan poco tiempo.

Max se sienta en el sofá, dejándome sobre sus rodillas. Lo empujo lateralmente para que se tumbe y así disfrutar yo del poder que me otorga

encontrarme encima de él. El fuego comienza a quemarme y un instinto de pasión me obliga a quitarle la camiseta. Mientras lo beso y le muerdo el labio, bajo mis manos por su abdomen, acariciando sus músculos. Max sube sus manos por mis piernas, por debajo del vestido, hasta que llega a mi cintura, la cual agarra con fuerza para poder girarme y ponerse sobre mí. Desabrocho el botón de su pantalón y se lo bajo lo máximo que puedo, dejando que él se lo acabe de quitar. Max desliza hacia arriba mi vestido, yo alzo las manos para que pueda sacarlo con facilidad. Nuestra piel arde y no puedo dejar de deslizar mis manos por todo su esbelto y torneado cuerpo. Él deja de besarme, se aleja unos centímetros y prosigue con sus besos, bajando por el cuello hasta llegar a mi ombligo.

De repente, me encuentro totalmente paralizada, todo el calor que sentía se vuelve hielo y destroza cada avance hasta ahora conseguido. Comienzo a sentirme sucia, estúpida, fea, inútil, y mi cuerpo comienza a temblar.

—¿Mía? —pregunta Max dejando de besarme la piel, levantando un poco la cabeza para verme la cara.

Mi respuesta viene en forma de incesante llanto, las lágrimas comienzan a cubrir toda mi cara apagando el fuego que Max había encendido en mí.

—Huy, ¿qué pasa? —insiste en apenas un susurro cargado de dulzura y preocupación. Max se levanta para cogerme entre sus brazos, como si fuese un cachorro, apartando el pelo que estaba pegándose en mi cara—. Mía, tranquila —dice al ver lo frágil que me he vuelto en apenas unos segundos. Me mira fijamente y en sus ojos veo una tristeza muy profunda, verme así le ha roto algo por dentro, jamás había visto esa expresión tan cargada de preocupación en su rostro.

—Max... —Es lo único que puedo decir. Un gran nudo ocupa mi garganta, un nudo con recuerdos del pasado.

—¿Quieres hablarlo? —pregunta mientras acaricia mi cara.

Asiento lentamente, necesito decírselo, necesito desahogarme y contarle a alguien más todo por lo que pasé. Si quiero que él me ame, tendrá que hacerlo con mi pasado, con mis traumas, con mis defectos...

Max se levanta y va a por una manta. Cuando veo sus piernas desnudas, observo que tiene un montón de enormes cicatrices. Ya había visto las de sus muñecas, sus padres me habían comentado que intentó acabar con su vida un par de veces. Sin embargo, estas cicatrices no parecen de heridas autoinfligidas.

—Todos tenemos un pasado, Mía —declara percatándose de que mi mirada está posada en sus piernas—. Empezaré yo y luego tú, ¿vale?

—Vale —murmuro, más tranquila y segura de mí misma.

Max nos tapa a ambos y comienza a hablar.

—Mi vida en sí no ha sido muy fácil. Desde pequeño sentía que no encajaba en la sociedad, ni siquiera en mi propia casa. Mis padres nunca tenían tiempo para mí y me críe totalmente solo, de niñera en niñera. Estudié en casa hasta que entré en bachillerato, ir a clase era un auténtico suplicio. Me sentía fuera de lugar, las conversaciones de mis compañeros eran muy superficiales y estúpidas y todos me prejuizaban al conocer la riqueza de mis padres. Es increíble cómo emparejan el dinero con la felicidad, cómo todos pensaban que era el chico más feliz del mundo al tener todo lo que yo quería. Pero, en realidad, Mía, lo que yo más ansiaba no se podía comprar: el jodido amor, la amistad, el cariño paterno... Lo más hermoso de la vida es aquello que no tiene un valor económico.

Max hace una pausa, agacha la cabeza y me hace partícipe de su debilidad. Con mi dedo levanto su mentón, le muestro mi apoyo con una leve sonrisa y una caricia en su mejilla derecha. Él consigue la fuerza que necesitaba para proseguir con la historia.

—Me encerré en mí mismo, pero ni siquiera yo me entendía, mi cabeza era

algo demasiado confuso y delirante, me odiaba. Con dieciséis años quise acabar con mi vida cortándome las venas, pero no funcionó. Lo que conseguí a cambio fue que me internasen en un centro que lo empeoraría todo, allí intenté hacerlo de nuevo, pero tampoco funcionó y me rendí. Era tan inútil que no era capaz ni de acabar con mi vida.

—Max... —digo con dolor ante la crueldad de sus palabras.

—Cuando pude volver a casa y cumplí los diecisiete años, me saqué el carnet de moto. Me pasaba el día jugando con la velocidad, quebrantando todos los límites posibles, era mi única liberación, los únicos momentos del día durante los que no pensaba en nada. Ironías de la vida, fue la moto la que casi acaba con mi vida. Tuve un accidente gravísimo en el que, solo por mi culpa, acabé con la vida de un matrimonio que no estaba quebrantando ninguna norma de circulación. Y también acabé con mis piernas.

Algunas lágrimas comienzan a rodar por sus mejillas, pero Max quiere acabar de una vez y continúa con la dura historia.

—No podía sentirme más desgraciado, pasé un año entero en una silla de ruedas, pero la verdadera carga me acompañaría el resto de mi vida: puse fin a dos vidas, dos vidas inocentes, Mía. Han pasado tres años y aún lo recuerdo cada mañana al despertarme, aún veo sus rostros en el espejo cada vez que me veo en él. Entonces entendí que el verdadero castigo no era la muerte, sino vivir con este pesar el resto de mi vida.

Max no aguanta más y sus escasas lágrimas se convierten en un mar, en un llanto sonoro y lleno de odio hacia sí mismo. Lo abrazo con fuerza presionando su cara contra mi pecho, consolándolo lo mejor que puedo. Poco a poco, las lágrimas dejan de aflorar de sus ojos, y él deja de respirar tan bruscamente y se queda casi dormido, como un niño pequeño. Aprovecho su relajación para empezar con mi historia.

—Ya sabes todos mis problemas familiares, pero solo Lucas conoce el

mayor de mis problemas. Era muy joven y comencé una relación con un chico maravilloso... Todo era perfecto hasta que descubrí su verdadera cara. Le abrí tanto mi corazón, que una vez dentro lo destrozó. No me dejaba salir de casa, me tenía encerrada bajo llave en una habitación. Suena surrealista, por eso cuando lo vives, no sabes qué hacer. Un día intenté escapar por la ventana, pero él descubrió mis planes de fuga y me pegó una paliza brutal. Acabé con todo el cuerpo cubierto de moratones, escupí sangre por la boca durante toda una semana y me privó de comida durante dos a modo de castigo. Me advirtió de que la próxima vez que intentase algo, me mataría. Lucas era el mejor amigo de ambos y era la única persona que entraba en nuestra casa, pero como tenía tan presentes las amenazas de mi novio, no sabía cómo pedirle ayuda. Cualquier gesto que hiciese, cualquier palabra que pronunciase significaría mi muerte. Un día tuve el valor de meter en el abrigo del bolsillo de Lucas una carta que lo explicaba todo, él la llevó a la policía y ahí terminó todo.

No le he dado ningún detalle, ni siquiera le he contado ninguna de sus muchas humillaciones y agresiones. La historia está tan resumida que quizá ni siquiera la entienda, pero no puedo profundizar más en la herida.

—¿Cuánto tiempo estuviste encerrada?

—La relación duró un año, pero el encierro se prolongó durante cinco meses. Desde él no he vuelto a estar con nadie, en ningún sentido. Solo con Lucas. Ningún amigo, ninguna amiga, ningún familiar, ninguna pareja... Tenía tanto miedo a sociabilizarme, a que volviese a toparme con alguien así...

Ahora soy yo la que comienza a llorar, tal vez al darme cuenta de lo mucho que ese cabrón me quitó, del trauma que me dejó hasta el fin de mis días. Max se incorpora y besa cada una de mis lágrimas, para luego, con sus mojados labios, darme un beso.

—Todo va a ir bien —asegura tomando mi cara entre sus manos.
—Todo va a ir bien —repito tomando la suya entre las mías.

Quinta semana





Ayer me deshice de una de las cargas más grandes que llevaba a mi espalda. Perdí mi miedo a recordar el pasado, perdí mi miedo a mostrar mis debilidades y comprendí que mi pasado, quiera o no, me acompañará siempre, así que lo mejor es aprender a vivir con él.

—Espera, espera, espera... ¿Le contaste eso y no lo de tu trabajo? — pregunta Lucas incrédulo, mientras moja su tostada en el café.

—Mmm, sí —contesto intentando dar por normal mi decisión.

—Tía, no hay quien te entienda.

—¿Por qué? —pregunto entre risas, viendo su cara de indignación total.

—Joder, ¡es mucho más difícil hablar de tu trauma que de tu trabajo, Mía! Pensaba que ayer habías llegado a la conclusión acertada.

—Y llegué, tranquilo, pienso contárselo a lo largo de esta semana.

—¿Segura?

—Segurísima.

No, en verdad, no estoy tan segura. De hecho, dudo que reúna el valor necesario para hacerlo. Me imagino su cara de decepción, su desprecio... Sería como volver al Max arisco de la primera semana, y no quiero pasar por eso de nuevo. No después de todo lo que hemos conseguido. Pienso en renunciar a lo que tenemos y se me hace una montaña enorme que bloquea la

vista de nuestro mar, de nuestro banco, de nosotros.

—No lo tengo yo tan claro... —comenta desconfiando de mis palabras.

Yo me encojo de hombros y voy hacia el fregadero, para lavar todos los platos que hemos ido acumulando. Aunque me haya quitado un gran peso de encima, no estoy totalmente liberada. No quiero contarle a Max la verdad sobre cómo llegué a su vida, pero tampoco quiero callarlo para siempre. No quiero empezar una relación sobre una mentira. Sé que tengo que decirlo. Y al mismo tiempo, el miedo a que Max se entere de mi trabajo antes de tiempo me atemoriza demasiado.

De pronto, el sonido del timbre me sobresalta y dejo caer uno de los platos. Por suerte cae en el agua espumosa y no se hace añicos.

—¡Es para mí! —anuncia Lucas a mis espaldas. Yo prosigo con los tenedores y las cucharas. No sé qué ocurre detrás de mí, pero oigo unas ruedas que se deslizan por el suelo de la cocina, así que me giro algo extrañada. No entiendo lo que sucede ante mis ojos: Lucas se aproxima arrastrando mi maleta favorita.

—¿Qué haces? —pregunto demasiado extrañada.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Lucas pone mi mano sobre el asa de la maleta y me empuja con ella hacia la puerta, la abre y me mete dentro del ascensor no sin antes pulsar el 0 para que pare en la planta que da a la calle.

—¡Lucas, no entiendo nada! ¡Estoy en pijama!

En apenas un minuto, me encuentro sola, con mi pijama de ositos, con las manos mojadas y con una maleta al lado bajando en ascensor.

—¡Te quiero! ¡Confía en mí! —grita para que pueda oírlo.

Cuando las puertas se abren, estoy demasiado aturdida y tardo unos segundos en salir hacia el vestíbulo del bloque. Miro a mi alrededor y no encuentro nada ni a nadie, así que camino lentamente, con algo de tensión,

hacia el portal. Abro la puerta muy lentamente, asomando la cabeza, como si tras ella fuese a encontrar un león dispuesto a devorarme.

Sin embargo, mis ojos solo consiguen ver a Max, apoyado en un taxi.

—¡Vamos! —me insta, riéndose al ver mi expresión de miedo.

Salgo sin entender absolutamente nada, muy desconcertada, mis pasos son inseguros y mi sonrisa tiembla revelando mis incontrolados nervios.

—No entiendo nada —confieso acercándome al vehículo.

—Tranquila —responde besándome—. Todo va a ir bien, ¿no?

Asiento sonriendo, mucho más tranquila tras oírlo.

—Todo va a ir bien.

Ambos nos subimos al coche y este acelera. Yo no puedo dejar de mirar a Max, dicen que los ojos son el reflejo del alma y en su caso es totalmente cierto. Esos ojos profundos antes solo me contagiaban tristeza y dolor, pero ahora me sumerjo en ellos y me lleno de alegría y emoción. Es como si pudiera ver a través de él, como si abriera una puerta hacia sus pensamientos y sentimientos más profundos, y nada de lo que ahí veo me asustara... Es como entrar, por fin, en casa, después de un viaje largo. Él también me mira, y es hermoso ver que ninguno de los dos aparta la mirada, que no nos sentimos incómodos haciendo algo tan íntimo como comernos con los ojos.

—¿Adónde vamos? —pregunto cuando ya no aguanto más la curiosidad.

—¡Es una sorpresa, Mía!

Me encantan las sorpresas y no la quiero estropear, así que me muerdo el labio para contener las ganas que tengo de descubrir qué hay detrás de todo esto. En media hora, el taxi se para y nos deja en el aeropuerto de la ciudad.

—¿En avión? —digo sin acabar de creérmelo—. ¡Nunca he ido en avión!

—Siempre hay una primera vez. ¡Vamos, que ya están embarcando!

Ambos corremos y pasamos los controles de seguridad lo más rápido que podemos, aunque por los nervios de este plan tan inesperado se me caen las

cosas más de una vez. Max se ríe de mi torpeza y cuando por fin estamos a punto de llegar a la puerta de embarque, se detiene para taparme los ojos con una cinta.

—¿En serio? ¡Dios, me estás poniendo muy nerviosa!

—Cuando entremos en el avión te la quitaré —me informa besándome en la frente.

Después de alojar las maletas en la cabina, nos sentamos y Max me devuelve la vista. Lo primero que contemplo es su sonrisa pícar... ¡Le encanta que su sorpresa haya salido bien y que yo no tenga ni idea de nada! Me tiende un paquete.

—¿Vas a seguir así mucho tiempo? —pregunto entre risas al ver que no para de mirarme con esa sonrisa, intentando fastidiarme—. ¿Qué es esto? ¿Adónde vamos?

—Solo las tres horas que dura el viaje... Decirte esto es darte ya una pista. Y eso es una muda de ropa, no querrás aterrizar en pijama.

—¡Vamos al extranjero! Dios mío, nunca he salido de España...

—Te va a encantar —afirma agarrando mi mano.

El avión empieza a acelerar por la pista, mis nervios no paran de aumentar. De pronto, el primer par de ruedas se despegan del suelo y el morro comienza a apuntar hacia el cielo. Aunque en realidad yo ya estoy en las nubes. Aprieto la mano de Max con fuerza y cierro los ojos con una sonrisa que muestra mis dientes, también apretados. No puedo disimular lo nerviosa que estoy. Las nubes comienzan a envolver las ventanas, toda mi ciudad se ve pequeñita, las casas se vuelven puntos en la inmensidad. Veo el mar a lo lejos. Nos acompaña también ahora. ¡Qué bello es mi hogar desde las alturas, y qué hermoso es el cielo también, pintado de un azul intenso mezclado con un violeta muy tenue! Me encantaría tocar las nubes, su apariencia es tan esponjosa y delicada... Sería increíble poder sumergirme en ellas, que

cubriesen todo mi cuerpo y me absorbiesen.

Cuando ya estoy más tranquila y el avión se ha estabilizado, suelto la mano de Max y apoyo mi cabeza sobre su hombro. Me muero de sueño y seguramente me quede dormida, pero antes, debo decirle algo.

—Max, me siento algo mal al ver todo lo que estás haciendo por mí.

—¿Acaso tú no hiciste mil cosas antes sin esperar nada a cambio?

Su pregunta me hace sentir muy culpable, siento una punzada en lo más hondo del corazón, el secreto que guardo no deja de atormentarme... Es como una espina que cada vez se va clavando más y más, extraerla me despojaría del dolor, pero me desangraría de pena...

—Sí... Pero esto va más allá, es un viaje Max, yo nunca podría regalarte esto —replico pensando en el dinero que ha tenido que gastarse.

—Esto también es un regalo para mí, verte feliz, devolverte lo que tú me has dado... Puede que esto cueste dinero, pero lo que tú has hecho por mí no hay dinero que lo pague.

En realidad, sí lo hay. El dinero que me han pagado sus padres por encargarme de su caso. Ese dinero que no he cobrado todavía y que no pienso cobrar. Ni por todo el oro del mundo cambiaría lo que tengo con Max. Quiero decírselo, decirle que lo que siento por él es de verdad, es real, es puro, me ha transformado a mí tanto como lo ha cambiado a él y no tiene nada que ver con cómo empezó todo esto. Me encantaría hacerlo. Me encantaría seguir debatiendo sobre el tema, pero sus palabras, tan bonitas, me han dejado sin argumentos. Y sus ojos mientras lo decía han terminado de convencerme. Max tiene una magia innata para expresarse, sabe lo que tiene que decir en todo momento, parece que siempre tiene un as bajo la manga. Así que decido rendirme y cerrar los ojos.

Me despierta el impacto del avión en la pista al aterrizar. Todos los pasajeros aplauden y yo los imito, sin entender muy bien por qué.

—Aplauden porque el vuelo ha sido perfecto, sin apenas turbulencias — me aclara Max tras ver mi cara de incompreensión—. Están a punto de decir el lugar donde acabamos de aterrizar, ¿preparada?

—¡Claro! —digo ilusionada, frotándome los ojos.

Ambos miramos a la azafata, que se dispone a coger el micrófono, con nervios y mucha intriga.

—Bienvenidos a Roma. La temperatura en el ext...

Me quedo boquiabierta y me vuelvo hacia Max de inmediato. Él se ríe al ver mi careto, lo abrazo como puedo y empiezo a besarle toda la cara, miles de besos en cada centímetro de su piel.

—¡Estás loco! —exclamo dejando de atosigarlo.

—Me vuelves loco —admite guiñándome un ojo.

Desembarcamos por la puerta delantera llevando nuestras maletas a rastras. El aeropuerto es enorme, no puedo dejar de mirar hacia todos los lados: arriba, abajo, derecha, izquierda... Es como estar en otro mundo, en otro universo. Mis oídos se llenan de voces en cientos de idiomas. Quiero pararme y recoger cada detalle que veo, quiero que este momento previo de excitación perdure para siempre en mi memoria.

Max va hacia la parada de taxis, parece que se sabe el camino de memoria.

—¿Has estado aquí alguna vez? —pregunto cuestionando la seguridad que muestran sus pasos.

—Sí, Italia es mi país favorito de Europa.

—¿Has viajado por toda Europa? —inquiero con fascinación e incredulidad.

—Sí —responde con tranquilidad mientras alza la mano para llamar la atención del taxista.

Este baja y muy amablemente nos abre el maletero para que metamos nuestro equipaje.

—*Buongiorno, signore* —saluda Max con un acento perfecto. Max se pega a la oreja del conductor y prosigue la conversación entre susurros.

—Max, puedes hablar normal, no lo entenderé de todas formas —le comento riéndome ante su profesionalidad a la hora de ocultarme información.

—*Signorina, lei vivrà un sogno nella nostra Italia!* —exclama el taxista.

Max me lo traduce y yo no puedo parar de reír, hasta me duelen las mejillas. Es un dolor tan bonito... Me duele ser tan feliz. Hace unos días aposté por Max con muchísimo miedo y ahora sé que, pase lo que pase, esa apuesta habrá merecido la pena. Yo lo he curado, pero también él me ha curado a mí: nos hemos ayudado mutuamente, y no hay nada más bonito que dar para después recibir, sin ni siquiera tener que pedirlo.

Tengo la nariz pegada a la ventana, no puedo dejar de contemplar las calles por las que va circulando el taxi, es como estar dentro de una película. Es como si ya conociera la ciudad y al mismo tiempo es todo nuevo para mí. El sol lo ilumina todo con una calidez que embadurna el día de naranjas y amarillos, la gente que pasea por las calles parece tan feliz que te contagian sus ganas de vivir. Quiero tomarme un capuchino con cada uno de ellos, quiero pararme y que me cuenten qué tal ha ido su día. Después de circular por varias calles más, el taxista se para.

Max paga el trayecto y bajamos.

Estamos ante la fachada de un hotel majestuoso, jamás en mi vida había visto tanta grandeza y sofisticación. Él entra y me coge de la mano para que lo siga, y yo le agradezco el gesto porque estoy tan anonadada que no puedo caminar por mí sola.

Una vez pasamos por recepción para registrarnos, llamamos al ascensor para subir a donde está nuestra habitación, la 808, en la octava planta. Cuando las puertas se abren y ambos entramos en el cubículo, me quedo

mirando el espejo. Hacemos una pareja bastante curiosa, ambos somos muy alternativos, diferentes, llamativos... Los dos somos muy raritos. Una vez ya ante la puerta de la habitación, Max la abre con su tarjeta y pasa con total normalidad al interior.

—¡Dios mío, es impresionante!

Sí, nuestras reacciones son muy diferentes. Yo no doy crédito a lo que mis ojos están viendo. Un cuarto de baño de mármol con una bañera enorme con hidromasaje, un vestidor, una cama de más de dos metros, unas vistas impresionantes a Roma, una decoración elegantísima...

Max parece muy satisfecho al verme tan feliz, me abraza y nos dejamos caer en la cama, entre risas. Él se levanta, va hacia la puerta del balcón y me tiende la mano. Veo su silueta recortada y, a lo lejos, la cúpula del Vaticano. Siento que alguien tiene que pellizcarme o no me voy a creer que nada de esto sea verdad. Me levanto de la cama y me acerco hacia su mano tendida. Max saca algo doblado de su bolsillo y me lo tiende. Cuando estoy a punto de cogerlo de su mano, la retira rápidamente y se la pone a la espalda, ocultando lo que sea que quería enseñarme. Lo miro con curiosidad y me señala su mejilla, indicándome que le dé un beso si quiero conseguir lo que esconde. Lo hago con todas las ganas del mundo y por fin me lo muestra: un mapa de la ciudad.

—Esto es todo lo que veremos hoy y mañana. ¿Preparada? —pregunta señalándome las decenas de cruces rojas que pueblan el mapa.



Tras descansar unos minutos del viaje, salimos del hotel con ganas de comernos el mundo. Max está guapísimo: lleva una camisa blanca algo abierta por la que asoma su collar habitual, unos chinos de color beige y unas deportivas, que hacen el look más informal, más suyo.

Yo me quité al fin el pijama y me vestí con la ropa que Max me dio en el avión. Nada más verla, me enamoré de cada prenda. La observadora de los dos soy yo, de acuerdo, pero hay que reconocer que viendo el conjunto parecía que Max hubiera estado tomando apuntes sobre mis gustos, pues había acertado de pleno. Un vestido muy corto, ceñido de cuerpo y con una falda con vuelo, de color rojo con topos blancos, muy pequeñitos y discretos, lo que le da a la tela el aspecto de plumeti. El vestido se complementaba con unos zapatos de tacón no muy alto del mismo color de este, que me entregó dentro de una funda de tela, y un pequeño pañuelo para anudarlo al cuello. Era un conjunto divertido, pero al mismo tiempo tenía un punto sofisticado... Me gusta pensar que así es exactamente cómo Max me imagina. Además, todo era de mi talla, por lo que me huelo que le habrá preguntado a Lucas...

—¿Dónde vamos a comer? —pregunto al ser consciente de que ya son las tres de la tarde.

—¿Te acuerdas de aquella pizza que tomamos antes del concierto?

—¡Claro!

—Pues ahora vamos a tomar una auténtica pizza italiana.

—¡Tomaaaa!

Cuando caminamos por las calles romanas, me doy cuenta de que se respira un aroma diferente. Además, hemos tenido la suerte de que el tiempo es perfecto, la presencia constante del sol aporta luminosidad y calidez. Siento como si estuviese paseando por una de esas postales que antaño se enviaban cuando estabas de vacaciones fuera de casa, panorámicas demasiado bonitas para ser verdad. Me encantaría hacer fotos de todo, capturar cada una de mis pisadas, pero las ganas que tengo de disfrutar de la experiencia me impiden coger el móvil. Quiero vivirlo todo con los ojos abiertos, mirándolo sin filtros.

Aunque ahora que lo pienso, mi móvil está en España. ¡Salí de casa sin él! Como iba en pijama cuando bajé no lo llevaba encima, por supuesto, y ahora es la primera vez que caigo en la cuenta. Realmente, la felicidad debe de parecerse mucho a esto: estar en el aquí y el ahora, sin pensar en nada más.

—Hemos llegado —anuncia Max empujando la puerta del establecimiento.

El restaurante es majestuoso, casi tanto como el hotel. Las mesas tienen dos manteles, uno blanco impoluto y, sobre este, uno rojo. Observo nada más entrar que todos los comensales van bien vestidos y también que los camareros son muy serviciales, puesto que se los ve siempre pendientes de que todo vaya bien en cada una de las mesas. Una mujer nos indica el camino hacia la nuestra.

—¿Te gusta?

—Sí, aunque es un poco formal —susurro temerosa de que alguien pueda entenderme.

—Aquí hacen la mejor pizza italiana, y créeme, ¡he probado casi todas las de la ciudad! Ser un adolescente con dinero pero pocos amigos te permite

hacer esas cosas. —Por un momento se oscurece su rostro, como si hubiera recordado algo que no quiere que vuelva a su cabeza, quizá algo de esa época sombría de antes de que lo conociera, quizá algo de cuando tomó esa decisión fatal—. Pero, tranquila, después cenaremos pasta en un lugar muy diferente —dice sonriendo.

Nos sirven la comida nada más pedirla. De hecho, casi podría decirse que he tardado más yo intentando pronunciar bien el plato elegido que lo que han tardado ellos en cocinar nuestras pizzas. Cuando llegan son enormes y con una masa tan tan fina que al levantarla se bambolea.

—Así la hacen en Roma, con la masa bien fina —me informa Max como si estuviera leyéndome el pensamiento.

Yo la miro pero no sé bien cómo cogerla. Max se da cuenta y me toma de la mano y me muestra cómo lo hace él: sitúa uno de sus dedos debajo haciendo que la pizza se doble por la mitad, casi como si fuera un burrito, y le da un bocado... ¡a mi trozo!

—¡Eh! ¡Ese es mi trozo! —protesto entre risas.

Max me acerca el pedazo a la boca y la abro impaciente esperando disfrutar del sabor de mi primera auténtica pizza italiana. Por fin llega el momento de probarla y no puedo hacer otra cosa que agradecerle mil y una veces a Max que me haya traído a este sitio.

—¡Dios mío, a partir de hoy mis papilas gustativas no querrán probar nada más que esto! —comento poniendo los ojos en blanco ante el sabroso gusto de mi margarita.

—Te lo dije.

—¿Descubriste este sitio con tus padres?

—Mis padres solo viajan por negocios, jamás los verás disfrutando del ambiente de una ciudad o visitando sus monumentos —me cuenta en un tono despectivo—. Mientras ellos iban de oficina en oficina, yo intentaba ver lo

máximo posible de cada lugar... Me esforzaba por descubrir su cultura, su comida, sus escondites... perderme por sus calles, hablar con su gente... Viajar va más allá de ir a los sitios emblemáticos y hacerse una foto.

—No puedo estar más de acuerdo —convengo—. Yo no he tenido la suerte de experimentarlo, pero siempre he pensado que viajar te transforma... Viajar tiene que cambiar algo en ti.

—Sí, te hace más humano.

En parte, no consigo imaginar cómo Max pudo pasarlo tan mal en el pasado teniendo tantas oportunidades, permitiéndole tantos caprichos, viviendo tan bien... Pero poco a poco lo voy entendiendo. Ha vivido solo toda su vida, sin amigos, sin familia, sin pareja... Y la soledad es uno de los dolores más profundos que las personas pueden sufrir: fuimos creados para vivir en comunidad, para ser escuchados y para escuchar... La marginación es dura, muy dura.

—¿Cuál fue el viaje que más vivencias te aportó?

—Tailandia y Japón, allí es todo tan distinto... El contraste es brutal, parece que estés viviendo en otro mundo.

—¡Yo pensé eso cuando aterrizamos aquí! —reconozco.

—Entonces no me quiero imaginar qué dirás cuando visites esos países —responde entre risas. Y vislumbro en su mirada cómo juega con la posibilidad de que los visitemos juntos algún día.

Dejamos por unos minutos la conversación para terminar de comer y, una vez acabamos, Max deja una generosa propina... A partir de ahora comienza nuestra tarde como turistas.

—Lo primero que quiero que veas es la Capilla Sixtina, por lo que iremos al Vaticano.

—Mi sueño frustrado es no haber estudiado la carrera de Historia del Arte, así que no te puedes hacer una idea de la ilusión que me hace.

—¿En serio? No me lo esperaba.

—¿Qué te esperabas?

—Te veo más como psicóloga o filóloga.

—¿De verdad? —pregunto entre risas. —Sí, por tu elocuencia. Creo que eres capaz de estudiar la mente y la conducta de las personas y también de manejar de forma magistral el vocabulario.

—Puede ser... —digo haciéndome la interesante e intentando evitar que profundice más en este tema—. Pero no hay nada que me guste más que el arte.

—Entonces, esto te dejará sin palabras.

Y de nuevo Max tiene razón. Si ya el conjunto del Vaticano es absolutamente impresionante, la obra maestra de Miguel Ángel, la Capilla Sixtina, te posee por completo. Debajo de esas cubiertas, te sientes la persona más minúscula e insignificante del planeta. No puedo dejar de mirar hacia arriba, contemplando cada detalle de los frescos. Conozco las historias tras las imágenes, conozco por qué esa elección de colores, por qué esa disposición espacial, los pequeños detalles que hacen de lo que estoy contemplando una obra maestra... Una lágrima de emoción se desliza por mi mejilla, jamás pensé que algún día contemplaría esta maravilla.

—Gracias —susurro mirando aún hacia arriba. Max no responde, deja que disfrute el momento sin interponerse.

Estamos más de media hora contemplando la capilla, así que el tiempo para ver lo que nos queda del Vaticano se reduce considerablemente, pero no me importa en absoluto. Aunque él ya ha estado aquí en un par de ocasiones, también disfruta de lo que sus ojos ven: se detiene tanto como yo, aunque no con tanta emoción.

Tras visitar y disfrutar de cada rincón de esa pequeña república que es el Vaticano —entre ellos, obviamente, la plaza de San Pedro— proseguimos

con la siguiente visita.

—Nos vamos al Coliseo.

Como un niño el día de Navidad, me encaramo a su espalda y dejo escapar un pequeño grito de emoción. Me siento como si estuviera rasgando el envoltorio de un enorme regalo, que es Roma, sin apenas disimular los nervios y la excitación que siento. Max me lleva a caballito hasta la parada de taxis, porque me estoy quejando un poco de que queda demasiado lejos y no tenemos apenas tiempo para ir andando. No me gusta tener que ir tan rápido, caminar por estas calles es increíble, pero entiendo que al ser ya las ocho de la tarde no dispongamos de mucho tiempo.

—¡Madre mía! —exclamo nada más verlo por la ventana del coche. Max vuelve a reírse ante mi exagerada reacción.

—Me encanta cuando te comportas como una niña pequeña, se te ve tan emocionada...

Y es que no puedo evitarlo, la emoción de la sorpresa y la sobrecarga de sentimientos ante las maravillas de Roma explotan en mi interior y me desbordan.

Pasamos dos horas visitando, con la ayuda de un guía privado, las ruinas que quedan de lo que en su día fue un grandioso anfiteatro. Lo que siento tras la visita es extraño: obviamente el lugar me impresiona, pero se me hace duro estar en un sitio donde murió tanta gente, donde tantas personas lucharon a muerte, donde tanta sangre se derramó. La especie humana tiene un pasado tan extenso y desastroso... Hemos llevado a cabo avances impresionantes, pero también cometimos errores nefastos. ¿Nos merecemos haber llegado a donde estamos? ¿Nos merecemos ser la especie que domina el mundo? Nosotros mismos estamos acabando con el planeta que nos dio la vida. ¿De verdad merecemos poseer toda la fuerza que nos ha sido concedida?

—¿Qué piensas? —pregunta Max al verme tan callada. Nos dirigimos al

restaurante donde cenaremos; en esta ocasión vamos a pie, ya que no hay prisa.

—Nada —contesto. Mi cabeza es como un cuadro de Pollock, a veces se complica demasiado y no hay forma de explicar lo que desarrollo en ella.

Max respeta mi respuesta y continuamos en silencio. Estos momentos también deben apreciarse: el poder compartir silencios con una persona sin que estos sean incómodos denota la confianza y la fuerza de la relación.

—Antes de cenar tenemos que hacer una cosa.

—Sorpréndeme —digo con una sonrisa pícaro.

Max me coge la mano, la abre y sobre mi palma deja una moneda. Después, con un movimiento de la cabeza, me indica que siga caminando. Al doblar la esquina de la calle, descubro que estamos ante la Fontana di Trevi.

—Nunca la había visto iluminada —confiesa Max contemplando cómo el agua de la fuente brilla al ser alumbrada por unas fuertes luces. Su comentario me hace muchísima ilusión, saber que estaré a su lado cuando vea algo por primera vez.

—¿Tú no vas a tirar una moneda? —pregunto al ver sus manos vacías.

—Se dice que si tiras una moneda, volverás a Roma. Si tiras dos, encontrarás el amor en un italiano o en una italiana. Y si tiras tres, te casarás con esa persona que encuentres. Quiero que tires una tú, para asegurarme de que volverás a este sitio.

—Volveré contigo —sentencio dándole un beso lento lleno de fuerza.

Después, me pongo de espaldas y lanzo la moneda a las iluminadas aguas.

—Y ahora vamos a cenar, que me muero de hambre.

Mi respuesta es una gran carcajada. Lo agarro de la mano y dejo que me conduzca hacia donde cenaremos. Me sorprende ver lo cerca que se encuentra, apenas doblamos dos calles y ya estamos allí.

Este restaurante es el opuesto al del mediodía. Nada más entrar, veo a un

grupo tocando canciones animadas y a un gran número de comensales bailando alegremente. Las mesas son pequeñas, cubiertas por manteles ridículos, y están muy cerca las unas de las otras. Las sillas, a su vez, son muy viejas. Sin embargo, el ambiente es tal que no cambio por nada del mundo este sitio por el restaurante de la comida. Prefiero este mil veces.

—La mejor pasta del mundo —declara Max mientras nos sentamos. Me encanta que este chico nunca deje de sorprenderme... Está igual de encantado en el lujo como en la sencillez... Se adapta a tantos registros, a tantas maneras distintas de vivir...

Como diría él, hay cosas que el dinero no puede comprar y el ambiente de este sitio es una de ellas.

Cuando llega la pasta, me veo obligada a darle la razón de nuevo. Aunque la presentación del plato es peor que la de Lucas, el sabor es único y te hace llegar a la gloria. Todo está equilibrado: la carne, la salsa... Max ve mi cara de placer absoluto y me dedica una risotada mientras niega con la cabeza: huelgan las palabras.

En apenas unos minutos dejo el plato mondado y lo que más me apetece en el mundo es salir a bailar al son de las canciones que toca ese grupo acompañándose de sus guitarras.

—¡Vamos, Max! —exclamo tirando de él. Él se hace de rogar y un rubor inunda su cara, pero sabe que no puede negarse.

Ambos bailamos pegados, él me hace girar alrededor de su brazo y poco a poco se va soltando más, hasta que acabamos cambiando de pareja, volviendo a reencontrarnos, girando y girando y girando y girando... Por un momento lo pierdo, hay tanta gente bailando que no consigo verlo, pero de repente, noto cómo me abraza por la espalda. Yo me giro para volver a ver su cara.

Toda la velocidad del baile se reduce en nuestro encuentro, salto para engancharme a él y mientras el resto de los bailarines siguen con sus danzas,

nosotros nos dedicamos unos segundos.

Lo beso y él me besa.

Me besa y yo lo beso.

Noto cómo sus manos me agarran con más fuerza y cómo sus labios también se apoyan en los míos con mayor intensidad. De nuevo, enredo mis manos por su pelo... Solo deseo tenerlo más y más cerca.

—¿Nos vamos? —susurro mirándolo con deseo.

—Nos vamos.



Tras correr por todo el entramado de las calles romanas como unos locos suicidas, llegamos por fin a la recepción del hotel. Max presiona el botón del ascensor con fuerza y rapidez, deseando que las puertas se abran de inmediato.

Cuando entramos, soy yo la que pulsa con ansia el botón de la planta ocho. Una vez cerradas las puertas, me abalanzo sobre Max. Él me arrincona contra la pared, besándome el cuello mientras le voy desabrochando la camisa.

Recorremos el pasillo parándonos a cada paso para pegar nuestros cuerpos y jugar con el deseo que ambos sentimos, el deseo que arde en nuestro interior. Max saca la tarjeta que abre nuestra habitación para empujarme dentro de ella y cogerme entre sus brazos con delicadeza. Me deja caer sobre la cama y yo tiro de su camisa para acercarlo a mí.

Desliza sus suaves manos por mis piernas hasta llegar a mi cintura, tirando de mi cuerpo hacia arriba, eliminando cualquier distancia existente entre nosotros. Gimo en su cuello y noto cómo se le eriza el vello, cómo el fuego comienza a salir por cada poro de su piel. Alzo las manos para que me libere del vestido y él me lo arrebató. Yo, por mi parte, tiro su camisa al suelo y me afano en desabrochar su pantalón, Max hace lo mismo con mi sujetador y sube sus manos tocando cada centímetro de mi piel.

De pronto, toda la pasión desmedida deja paso a la parsimonia y a la tranquilidad.

A los besos dulces y románticos.

Max se detiene y me mira con intensidad, en mis ojos encuentra una respuesta nerviosa que no comprende su cambio de actitud.

—Te amo —susurra acariciando mi cara, dejando sus dedos apoyados en mis labios.

—Y yo —respondo con seguridad.

Una pequeña lágrima, casi invisible, cae por su mejilla. Se siente amado, correspondido.

Termino de desnudarlo con paciencia y cariño, sin prisas. Nos abrazamos escondidos entre las sábanas y siento cómo nuestros cuerpos encajan a la perfección, nacidos para estar juntos. Noto su calor y él nota el mío... nuestra energía hace que comiencen a saltar chispas. La pasión parece excesiva incluso para una cama de semejantes dimensiones. Max me mira y yo asiento.

La luz solar comienza a entrar dosificada entre las cortinas y me despierta. Sus brazos siguen rodeándome, abrazando todos los miedos e inseguridades que ya he dejado atrás, pero que siempre formarán parte de mí.

Me giro para ver si él sigue dormido. Su expresión es adorable: tiene los ojos cerrados, está terriblemente despeinado y respira por la boca entreabierta. Sus gafas descansan apoyadas en la mesilla. Max tiene un atractivo muy peculiar, podría estar horas contemplando cada detalle de su rostro y seguiría encontrando algo nuevo: sus pecas, sus lunares, esas pequeñas cicatrices... Me pregunto cómo una persona tan profunda e interesante pudo acabar con alguien como Zulema.

¿Con cuántas chicas habrá estado? El pensar que antes de mí lo habrán acompañado otros cuerpos hace que me sienta una más... Me duele pensarlo, porque en cierto modo todavía no tengo ninguna certeza de ser la especial, de ser ese amor único y diferente a todos.

Suena apresurado, pero algo que nunca antes sentí se despierta en mí cuando lo veo, cuando lo reconozco. Él me hace sentir especial, y eso es lo importante.

—¿Qué piensas? —me pregunta abriendo los ojos, viendo que estoy observándolo. Esta vez decido compartir mis pensamientos.

—Pienso en lo rápido que vamos.

—¿Quieres que vayamos más despacio? —me interroga algo preocupado.

—No, estoy cómoda contigo. Pero no consigo entender cómo todo ha conseguido fluir tan bien... No sé cómo te puedo querer tanto en tan poco tiempo.

—¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque éramos dos jodidos desastres a los que nadie quería, a los que nadie comprendía. Actuamos como polillas al ver una fuente de luz, pero en vez de luz, vimos esperanza.

Sonrío y le doy un beso en la frente.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días —contesta abrazándome con tanta fuerza que tengo que decirle, entre risas, que me suelte.

Después de remolonear entre las sábanas unos cuantos minutos más, conseguimos deshacernos de ellas y comenzar un nuevo día, el último en esta ciudad.

—El vuelo sale a las seis. Siento que el viaje haya sido tan corto, pero me parecía divertido aventurarnos rápida y efímeramente —comenta mientras se

viste.

—Ha sido la mejor experiencia de mi vida.

—¡No sabes cuánto me alegro, de verdad!

—¿Visitaremos algo más?

—Sí, comeremos en la plaza de España, Piazza di Spagna, y te enseñaré una última cosa.

—¿Sigues jugando con la intriga? —pregunto con una sonrisa pícara.

—Ajá —responde cerrando los ojos y asintiendo con chulería.

—Te odio —afirmo tirándole la almohada.

Max se abalanza sobre mí y empieza a hacerme cosquillas. Yo no puedo parar de reír e intento librarme de él dándole pataditas. Después de una divertida agonía, me libera.

—Vamos, vístete —me insta dándome un suave cachete.

Le hago caso y abro la maleta para descubrir qué ha metido Lucas en ella. Me sorprende encontrar cinco conjuntos diferentes, supongo que querría darme la opción de elegir. Escojo una falda vaquera con una camisa blanca muy holgada. Me lavo los dientes, recojo mi pelo en una coleta y me ato las Converse.

—Ya estoy lista.

—Vamos —dice mientras coge mi mano y salimos de la habitación.

Caminamos hacia la plaza que visitaremos hoy y aprovechamos para desayunar en una de las cafeterías de la plaza de España. Al llegar a la plaza me quedo sin palabras: nunca había escuchado hablar de este lugar, pero es espectacular. Aunque está atiborrada de turistas y esto le quita parte de su encanto, tiene una escalinata enorme, unas escaleras sin fin que llevan a una iglesia preciosa.

Max pide un café solo y yo un vaso de leche con dos azucarillos. El camarero nos lo trae todo acompañado de mucha bollería.

—¿No te gustaría vivir aquí? —pregunto cada vez más enamorada del ambiente romano.

—No demasiado, me gusta mucho nuestra ciudad.

—A mí también, pero...

—¿Pero...?

—No sé, a veces siento que es tan monótono... Y no solo eso, sino que muchos lugares me recuerdan momentos que prefiero olvidar. Es como vivir dentro de una botella de cristal.

—Cuando tienes la oportunidad de viajar, tener un lugar al que volver es lo mejor, tener un hogar. No cambio mi hogar por nada.

Remuevo mi leche pensando en lo que ha dicho. En parte, tiene razón: él ha salido tanto de su hogar que es normal que no acabe aburrido de su ciudad. Tras conversar sobre nuestras vidas y cumplir el objetivo de subir las ciento treinta y cinco escaleras, Max dirige nuestro rumbo hasta su última sorpresa.

—Aquí está.

Delante de nosotros se alza una escultura muy extraña, es una gran figura de mármol con una cara un tanto tenebrosa y la boca muy abierta. Miro a Max extrañada, buscando una explicación.

—La Boca de la Verdad. Según la leyenda, si un embustero mete ahí la mano —me explica señalando el agujero que la enorme máscara tiene como boca— se quedará sin ella.

—Qué terrorífico.

—Atrévete —dice retándome.

Decidida a hacerlo, aproximo mi mano lentamente hacia el agujero. Sé que tan solo es una leyenda, que mi mano se introducirá en esa horripilante boca y que saldrá intacta. Sin embargo, el remordimiento que siento por estar engañando a Max hace que, en el fondo, tenga cierto recelo.

Retiro mi mano con rapidez y sonrío de forma muy nerviosa.

—Hazlo tú primero.

Max acerca su mano, lentamente, y la mete todo lo que puede. Me mira haciéndome ver que no ocurre nada, seguro de sí mismo.

—Te quiero —confiesa mirándome.

Pero, de pronto, emite un grito de dolor, un grito ensordecedor que me asusta y hace que yo también me ponga a gritar. Mi cara tras el susto hace que Max no pueda parar de reír.

—¡Estúpido! —exclamo cayendo en la cuenta de que me ha tomado el pelo. Lo pego suavemente en el brazo y mientras las risas se van calmando, Max agarra mis manos buscando mi atención.

—Solo quería que estuvieses segura de que lo que siento por ti... Aunque todo haya pasado tan rápido, es real.

De todo el viaje, esa frase fue la más importante. Estar segura, por fin, de que este pequeño «nosotros» es real me reconforta y me da esa seguridad que me faltaba para sincerarme del todo con él. Ahora sé que, aunque será difícil de comprender y puede que al principio se enfade, lo entenderá. Me gustaría decírselo ahora mismo, decirle la verdad frente a La Boca de la Verdad de mármol que todo lo sabe y que debe de estar sintiendo la mentira que llevo dentro y que no debería guardar más. Después de lo que Max acaba de decirme, después de los días que hemos vivido juntos, sé que lo entenderá.

Entenderá este gran secreto que llevo ocultando desde que nos conocimos. Y, sin embargo, el miedo me paraliza.

La tarde pasó volando, y volando volvimos a España. Cuando aterrizamos en nuestra querida ciudad, el cansancio se hace notar. El aeropuerto queda relativamente lejos de nuestras casas, así que paramos un taxi para llegar lo antes posible.

En el asiento trasero del vehículo vamos pegados, con nuestras manos enlazadas y deseando que este sueño no termine nunca. Max, que no ha

cogido el móvil en todo el viaje más que para hacer alguna foto, se entretiene viendo los mensajes que se le han ido acumulando.

Yo no aguanto más y decido cerrar los ojos para intentar descansar un poco, pero, de pronto, Max suelta mi mano con desprecio.

—¿Max? —pregunto ante ese gesto tan fuera de lugar. Entonces lo miro y sé que algo no va bien. Sus ojos, que muestran una frialdad y un odio incalculables, comienzan a llenarse de lágrimas. Tiene las cejas alzadas y los labios muy apretados.

—¡Pare aquí, por favor! —le pide al taxista intentando mantener la compostura. El hombre lo obedece y estaciona el coche a un lado de la carretera.

—¿Max? —pregunto cada vez más nerviosa, sin entender absolutamente nada de lo que está pasando.

Él ignora mi preocupación y se baja del taxi para abrir el maletero y sacar su equipaje.

—¡Max, por favor, no entiendo nada! —exclamo llorando.

Antes de cerrar el maletero, me mira con una rabia incontrolada, con una expresión que no seré capaz de olvidar en la vida.

—No sé cómo pude creerte, cómo pude confiar en ti. Eres una mierda de persona en este mundo de gilipollas. ¡UNA MIERDA MÁS!

Octava semana





Ha pasado un mes.

Un mes en que no he sabido absolutamente nada de él.

Durante esta treintena de días, no he dejado de visitar su casa, pero Max nunca abrió la puerta. Nada más despertarme marcaba su número deseando que, al otro lado de la línea, descolgase. Pero eso nunca pasó.

Tan solo pude hablar con sus padres, a los que les expliqué todo lo sucedido. Parecieron comprenderlo e insistieron en pagarme, por lo menos, los gastos que había ocasionado estar tan pendiente de Max. Me negué en redondo a aceptar ni un solo billete. Les pregunté por su hijo numerosas veces, pero su contestación siempre era la misma: «Está bien».

¿Cómo iba a estar bien después de descubrir lo mucho que le mentí, lo engañado que estaba?

Después de ese odioso viaje en taxi, llegué a mi casa sin saber qué debía hacer. El ruido de mi corazón, latiendo tan rápido y descontrolado bajo mi pecho, desordenaba mis pensamientos. Ese dichoso día no podía ir peor, hasta que el teléfono fijo interrumpió mis pulsaciones.

—Solo quiero que sepas que fui yo.

Era su voz, no podía ser de ninguna otra persona.

Esa voz fría y profunda, la voz de la maldad.

Era Zulema.

—Jódete —me soltó con satisfacción antes de colgar.

Sus palabras me hicieron tanto daño... Hurgaron en una herida que acababa de ser abierta, haciéndola mucho más profunda.

Pensar que Max se había enterado de la farsa me hundió. Pero saber que fue Zulema la que le abrió los ojos terminó por ahogarme.

A día de hoy, un mes después, todavía no sé a ciencia cierta cómo se lo contó a Max, pero supongo que aquel día, cuando entró en el piso para destrozarlo todo, encontraría mi carpeta. ¡Ingenua de mí! Pensé que dado que estaba en el mismo sitio no la habría visto, pero Zulema tiene una inteligencia para el mal desmedida y sabía que no podía llevársela sin que yo me enterase. Así que lo más seguro es que le hiciese fotos. Ella esperó el mejor momento para destrozarlo todo, esperó pacientemente a que llegásemos al clímax para devolvernos al fondo.

¿Y qué gana ella con esto? Nada.

No entiendo cómo todavía hay personas que disfrutan haciendo el mal. ¿Por qué herir a alguien? ¿Qué se consigue a cambio? Imagino que destrozar a alguien les hará sentirse más fuertes, más poderosos.

Zulema actuó movida por el rencor, esa emoción que no nos permite olvidar, nos prohíbe pasar página por mucho que queramos hacerlo. Se sintió tan dañada que solo encontró la paz devolviendo, multiplicado, el dolor que ella sufrió. Estaba cargada de resentimientos que solo le hicieron sentir dolor, que le impidieron seguir su vida sin antes deshacerse de tanto odio volcándolo hacia nosotros.

Estos días han sido una auténtica odisea, pasar de tenerlo todo a quedarte sin nada es un golpe demasiado brusco, demasiado cruel. El amor llega tan rápido como se va, pero lo que no es rápido en absoluto es el olvido: la memoria y los afectos se aferran. No hay día en que me despierte y no piense

en él, no hay noche en que no sueñe con sus ojos mirándome de nuevo. Cada tarde de estos treinta días vivía de la esperanza de oír su voz de nuevo, de verlo volver o de aceptar mi regreso.

Me gustaría gritarle: «¡Vuelve o déjame volver!».

Pero ni siquiera eso puedo hacer, ya no tengo recursos para saber de su existencia, solo me queda un vacío que no sé con qué debo llenar.

La tristeza y la angustia me hicieron tomar decisiones demasiado apresuradas, pero de las que no me arrepiento. Me decidí a presentar una solicitud para estudiar los primeros cursos de una carrera en el extranjero. Mañana cogeré un vuelo a Bélgica, país en el que pasaré algunos meses. Allí intentaré rehacer mi vida, buscaré un trabajo digno e intentaré sociabilizar, ser yo misma como lo era con Max.

Lucas no se ha tomado muy bien esta decisión, cree que no estoy lo suficientemente preparada como para independizarme del todo y estar tan lejos de mi zona de confort. Además, mi plan de pasar allí un mínimo de seis meses acabará con gran parte de mis ahorros y él sabe que yo dependo mucho de ellos, no puedo permitirme depende de qué decisiones sin pensar.

Sin embargo, sé que es lo que necesito: una oportunidad de cambiar, de volver a ser la persona que se oculta dentro de mí.

Mi contrato con Max acabaría justo hoy, cumplidas las ocho semanas, los dos meses. La felicidad que me dio fue pura magia, pero las penas provocadas por su ausencia duelen como puñaladas directas al corazón. ¿Mereció la pena?

Sin lugar a dudas.

Pasamos momentos negativos, el principio fue un desastre y el final lo fue todavía más, pero todo lo malo merece la pena a cambio de tan solo una de sus sonrisas sinceras, una de nuestras conversaciones, uno de esos momentos únicos que compartimos.

Lo bueno siempre pesa más, pesa el doble. Y con Max, todos los momentos buenos eran como tocar el cielo, como estar sumergida entre nubes.

Y ojalá no me hubiese equivocado, ojalá se lo hubiese dicho ante esa máscara de piedra que nos miraba en busca de la verdad. Pero no lo hice, y aunque no me quedé sin mano, me quedé sin corazón.

No puedo cambiar el pasado... Intenté enmendar mi error, pero la vida me arrollará en su incesante discurrir como siga intentándolo. No pude recuperarlo, pero aún puedo recuperarme a mí misma.



Mi vuelo hacia Bélgica sale a las nueve de la noche... Estoy preparada para emprender esta aventura en el extranjero y, además, me he preparado a conciencia: he estudiado incluso la red del metro de Bruselas para saber cuál es el trayecto que tengo que hacer para llegar a mi nuevo hogar. En realidad, ha venido bien memorizar líneas de metro y trayectos para distraerme. Todo está bajo control.

—¿Has preparado ya la maleta? —pregunta Lucas muy nervioso, todavía sigue sin creerse que la decisión sea real.

—Claro.

—No lleves solo ropa de verano, acabará haciendo frío —dice revisando todo lo que he metido en ella.

—Ya lo sé, Lucas.

—¿Llevas dinero en metálico?

—Sííí.

—¿Cargador, cepillo de dientes, calcetines? Siempre te olvidas los calcetines.

—Lucas, relájate ya, lo he comprobado todo... —respondo intentando calmarlo. Cierro la maleta y lo obligo a dejar de revisar todas mis cosas, pues está segurísimo de que me olvido algo, pero yo sé perfectamente que llevo

todo lo necesario. Entiendo que esté tan acelerado, él siempre ha sido muy sobreprotector conmigo y sabe que se avecina un gran cambio.

Mis palabras se interrumpen cuando su móvil comienza a sonar, y Lucas sale de la habitación para atender la llamada.

—¡Dios mío, era el taxista, ya ha llegado! ¿Seguro que lo tienes todo? — vuelve a insistir al borde de un ataque de nervios.

No puedo evitar reírme un poco al verlo tan preocupado.

—Todo irá bien, te lo prometo —afirmo acariciando su cara con dulzura.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame. Incluso si necesitas que vaya, cogeré el primer avión, ¿vale?

—Vaaale —contesto llevando mi gran y pesadísima maleta hacia la puerta.

—Júramelo.

—Te lo juro.

Nos paramos delante de la puerta, viéndonos y pensando en todo lo que hemos compartido. Tantos momentos, tantas desgracias y tantas alegrías... Lucas es mi única familia, el único amor incondicional, sé que siempre estará a mi lado. Nunca podré agradecerle todo lo que hizo por mí... y lo que sigue haciendo cada día. Su sempiterna compañía me generó una dependencia brutal, su compañía era todo lo que necesitaba para enfrentarme a la vida. Pero esto debe cambiar, tengo que ser capaz de actuar por mí misma, de luchar contra la realidad sola, de enfrentarme sin miedo y sin nadie que me empuje al precipicio que es vivir.

—Esto no es una despedida —aclara señalándome con el dedo, en tono amenazante y divertido.

—Claro que no.

Lo abrazo con muchísima fuerza: Lucas es mi hermano, y puede que no compartamos ADN ni tengamos la misma sangre, pero la familia es mucho más que eso: es la que te apoya siempre, la que te ofrece su hombro para

llorar, pero también la que está dispuesta a que gestiones la manera de enfrentarte al choque con la realidad. Es la que se sacrifica por ti sin esperar nada a cambio, solo deseando tu felicidad, sin reglas ni préstamos ni contratos: es amor puro.

—Te voy a echar mucho de menos —confieso emocionada sin separarme de él.

—Y yo, pequeña... Muchísimo.

—Ahora tendrás la casa para ti solo, cuídala.

—Cuídate tú —dice besándome en la mejilla.

Le devuelvo el beso y salgo, sé que cuanto más larga sea la despedida, más sufriremos. Llamo al ascensor y, cuando llega, sin pensarlo dos veces entro en él y presiono el 0, que me llevará al portal.

Miro por última vez mi edificio, mi hogar, y subo al taxi.

Sé que solo son seis meses, pero todavía me parece surrealista estar haciéndolo, haber tomado esta decisión que jamás habría tenido el valor de emprender hace unos meses. Max me ha destrozado, pero también ha cambiado algo en mí, me ha dado amor propio y confianza en mí misma. ¿Quién acabó siendo el cliente? Creo que en eso consiste el amor, en que ambas partes dan para recibir, en que ambas partes buscan el bien de la otra persona, la correspondencia. Nunca me olvidaré de él, pero la avalancha de sentimientos que me provoca evocarlo irá perdiendo fuerza paulatinamente, hasta que algún día sea solo un recuerdo lejano... Dolerá, pero pasará.

Pego mi nariz a las ventanas, ya no son las calles romanas las que me rodean, sino las que me han visto crecer toda mi vida. Las carreteras por las que *Spring* circuló, las aceras por las que paseé. Cuando vuelva, todo seguirá igual, nada habrá notado mi huida, yo seré la que regrese cambiada.

Esta vez, al llegar al aeropuerto, tengo que facturar la maleta, dado que es demasiado grande como para llevarla en la cabina. Soy de las primeras en

llegar a la puerta de embarque y, en consecuencia, también de las primeras en entrar al avión. Poco a poco, este se va llenando, pero parece que nunca llegará el momento de despegar. Miro a la gente cómo coloca su equipaje de mano en los compartimentos, cómo se acomoda en sus asientos, cómo se ríen los que van en grupo, como se aíslan los que van solos, todos con diferentes expectativas con respecto al viaje. Es como si se movieran a cámara lenta, y yo no veo el momento de que todo esté a punto para partir —equipajes colocados, cinturones de seguridad abrochados...—, despeguemos y dejemos atrás esta ciudad.

Una angustia va apareciendo en mi pecho, quiero que las puertas se cierren ya y que no haya vuelta atrás, tengo miedo de salir corriendo en el último momento. Todos los pasajeros se van sentando, cada vez quedan menos asientos vacíos y, por fin, puedo tranquilizarme cuando la azafata avisa de que se han cerrado las puertas de embarque.

Me he puesto un antifaz para intentar dormir, ojalá pueda ir dormida todo el viaje. La verdad es que empiezo a relajarme: la oscuridad tiene ese efecto en mí. Necesito aliviar el estrés de última hora.

Mientras estoy en ese estado de quietud noto que el asiento que está junto a mí lo ha ocupado una persona, pero no me retiro el antifaz: no me apetece en absoluto tener que saludar a mi compañero de viaje y, menos aún, tener que ir hablando con él. Me acurruco contra la ventana del avión, buscando la postura que me permita caer definitivamente en los brazos de Morfeo.

Noto un leve golpe en mi hombro. No me alarmo, pues supongo que mi compañero querrá algo o puede que le esté molestando.

Pero, de repente, él decide hablar:

—Mía —susurra una voz junto a mi oreja. No sé si es real o no, si ya me he quedado dormida y es tan solo una ensoñación o si lo que he escuchado ha pasado de verdad.

Juraría que es la voz de Max, esa voz que jamás confundiría con ninguna otra.

—Mía —vuelve a susurrar.

Me quito el antifaz con una mezcla de miedo e incertidumbre, pero sobre todo con muchísimo nerviosismo.

Y entonces, lo veo.

Sentado junto a mí, mirándome con esos ojos que tanto he echado de menos, con esa media sonrisa que pensé que nunca más volvería a ver. Es Max, a apenas unos centímetros de mi cuerpo.

—Max, ¿qué... qué... qué haces aquí? —Es lo único que acierto a decir tartamudeando

—No sé por dónde empezar... —contesta llevándose las manos a la cabeza. Su euforia es muy notable y mi cara de no entender absolutamente nada, todavía más. Aun así, comienza a hablar.

Lo miro boquiabierta, aún digiriendo y procesando todo lo que acaba de pasar.

—En tan solo un mes conseguiste cambiar mi vida. Conseguiste que volviese a ser esa persona que daba por muerta, me hiciste feliz y me diste muchos motivos para querer vivir. Cuando descubrí la verdad... fue un golpe demasiado duro, pasé de estar en la cima de la felicidad a descender al más terrible de los infiernos. Pensar que lo habías hecho solo por el dinero, que para ti yo era solo un cliente más...

—Max... —intento explicarme, pero él pone uno de sus dedos sobre mi boca y prosigue.

—Hablé con mis padres y me lo explicaron todo, me sentí estafado, tanto por ellos como por ti. Estafado, engañado por las únicas personas que supuestamente me querían de verdad. ¿Sabes lo duro que fue descubrir que todo lo que hacías no era por voluntad propia, que tu plan desde el principio

era cumplir una misión para, inmediatamente después, desaparecer de mi vida y aparecer en la vida de otra persona? Me sentí una puta rata de laboratorio.

A medida que va hablando, su entusiasmo decae. Sus palabras son muy crueles y saber que, en parte, son ciertas, me hace sentir la peor persona del mundo. Puedo notar cómo, mientras va diciendo todo esto, se van abriendo algunas heridas en su interior, cómo él las roza sin querer y despierta todo el dolor de golpe.

—Pensaba que este mes estaría fatal, que sin ti no sería nada... Pero no fue así. Este mes he hecho mil cosas que nunca tuve el valor de hacer, he retomado todas esas aficiones que abandoné, conversé con mis padres y llegué a algunas conclusiones con respecto a la familia, incluso salí de fiesta...

Max hace una pausa para agarrar mi mano con fuerza. Sus ojos se fijan en los míos y, con mucha seguridad, declara:

—Mía, tu trabajo funciona. Y es increíble que aún queden personas como tú que se preocupan por el bien ajeno. Me has hecho feliz, tremendamente feliz. Y eso ningún médico lo puede lograr, ni todo el dinero del mundo lo puede comprar... Solo quería darte las gracias.

No sé cómo entender lo que está diciendo... ¿Ha venido solo a agradecerme mi trabajo? ¿Sigue queriendo estar conmigo? ¿Ya me ha olvidado? Prefiero no decir nada, esperar a que siga hablando y ver si mis dudas se ven resueltas, pero mientras aguardo me muero por dentro.

—El odio que sentí al bajarme del taxi dejó paso a la ira, después llegó la tristeza que dio paso a la comprensión y la comprensión me hizo entenderte. Hace dos semanas llamé a Lucas, quería saber si de verdad yo había sido diferente para ti. Porque, Mía, yo entiendo y respeto tu trabajo, pero pensar que había sido uno más...

—¿Qué te dijo? —pregunto con ansias de saber.

—Todo. Me lo dijo todo —responde con una sonrisa llena de paz y calma —. Me contó tus dudas de la segunda semana, tu intención de dejar tu trabajo tras haber estado conmigo, lo emocionada y enamorada que estabas, lo diferente que él te veía... Y entonces comprendí que yo no fui tu paciente.

—No, Max, no lo fuiste.

—Ambos nos hemos curado, ambos nos hemos ayudado.

—Sí —contesto asintiendo con emoción. No puedo decir nada más: un nudo se apodera de mi garganta y se me nublan los ojos, sus palabras comienzan a hacerme llorar.

—Y eso es lo que hacen las parejas.

El avión comienza a moverse por la pista justo cuando Max suelta mis manos para sacar algo de su mochila. Son unos papeles grisáceos que deja caer sobre mi regazo.

Cuando los despliego descubro que son mis ocho normas.

—Me falta algo para ser feliz del todo. Y según tus normas, tienes ocho días más para conseguirlo.

Ocho semanas antes





—Me llamo Mía, tengo dieciocho años, casi diecinueve. Aunque mi trabajo es muy fácil de entender, sé que los prejuicios están siempre presentes y eso hace que a la mayoría de personas les cueste; sin embargo, tras una breve explicación, lo verán todo más claro.

»No soy una psicóloga, tampoco tengo estudios más allá del bachillerato, quiero que tengan esto siempre presente.

Simplemente, se me da realmente bien intimar con la gente. Consigo que sin apenas conocerme me cuenten su vida, les hago sonreír en menos de un minuto porque nada más ver a alguien descubro lo que le hace feliz.

Tras muchos años siendo elogiada por esta gran virtud, decidí innovar y dedicarme a ello profesionalmente. Me di cuenta de que mucha gente lo único que necesita es un amigo fiel y, por desgracia, no siempre se tiene ahí. ¡Yo soy esa amiga incondicional, soy esa persona que contagia su felicidad al resto! Si ustedes me contratan, yo me encargaré de hacer feliz a quien haga falta, sea como sea.

Me quedo callada, conteniendo la respiración, con una sonrisa enorme dibujada en mi rostro y esperando una respuesta de aprobación.

—¡BRAVO! —responde Lucas aplaudiendo efusivamente—. ¡Bravísimo!

—¿Te ha convencido? —pregunto tras hacer una reverencia.

—Totalmente. ¡Ya tienes otro cliente asegurado!

Hace unos días me llegó el nuevo caso. Se trata de un joven cargado de problemas tanto familiares como sociales, un joven que ha caído tan hondo que ha estado a punto de tomar una decisión irreversible, la peor de todas. Sus padres, las personas que me han llamado pidiendo mis servicios, no me han querido dar muchos detalles por teléfono. Por eso hemos concertado una reunión en la que hablaremos del sujeto más a fondo. Sin embargo, tengo mis dudas...

Suelo aceptar casi todas las ofertas que me llegan: Emily, una chica de dieciséis años con conflictos en el instituto; Sebastián, un anciano que se sentía muy solo en su residencia y había caído en una depresión; Carolina, una niña con problemas para relacionarse... Pero esta vez, hay algo que me hace dudar.

—Mía, ¿estás bien? —pregunta Lucas al verme paralizada delante del espejo.

—No sé si debo aceptar este caso —respondo fríamente, pensando bien en la decisión que debo tomar.

—¿QUÉ? ¿A qué vienen esas dudas repentinas?

Camino hacia mi escritorio, abro el cajón para sacar mi carpeta roja y extraigo la ficha que ya tenía preparada para Max, mi nuevo caso. En ella figuran, además, todos los datos sobre su personalidad y gustos, que sus padres me han pasado tras la entrevista, y una foto. Lucas empieza a leer con mucha atención buscando alguna explicación posible que justifique mi cambio de opinión.

Cuando termina de leerla, me mira con una sonrisa de comprensión. Sé que lo ha entendido. Lucas me conoce demasiado bien y sabe lo que estoy pensando, sabe de qué tengo tanto miedo.

—Crees que vas a enamorarte de él, ¿verdad? —dice emitiendo un largo

suspiro.

—SÉ que me enamoraría de él —respondo con seguridad—. ¿Has visto cómo es? Compartimos tantas cosas y somos tan distintos en otras... Haría muchas cosas con él: tardes de cine, mañanas llenas de poesía, comidas con vistas al mar que tanto parece gustarle... Incluso podríamos ir en barco.

—Menuda imaginación tienes...

—Lucas, si lo acepto, seguro que todo lo que me he imaginado sucederá.

—¿Y no crees que eso sería maravilloso? —pregunta mirándome como si estuviese loca.

—Puede, pero yo jamás incumplo mis normas.

Epílogo



A veces no todo ocurre como una quiere, sino que lo ocurrido es mil veces mejor que lo imaginable. Aun sabiendo todas las consecuencias que acarrearía, acepté el caso de Max. Lo hice con miedo e inseguridad, pero este miedo inicial dejó paso a una sensación de plenitud cargada de curiosidad.

La historia que mi mente había creado antes de conocerlo se escribió en nuestros corazones y, por primera vez, intuí una cierta credibilidad en el destino.

Max y yo estábamos destinados, lo sé, y tras ver todo lo que viviríamos, no pude decir que no. No pude rechazar la oferta de conocer al amor de mi vida.

Él está ahora a apenas unos centímetros de mí. Los primeros rayos de sol iluminan los músculos de su espalda y las sábanas blancas tapan la parte inferior de su cuerpo. Despertar a su lado, con sus manos acariciando mi cara y mis labios besándolo, es la absoluta felicidad.

Ha pasado un año desde que decidí ir a vivir a Bélgica, desde que él se convirtió en mi acompañante durante esos seis meses en los que nos volvimos a conocer y tantas cosas aprendimos. Ahora estamos en nuestra ciudad, entre las calles que nos vieron pasear juntos por primera vez y ante el mar que nos unió ese día de principios de verano.

Hemos aprendido a amarnos tal como somos, a complementarnos y sumar,

siempre sumar. Aprendimos a querernos con nuestro pasado, a estar dispuestos a dedicarnos el tiempo del presente y a prometernos un futuro. Fuimos la ayuda que el otro necesitaba, ese apoyo que ninguno de los dos tenía, esa fuerza ausente que nos impulsó hacia la cima. Aprendimos a no necesitarnos, pero elegimos estar juntos. Y esa fue la mejor decisión de nuestras vidas.

Bajo un poco las sábanas que lo cubren y deslizo mis dedos sobre su piel tatuada. Max añadió una nueva pieza a su mural, se tatuó un pequeño banco en la zona de las costillas.

Nuestro banco.

Mis manos recorren su cuerpo desnudo hasta posarse en su cara y apartar esos mechones salvajes que tapan sus pecas. No cambiaría nada de él, lo amo con sus defectos y con sus virtudes, lo amo de la forma más pura e inocente, más sincera y pasional, más sosegada y desesperada. Lo amo de todas las formas posibles.

Sus ojos comienzan a abrirse y encuentran los míos.

—Buenos días, *mía mor*.

Mis ocho normas



1. El tiempo máximo del que dispongo para hacer feliz a ~~una persona son~~ ~~ocho semanas~~. Max es toda la vida.
2. Si no lo consigo y considero que podría llegar a hacerlo, ~~tengo un tiempo~~ ~~extra de ocho días sin coste alguno~~. volveré a intentarlo.
3. Transcurrido el tiempo desaparezco por completo de su ~~la vida del~~ ~~paciente~~; su felicidad en ningún momento puede depender de mí. El verdadero amor ~~Mi trabajo~~ es lograr que el individuo consiga la autorrealización.
4. No puedo rendirme, si acepto el caso debo ir hasta el final. ~~Completando~~ ~~las ocho semanas~~. ~~Si el resultado final es negativo, todo el dinero será~~ ~~reembolsado~~.
5. ~~No puedo trabajar con más de ocho personas al mismo tiempo, mi~~ ~~atención estaría demasiado dividida y mi trabajo no sería satisfactorio~~. Max es la única persona que ocupa mis pensamientos. Aceptaré otros pacientes pero la implicación será siempre puramente profesional.
6. Los que quieran formar parte de nuestra vida ~~contraten mis servicios~~ (ya sean padres, parejas sentimentales, amigos, familiares...) deben estar dispuestos a participar y a facilitar todo lo posible nuestra relación ~~mi~~ ~~trabajo~~, dándome toda la información o facilidades posibles.

7. No tengo ni tendré nunca el poder de cambiar la vida de nadie, tampoco la de Max, los cambios realizados en el individuo siempre serán su decisión, yo jamás podré manipular absolutamente nada de su forma de ser, pensar o actuar.
8. Puedo denegar o aceptar un nuevo caso libremente: esa elección siempre correrá de mi cargo.

Agradecimientos



Timantti fue mi mayor sueño hecho realidad. Hoy aún sigo emocionándome al verlo en mi estantería. Cuando decidí escribirlo, tuve que dejar atrás otras opciones que rondaban mi cabeza. *Ocho* fue una de ellas, la que más me dolió dejar de lado. Ahora que estoy escribiendo estos agradecimientos, no hay nada que me haga más feliz que ver que otra historia encerrada en mi mente ve la luz.

Ante todo y ante todos debo agradecerte a ti, lector, el hecho de que le hayas dado una oportunidad a este libro. Sin ti, sin tu confianza, estas páginas jamás habrían existido. Así, mis palabras también son tuyas. Cuídalas.

A mi madre, el amor incondicional que siempre tendré a mi vera. La persona más pura y maravillosa que el mundo ha visto nacer. Gracias por confiar en mí desde el principio, por leer mis líneas y creer en ellas, por fijar mi rumbo y permitirme cambiarlo. No solo eres una madre ejemplar, eres una mujer persona llena de imperfecciones que nadie es capaz de encontrar. Te amaré siempre.

Pase lo que pase también debo darle las gracias a mi primer amor, porque me inspiró y me enseñó lo bonito y, sobre todo, lo cruel y desbaratador que el amor puede llegar a ser. Tú fuiste el creador de las emociones que plasmé en este libro, tú fuiste el creador de dichas emociones en mí.

Independientemente de lo que el destino nos tenga preparado, gracias.

Gracias a mi padre, a mi hermano Nicolás y a mi abuela, por ser mis ayudantes, esos consejeros que con su máxima sinceridad me ayudan a mantenerme en el suelo.

Gracias a Rosa, mi fiel editora, por acompañarme y guiarme en este viaje de ocho semanas. Sin ti, todo habría sido un poco más desastroso.

Y gracias a mis pingüinos, que me demuestran su lealtad día a día. Sois una parte demasiado grande de mi corazón: Iván García, David Rodríguez, Manuel Delgado, Pedro Sotelo, Andrés Vila, Iago Martínez y Diego Moreira.

Y a mis otros amigos: Uxia Táboas (me has dado tanto en tan poco tiempo, pequeña oruguita...), Alberto Bernedo (la persona más llena de arte y ansia que he conocido jamás, gracias por impregnarme de ti, por inspirarme), Lucas Méndez (ese chico inquieto que tanto me ha apoyado) y Sabela Solla, que, unas veces más y otras menos, siempre está a mi lado.

A todos y a todas, gracias. Gracias y siempre gracias.

Rebeca Stones tiene diecisiete años y nació en Vigo, ciudad de la que está terriblemente enamorada. Su creatividad la ha acompañado desde la cuna y sus ansias constantes por crear la han empujado a llenar cientos de libretas con historias apabullantes.

A los diez años Rebeca abrió su propio canal de YouTube, que ya cuenta con 834.000 seguidores. Rebeca se considera amante insaciable de todas las bellas artes, pero su favorita es, sin duda alguna, la séptima. Tras cinco años en una escuela de teatro y después de haber sido presentadora del *JaJa Show*, su sueño es trabajar en la gran pantalla, pero por encima de todo lo que anhela es ser feliz, sonreír ante las adversidades y disfrutar de este maravilloso mundo.

Su primer libro, *Timantti*, ya se ha convertido en un best seller.



RebecaStones



@RebecaStones



@RebecaStones

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Edición en formato digital: diciembre de 2017

© 2017, Rebeca Stones

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: © Naranjalidad

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-918-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Ocho

Nota de la autora

Mis ocho normas

Primera semana

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Segunda semana

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Tercera semana

Capítulo 13

Capítulo 14

Cuarta semana

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Quinta semana

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Octava semana

Capítulo 22

Capítulo 23

Ocho semanas antes

Capítulo 0

Epílogo

Mis ocho normas

Agradecimientos

Sobre Rebeca Stones

Créditos